

697

# Contra-Bando(s)

Carlos Blanco Aguinaga



COLECCIÓN LIBROS DEL LABERINTO

CARLOS Blanco Aguinaga, nacido en Irún (Guipúzcoa), llega a México de doce años en agosto de 1939. Estudia en el Instituto Luis Vives. A los dieciséis años pasa un año becado en Estados Unidos. A los diecisiete va becado a Harvard, donde se recibe en Filosofía. Vuelve a México y durante varios meses se engancha de marinero en un barco mercante. Vuelve otra vez a México a finales de 1948.

Participa en la revista *Presencia*. Es becario del Colegio de México de 1950 a 1953 y recibe su doctorado en Filosofía y Letras en la UNAM en 1953. Va y vuelve a los Estados Unidos y, en México, participa intensamente en la *Revista Mexicana de Literatura*. Desde 1964 es profesor, hoy emérito, de la Universidad de California, *campus* San Diego.

Ha publicado cosa de un centenar de artículos y varios libros de crítica literaria hispánica y de teoría literaria: sobre Cervantes, la picaresca, Quevedo y sor Juana, Galdós, Darío, Julián del Casal, la generación del 98 y la del 27, Rulfo, Fuentes, García Márquez, Lukács, Lenin... Además, desde 1982, ha publicado en España varias novelas y libros de relatos.

Aunque en *Presencia* publicó algunos poemas, nunca hasta ahora había publicado un poemario con su obra reunida: *D.F. y alrededores* (IVEC, Xalapa, 2007).





CONTRA-BANDO(S)

COLECCIÓN: LIBROS DEL LABERINTO, EDICIÓN ESPECIAL

66

# CONTRA-BANDO(S)

CARLOS BLANCO AGUINAGA



AZCAPOTZALCO  
GOBIERNO BIBLIOTECA

2894441

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo

AZCAPOTZALCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

RECTOR GENERAL

Dr. José Lema Labadie

SECRETARIO GENERAL

Mtro. Luis Javier Valdivia

UNIDAD AZCAPOTZALCO

RECTOR

Dr. Adrián Gerardo de Garay Sánchez

SECRETARIA

Dra. Sylvie Jeanne Turpin Marion

COORDINADORA GENERAL DE DESARROLLO ACADÉMICO

Dra. Norma Rondero López

COORDINADOR DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

D.I. Jorge Armando Morales Aceves

JEFE DE LA SECCION DE PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EDITORIALES

D.C.G. Edgar Erasmo Barbosa Álvarez Lerín

ISBN-13: 978970310819-0

ISBN-10: 970310819-9

ILUSTRACIÓN Y DISEÑO DE PORTADA

Miguel Ángel Sánchez López

FORMACIÓN

Estirpe, concepto e imagen

© Carlos Blanco Aguinaga

© Universidad Autónoma Metropolitana

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa Tamaulipas,

C.P. 02200 México, D.F.

Tel. 53 18 92 22 y 23

sec-editorial@correo.azc.uam.mx

Impreso en México

*Printed in Mexico*



## *Capítulos*

<i>Carretera de Cuernavaca</i>	9
<i>Contra-Bando(s)</i>	65
<i>Manuscrito perdido en Valencia</i>	121



# 1. Carretera de Cuernavaca

*En recuerdo de Mariano Manresa  
y de Antton Brouard*

“VIVIMOS un tiempo –dicen– en el que ya todas las preguntas han sido formuladas. Sin embargo, como cada vez que empiezo, aquí están –inevitables– las preguntas más de siempre: ¿para quién escribo? Y, por lo tanto, ¿para qué?”.

Martín Alsúa para, piensa y sigue:

“Lo que acabo de escribir carece, obviamente, de toda espontaneidad. No por lo trillado de las preguntas puesto que, a fin de cuentas, son aquí más y siempre están, en mí, realmente pensadas. Pero por eso, precisamente, no debían haber sido escritas. Porque si las he escrito para mí, salen sobrando; si para que se lean, más aún. Uno, desde luego, puede hablarse a sí mismo ya que, dígame lo que se diga, el Otro con quien uno habla dentro de sí es siempre uno mismo; pero, salvo auto-encargos (“Mañana: Lavandería: Camisas”), escribirse uno a sí mismo es imposible: quien lee no es nunca quien ha escrito. Aunque, por otra parte, sólo el andar siempre dándole vueltas a esto y el tener la impudicia de escribirlo podría indicar que, pese a lo artificial que ha sido siempre la escritura, el eco de su origen oral sigue vivo en el interior de quien la produce. ¡El

eco! ¿No hay, pues, nunca interlocutor? Siempre los hay, puesto que incluso el yo del hablar precede al yo de quien escucha. ¿No hay, por tanto, más problema que el del Tiempo?”.

En el silencio, contra el silencio, Martín añade: “Dejarlo en paz porque, además, hoy la angustia no es tan fuerte”. Se levanta, da un par de vueltas por la habitación y se tumba en el sofá. Cierra los ojos.

Hace años que los cuadernos se le convirtieron en espejos. Él hubiese querido, quiere aún desesperadamente, que cada cuaderno que abre fuese como una pantalla donde las cosas existieran con su propia autonomía, independientemente, incluso, de su persona. Era su ilusión, su enorme ilusión allá en la primera juventud. Salía de la lectura de cualquier novela, cerraba por un momento los ojos, volvía a abrirlos, se acercaba a la ventana, veía pasar el Juárez Loreto, y se concentraba enseguida en el ir y venir de la gente (el vendedor de paletas; la vecina del Tercero A, siempre con prisas; un albañil que daba la vuelta a la esquina; el policía apoyado contra la pared; dos chamacos que se empujaban jugando, tal vez queriendo pelear). Se animaba, dejaba la novela sobre la almohada del catre, iba al baño —orinar, lavarse un poco la cara—, salía diciendo hasta luego a sus tías, bajaba corriendo los tres pisos y ya estaba andando por la acera.

Empezaba apenas a inclinarse la tarde hacia la noche y, mientras caminaba dejando que le entraran los rumores de la calle, Martín observaba uno a uno los conocidos portales, repasaba de lejos las latas de conservas de la tienda de abarrotes, miraba de reojo el anuncio de Mejoral de la farmacia, seguía a la mujer y a la niña que cruzaban la calle de la mano. Los coches no encendían aún los faros, pero ya las parejas de novios se acercaban al calor residual de las paredes. Un tono, lo fugaz de los colores y los ruidos a las siete de la tarde. Luego, alrededor de su calle, más calles de su barrio

con más y más vida. Y además —había llegado ya hasta el Monumento a la Revolución, se acercaba al Caballito, empezaban a encenderse las luces—, la ciudad entera, el país y, como en la gran novela, el Mundo. Él no iba a ser sino una cámara de cine que lo recogería todo para, después de bien revelado, reflejarlo organizadamente en la pantalla.

Pero hace años que la página en blanco le resulta un espejo en el que sólo se ve a sí mismo. Y hace tiempo que ha llegado a pensar que es culpa de los cuadernos, de la silenciosa y excesiva concentración a que todo cuaderno le obliga.

Porque, a pesar de su edad, Martín Alsúa es un antiguo y no puede deshacerse de la ya vieja costumbre. Sabe de sobra que otros, los más avanzados, escriben ahora en ordenador y que la mayoría escribe aún con máquina eléctrica, aunque quedan todavía algunos que siguen con la máquina de hace veinte años. Pero él, ni eso: siempre —por lo menos para primeras versiones— un cuaderno y el bolígrafo (al principio había sido la estilográfica, pero las buenas son hoy muy caras).

Por lo demás, cuando se dice a sí mismo que siempre un cuaderno, tiene muy claro que no es verdad: antes era el papel suelto. Primero, durante varios años, papel rayado, hasta que leyó cómo un famoso escritor argentino se reía de quienes escriben en papel rayado y no tuvo más remedio que pasar al papel blanco. Lo de los cuadernos empezó con los regalos de una novia que tenía un sentido romántico de la escritura, Alicia. Morena, medio andaluza, apasionada, y que lo que casi más le gustaba en el mundo era leer. Una tarde, en el café, Alicia abrió aquel enorme bolso suyo y le dijo: “Te traje un regalo”. Era un cuaderno por demás sencillo, de pasta negra. Tras él vinieron los cuadernos forrados de tela italiana, de delicado papel estampado con flores de colores, de cubiertas estridentemente rojas o inmaculadamente blancas.

Ya para entonces Martín vivía solo en un pequeño apartamento al que llegaba el maravilloso olor de la panadería de abajo. También las noches con aquella novia, con Alicia, sexo, literatura, habían sido maravillosas. Y en la mesa en que Martín escribía y comía, siempre había dos o tres cuadernos llenos de poemas y de esbozos, de restos de alguna novela corta. Sólo una de aquellas posibles novelas había sido pasada a máquina, para ver luego –según se dice– la luz a los pocos meses. Aquella novelita le había costado a Martín un enorme esfuerzo porque en ella, por fin, había logrado no hablar de sí mismo. Tal vez por eso se la habían publicado. Desde entonces –y de esto hacía ya demasiados años–, era su modelo a seguir; él mismo su propio narrador inimitable.

Porque lo normal en Martín es lo otro, lo del qué, para quién, para qué. Pero esta vez –ya queda dicho– la angustia no es excesiva puesto que, al igual que cuando abrió aquel cuaderno de tapas azules donde nació la breve novela publicada, cree saber lo que va a contar.

Es una historia sencilla, lineal, y como trata de algo que ocurrió hace mucho tiempo –casi cincuenta años justos–, tendrá los grandes trazos de los relatos históricos. Va de marineros y –¿por qué no?– de la Guerra Civil española que, la verdad sea dicha, ya no es sino Historia, Episodio Nacional. Siempre hay el peligro, desde luego, de que una historia cualquiera de la Guerra Civil se le convierta a Alsúa en lamento privado; pero él piensa que el peligro es en este caso mínimo porque lo que va a contar esta vez tiene en sí ese valor que dan a las cosas la dignidad y el sentido de la aventura. Es decir, el aparentemente espontáneo –se diría casi que natural– heroísmo que nace del enfrentarse los seres humanos al mundo equilibradamente, con la modestia y el orgullo de quien sabe lo que hace. En el fondo, es una historia de profesionales, de gente que, como sabe lo que hace, lo puede hacer bien en cualquier circunstancia. Claro que

la historia habría sido diferente si los marineros de que se trata hubiesen tenido otra ideología. Eso –piensa Martín– será seguramente lo más difícil de representar en el relato.

Pero, por el momento, el problema está en empezar. No se trata sólo de las dudas citadas textualmente, ni de que Martín sea –insisto– un antiguo (*necesita* empezar los relatos por el principio), sino de que la cena de anoche en casa de los Gámez resultó un desastre.

Estaban, a más de los anfitriones, los de costumbre –Javier y Felisa, el siempre desastrado Gamarra, y Martín sin Sonia– comiendo un bacalao al ajo arriero y hablando de sus cosas (o sea, la última película, un poema de Gamarra, la visita de un cantante español) cuando entró el hijo mayor de los Gámez, Paco, y, sonriente según se dirigía a su habitación, dijo afectuoso –como es él– con su natural acento mexicano: “¿Qué pasó, los inseparables? ¿Hablando siempre de sus cosas?”. Como hay días malos, Gamarra ensombreció de golpe y todos enmudecieron. Al cabo de un rato, Gámez dijo: “¿Os acordáis de cuándo era chamaco y se sentaba con nosotros a oírnos hablar?”.

“Bueno –dijo Martín–, los hijos, afortunadamente, siempre acaban por vivir su vida, no la nuestra. Los sanos, quiero decir. Normal”.

“Sí, desde luego”, le contesta Felisa, “pero ya sabemos que no se trata sólo de eso, no te hagas el tonto. Nuestras cosas ya no son para él reales, no son reales para nadie, no son más que fantasmitas importados con los que platicamos hasta cuando comemos chiles rellenos”.

A partir de ahí, claro, se jodió todo, y Gamarra se agarró tal borrachera que Martín le tuvo que llevar hasta la cama de su triste pensión del Centro (“No se me escape, mi inseparable”, le decía Gamarra por el camino). ¿Y cómo ponerse ahora a escribir una historia que tendría que sostenerse en su puro valor objetivo, lejos

no sólo de las peculiaridades del yo de Martín, sino a calculada distancia de eso que no sólo Paco Gámez llamaba lo nuestro? ¿Y para que la leyese quién? ¿Paco y sus amigos, los lectores de hoy y de aquí? Pero, ¿por qué no? En el peor de los casos puede servir de terapia. Además, todos sabemos que no importa lo que se cuenta, sino cómo se cuenta. Sólo que una cosa es saber algo y otra suponer que lo que sabemos sea verdad. Podría ocurrir que no sea cierto eso de que lo único que importa es el cómo. ¿Puede haber cómo sin qué? Y siempre ha de haber un para.

Pero, ya lo he dicho: Martín no va a hacer ni caso de las dudas. Le conviene más suponer que en el mundo en que vivimos cualquier historia, sea de donde sea, puede ser de todos. Hace siglo y medio –más o menos– que entramos a la cultura transnacional. Hay, pues, que sacudirse las telarañas (menos angustias) y echar a andar. Empezando por el principio, desde luego.

Martín se levanta y se dirige hacia la ventana (a lo lejos, el claro perfil del Ajusco, porque todavía no llega hasta allí lo peor de la contaminación). Enciende un cigarro y empieza a tratar de concentrarse. Pero ha soñado con Sonia. Es lo que le ocurre siempre que se pone así y no tiene más remedio que pasar varios días, nunca se sabe cuántos, sin verla.

Sonia Montejo es de Chihuahua, de familia bien con ribetes intelectuales. No es ya la de su padre la fortuna sedentaria y estable de los abuelos porfirianos, pero en sus empresas se mantiene la buena fama, un cierto modo de hacer tradicional que contribuye a seguir sosteniendo, firme, la solidez del apellido. En Chihuahua los Montejo son de siempre, y don Pedro se cuida muy bien de que las chapuzas de sus trafiques pasen tan desapercibidas como escondidas estuvieron las de su padre y su abuelo bajo el manto del paternalismo. También por eso los libros han estado en la casa desde siempre –uno de



los abuelos fue amigo de Justo Sierra—, pero la afición real a la lectura y el estudio le vienen a Sonia más directamente de su madre, educada por unos años en los Estados Unidos.

Adela Ibarra había nacido en la hacienda, cerca de Delicias, y pasó allí los primeros años de su vida. Ya en Chihuahua capital, terminó la primaria e hizo la secundaria en una escuela de monjas. A los dieciocho años la enviaron a un colegio para señoritas de Boston. Morena clara, peinada siempre con el pelo recogido y raya en medio, Adela miraba al mundo con ojos que parecían suspiros profundos. De ahí que pronto empezara a serle insuficiente aquella Windsor School que la aislaba de los soñados, intensos quehaceres intelectuales de la ciudad que, bien se sabía, era el corazón pensante de América, de lo que los gringos llaman América. No sin reservas, no sin cierto miedo, convenció un sábado por la tarde a dos amigas guatemaltecas y apareció con ellas en el Club Internacional de Cambridge. Ese mismo día conoció allí a varios muchachos latinoamericanos, estudiantes de Harvard que, aburridos, incapaces de descifrar las reglas del flirteo por las que funcionaban las americanas, caían de vez en cuando por el Club. Allí lograban casi siempre decir las palabras adecuadas y podían, sin peligro, presumir de lo mucho que sabían ya de Filosofía, de Historia, de Sociología, de Literatura, alguno hasta de Biología. Y allí, por ellos, comenzó Adela a atreverse a las lecturas que, suponía, le estaban prohibidas.

Empezar por T. S. Eliot no fue difícil ya que, a fin de cuentas, podía pensarse que, aunque desconsolador (paciente él mismo anestesiado sobre no se sabía bien qué mesa de operaciones), no era tan distinto de San Juan de la Cruz en las ideas, aunque sí en el ritmo de los versos. William Carlos Williams, en cambio, significó casi una ruptura, y la entonces popularísima primera novela de Norman Mailer sumió a Adela en grave confusión, en dudas terribles acerca de las impropiedades posibles del lenguaje. Félix, el peruano, le explicaba

que aquella violencia verbal, aquellas palabrotas, eran lo que necesitaban nuestras novelas: “Tú y yo no hablamos así –le decía– porque somos bien educados; pero el mundo real, sobre todo el americano, está compuesto de muchas gentes que a nosotros, a ti con tus escuelas de monjas de México y a mí con mis curas de Lima, no nos han permitido nunca tratar. Y esa gente habla así”.

Adela y Félix llegaron a pasearse en primavera por las riberas del río Charles agarrados de la mano, divagando sobre los cambios que necesitaban sus respectivos países; pero nunca pasaron a más y, al volver a Chihuahua tras dos años de ausencia, Adela Ibarra, como tenía que ser, se casó con Pedro Montejo.

Cuando nació Sonia, Adela le cantaba canciones en español y en inglés, y muy pronto empezó a leerle cuentos de hadas y de niños americanos que en las fiestas de cumpleaños comían pastel de manzana. Con el tiempo, le leyó fragmentos del *Quijote*. No sorprendió, pues, a nadie que Sonia llegara a ser una lectora voraz, como no debe sorprendernos a nosotros que, a su justo tiempo, fuese conjunta y unánime la decisión familiar de que la muchacha estudiase la carrera en el Distrito Federal, a donde llegó al final de la adolescencia a casa de unos parientes que vivían aún en uno de aquellos caserones decimonónicos de la colonia San Rafael.

Sonia no ha roto nunca con la familia, pero al terminar la Maestría en Historia vivía ya su mundo muy lejos del de sus primeros años. Como es lógico, las revueltas estudiantiles del 68 significaron el cambio decisivo.

Sonia ha tenido dos amores importantes. El primero, con un compañero del Comité de huelga de la Facultad que luego se dedicó a la Economía. Se casaron en el 69 y se divorciaron en el 72 porque pronto descubrieron que las consignas, las tácticas intensamente meditadas, los silencios y los gritos de las manifestaciones, la manzanita de Tlaltelolco, todo aquel compartido quehacer y el comparti-

do dolor por las muertes cotidianas se habían impuesto de alguna manera a sus sentimientos más privados. “Mira, Juan —diría Sonia, por fin, un día—, lo nuestro no es auténtico. La verdad es que así como me enamoré de ti, podía haberme enamorado de cualquier otro de nuestros compañeros. Y tú de cualquier otra”. Pero —deberíamos pensar nosotros—, ¿no es siempre así? ¿Se puede hablar de un centro auténtico de unión entre lo más privado y lo que vivimos hacia fuera? Sospecho que Sonia sabe ahora que lo que vivió con Juan fue/es parte suya indestructible. Borremos, pues, lo arriba dicho por ella misma: su amor por Juan fue tan real como creyeron en su día los dos que lo era.

El segundo amor de Sonia, cuyos matices se le escapan a Martín —en parte, seguramente, porque no pregunta por ellos—, parece más difícil de explicar. Se trata de una relación de varios años con un hombre de negocios casado y bastante mayor que ella. Contar cómo se conocieron no plantea mayores problemas: Armando Mendoza tenía negocios con don Pedro Montejo y conoció a Sonia al año y medio de su divorcio de Juan. Fue durante un almuerzo en el Club de Londres al que Sonia, por cortesía, había acompañado a su padre. Después, Armando la invitó a cenar un par de veces y empezó la historia sin trauma alguno para Sonia.

Sonia, por supuesto, es cálida, cariñosa y, cuando quiere, es capaz de lanzarse sin reservas. Pero, ¿qué pudo encontrar en aquel hombre tan ajeno al que ya entonces era su mundo? Claro que por aquellos tiempos —no sé ahora— Armando Mendoza era un hombre apuesto, inteligente, matizadamente escéptico, aficionado al teatro y conocedor de buenos restaurantes. Con esos datos, y teniendo siempre en cuenta el origen de clase de Sonia (es decir, sus contradicciones tal vez inevitables), se podrían inventar motivos verosímiles que explicasen aquel amor. Y sería absurdo, desde luego, olvidar el alto nivel de erotismo de la relación. También podría ex-

plicarse, de ser necesario, por qué la relación terminó sin disgustos ni mayores dolores. En todo caso, cualquier cosa que quisiéramos contar sobre esta historia no sería sino eso: invención. La profundidad real de aquel amor se nos escapará siempre, y tal vez por eso Martín no pregunta.

Pero da lo mismo: lo que aquí nos importa, porque es lo que lleva a Sonia hacia Martín, es que, a lo largo de los años y de esas dos historias, Sonia no ha dejado de estudiar, de investigar, de escribir. En los ratos de divagación más absurda, uno puede—incluso—llegar a pensar que Sonia es una reencarnación de Sor Juana. Esa franqueza y ese recato; ese erotismo y ese *cool*; esa pasión por el conocimiento y esa distancia; la lucidez y los silencios de sueño. Uno vive, en parte, de mitos y fantasías y, ¿cómo aquí, al pie de los volcanes, evitar la esperanza de que Sor Juana seguirá renaciendo? Aunque tal vez, quién sabe, en nuestro siglo sólo Greta, pero bajo otros cielos. En fin.

El caso es que Sonia maneja una carcachita, un Volkswagen azul que, en sus manos, funciona casi como un Alfa Romeo. Hace con él prodigios de conducción, no sólo en el Periférico, en los Ejes Viales y en las callejuelas de San Ángel, sino para estacionarse en espacios inverosímiles, insospechados por los demás automovilistas. Jamás había visto cosa igual Martín, quien, dicho sea de paso, nunca se ha molestado en aprender a manejar.

El encuentro de los dos, como todos los encuentros, fue casual; aunque, como todos los encuentros contemplados retrospectivamente, tenía que ser. Llegó Sonia un mediodía a la editorial para ultimar los arreglos de la publicación de su libro acerca de las contradicciones en las familias dominantes norteñas durante el porfiriato y, naturalmente, tuvo que hablar con Martín, que—a más de como traductor—para esas cosas estaba ahí. Cuando salieron juntos a las tres de la tarde, Sonia le ofreció un aventón y, ya en el Volkswagen, reclina-

do un tanto hacia atrás en su asiento, Martín, que ya iba herido, cayó definitivamente fulminado observando no sólo el perfil de Sonia, la caída del pelo que ella, de vez en cuando, se sacudía hacia atrás vigorosamente, sino los prodigios de su conducción.

En otros tiempos, piensa a veces Martín, en los años veinte o treinta, Sonia hubiese sido el ejemplar perfecto de la *flapper* intelectual. Hoy no es eso, no podría serlo, porque no hay en ella charleston –aunque baila muy bien–, ni obsesión alucinada y enferma con el presente, aunque vive al día; ni pretensión alguna –aunque viste bien– de estar a la moda. Hermosa, alegre, elegante, Sonia es seria, sencilla, sabia, trabajadora. Es, además, delicadamente cariñosa desde el interior de su seguridad, de su fuerza.

Son ya cuatro años largos con Martín, y los dos creen que nada va jamás a separarlos. Así, casi sin pretenderlo, viviendo cada uno a su aire, son pareja. Los amigos no entienden muy bien porque, aunque Sonia es bastante más joven que Martín y, por lo tanto, mucho más moderna, piensan que ya pasaron los revoltosos años sesenta y que ya no están los tiempos para ese tipo de relaciones. Amantes, novios, ¿qué son a estas alturas del siglo? (Los antiguos, claro, son quienes todo eso preguntan.)

Pero Martín debe olvidar el sueño en que ha buscado inútilmente a Sonia, hacer como que no importa: pasará esta crisis y volverá a encontrarse con Sonia en la realidad. Lo que ahora debe importarle es que se ha situado mentalmente a mediados de enero de 1939, y que el primer barco de que va a hablar es el *Tramontana*.

No era muy grande, cuatro mil toneladas, y ya para entonces era bastante viejo. A tope, andaba ocho nudos. Ha hecho cuatro o cinco viajes de ida y vuelta entre Alicante y Odessa, y varios más a Valencia y Barcelona sin que le hayan visto siquiera el pelo los torpederos franquistas, ni el *Deutschland*, ni la flota italiana. La

tripulación es toda vasca, y aunque hace algo más de un año apenas conocían el Mediterráneo, el segundo oficial, Sagarzazu, se aprendió enseguida las cartas y se las arreglan fenomenalmente navegando pegados a las costas de África y de Levante (por la noche siempre sin luces).

Antes de ser mercantes, la mayoría de los tripulantes han sido bacaladeros, y el Mediterráneo –salvo uno que otro temporal– es para ellos como una laguna. Casi lo único que tienen que cuidar es que no les hundan a cañonazos.

El capitán, Iturralde, tiene treinta y dos años. El más joven de la tripulación es el marmitón, Langarica, y el más viejo el contraataca –le llaman Bermeo–, que tiene ya la friolera de treinta y cinco años. Pero como a finales del 36 se había salvado de milagro cuando el *España* hundió su bou frente a Mundaca, Bermeo dice que tiene siete vidas y que le preocupan muy poco los barcos italianos o alemanes. Menos aún los marineritos franquistas. Además, añade siempre: “El que sabe, sabe”. Y así, como contrabandistas en la más vieja de las tradiciones de su tierra, han hecho los del *Tramontana* sus viajes a la URSS trayendo armas y comida que luego llevan, en parte, a Valencia y Barcelona.

Cuando el relato se inicia, el *Tramontana* va llegando de vuelta a Alicante con un cargamento de municiones y de bombas de aviación de quinientos kilos.

Martín se separa de la ventana y empieza a pasear por la habitación. Se le ocurre que necesita ver un mapa del Mediterráneo que incluya el mar Negro. Se acerca a uno de los librereros, pero piensa enseguida que no le hace falta ningún mapa: sabe de sobra por dónde tiene que ir y volver el *Tramontana* para pasar –por ejemplo– lejos de la isla de Pantelaria. Más le intriga el hecho de que los aviones de Palma de Mallorca no les hayan localizado nunca. Además de la

buena suerte de no haber sido nunca bombardeados en el puerto de Barcelona. Cuando Mendi, el primer oficial, le contaba hace años la historia, se le olvidó a Martín preguntar por esos detalles. Pero será, seguramente, lo de menos.

Se acerca a la mesa para escribir, cuando suena el teléfono. Es Gamarra y no le cuesta a Antonio decirle que sí, que comerán juntos en el restaurán de la calle Uruguay. Luego, un rato al café, o un paseíto, y ya seguirá Martín con su relato por la noche. Aunque antes, por supuesto, tendrá que terminar el artículo para el periódico.

Creo que importa ya decir algo de Francisco Gamarra, situarle de alguna manera en esta trama. Nació en Castro del Río, provincia de Córdoba, y a los siete años, muerto su padre en el frente, le llevaron con su madre en un camión carretera de Alicante. Y luego Valencia, y luego Barcelona. A los nueve años, como todos los demás que trajeron a México sin sus padres, llegó a Morelia. “Recuerdo que al bajar del barco –cuenta a veces– casi ni tocamos el suelo de Veracruz, porque nos llevaron directamente al tren como en andas, rodeados de miles de gentes que, riendo y llorando, nos querían abrazar, besarnos, y nos regalaban helados. Y en cada pueblo que íbamos pasando de Veracruz al D. F. nos despertaban con tambores, con música, con flores. Luego en Morelia nos recibieron, no sé: ocho o diez mil personas”.

Cuando llegaron al internado España-México todo era allí estupendo, nuevo, recién pintado, con un comedor formidable, un taller con herramientas modernas, profesores de primera. “Pero éramos muy rebeldes –sigue Gamarra–. veníamos del desmadre de la Guerra, y acabamos teniendo dificultades, dentro y fuera de la escuela. Lo de menos es que, con cualquier pretexto, nos pusiéramos a cantar canciones revolucionarias, las de allí; lo peor es que no estudiábamos bien y que algunos eran bastante destructivos. Para el

39 ya la escuela se estaba desmantelando y más de ciento cincuenta habían optado por largarse ya de Morelia. Y en el 40, ya se sabe, sin Cárdenas, quedó todo desmantelado y cada uno tuvo que arreglárselas como pudo”.

Gamarra fue de los que, afortunadamente, acabaron en el D. F., con una cierta protección de las autoridades republicanas, que ya para entonces habían instalado escuelas y algunas otras instituciones. A él le tocó ir al Instituto Luis Vives, y siempre recuerda al maestro de Química y Física que le decía, socarrón él: “Gamarra, te he vuelto a coger en calzoncillos, y no sé por qué me da a mí la impresión que esto del bueno de Gay-Lussac a ti no te va. Será que vas a ser poeta, o alguna de esas otras cosas importantes”. Pero Gamarra acabó la Secundaria y la Prepa, fue a la Universidad, donde conoció a Martín y a Javier, y ahí, mira por dónde, le brotó la poesía que ya le andaba removiendo por dentro.

Su matrimonio con una chica también de Morelia fue un desastre, porque Gamarra nunca ha tenido demasiada habilidad para ganarse respetablemente la vida. Para sobrevivir, sí, porque no es lo mismo sobrevivir que eso que llamamos ganarse la vida respetablemente. Y ha sobrevivido un tanto como Martín, pero mucho más desordenadamente: dando, de joven, clases particulares; de vez en cuando con un encargo universitario; escribiendo esporádicamente en los periódicos; dando una que otra conferencia; traduciendo, a veces. Ha sido, incluso, agente de ventas de un par de empresas, en Tijuana, en Tampico, en Oaxaca. Es, sin duda, creo yo, el más poeta de su generación, pero con una tendencia casi suicida a destruir la belleza de sus textos a base de intromisiones abruptas, inarmónicas, resacas –dice él– de un mundo que no ha vivido, el de los poetas malditos de tiempos –dicen los demás– hace ya mucho superados.

Ante todo lo cual, Gamarra que, se me olvidaba decir, es comunista desde los dieciséis años, se encoge de hombros, enciende otro



cigarro, pide otro whisky y –sobreviviente de tanto naufragio– dice que qué más da, que el caso, a fin de cuentas, es ir tirando).

En el pesero en que va hacia el Centro, por entretenerse, Martín Alsúa intenta recoger el hilo de su relato. Pero se encuentra pensando que él no sabe nada de aquella historia más que lo que le han contado. Lo que él sabe de la Guerra no es nada, es otra cosa. Porque si aquellos, hasta Langarica, eran ya entonces hombres hechos y derechos, él no era sino un niño. Y cuanto más pasa el tiempo más parece aquel niño ir llenándolo todo como con una nebulosa, como con un gas encallado en su interior, somnífero que todo lo difumina, de modo que ya no recuerda nada con precisión, que los datos que ha ido acumulando a lo largo de los años se le confunden y, por eso, pensando en eso, cuando el chofer le anuncia la esquina de Balderas se ve obligado a hacer un verdadero esfuerzo para acordarse de cuánto tiene que pagar según está ya diciéndose que en el artículo para el periódico va a tratar de explicar que, aunque la generación del 27 no esté ya de moda, y con razón, porque el tiempo no pasa en vano, sigue significando una lección de calidad, talento y bien hacer, no sólo literariamente, sino socialmente, políticamente, humanamente, y que, a ser posible, va a decir eso sin mencionar –por una vez– a Buñuel, tampoco, tal vez, a Lorca, a quien, por supuesto, él no tiene ningún derecho de llamar “Federico”, aunque –vete a saber– si todos llamamos “Rubén” a Rubén Darío, ¿por qué no llamar “Federico” a Federico García Lorca?

Paga lo que le dicen y se le ocurre que, a fin de cuentas, los días de la muerte de Rubén y de Federico sólo están separados por veinte años, que son muchos menos que los que nos separan a nosotros de la muerte de Federico. Sólo que la diferencia, y ahí está el problema, es que no nos hemos quitado la muerte de Federico de encima, porque es como el anuncio de nuestro funeral. parece que fue

ayer, es parte del principio de nuestra muerte, mientras que Rubén – en cambio– siempre ha estado, casi siempre ha estado en el Olimpo, o así parece, tiempo pasado que sólo es para nosotros algo porque nos precede, no tenemos ya nada que ver con aquello. Pero ahí está de nuevo el problema, ¿cuál es nuestro tiempo? Porque ahora que ya voy subiendo por la avenida Juárez, según cruzo la calle López y entro enseguida a San Juan de Letrán, ahora llamado Eje Vial Lázaro Cárdenas, según me acerco ya a Uruguay pensando que daré allí la vuelta a la izquierda mecánicamente, como quien lo hace todos los días, el hecho de haberlo pensado impide lo mecánico porque hace ya lo menos treinta años que no doy esa vuelta a la izquierda mecánicamente, cuando lo hacía así era otro tiempo, tiempo de otro mundo en el que apenas tenía doce años, hasta los quince o dieciséis incluso, sólo que a veces parece exactamente lo mismo que cuando ibas ahora a casa de tu compinche Vázquez y os sentaréis luego un rato en Vizcaínas para ver –siempre asombrados– pasar a las putas y a los que iban al Teatro Apolo. Pero Vázquez murió a los dieciséis años. ¡pendejo!, y repites ¡PENDEJO! como si el tiempo no hubiera pasado y le estuvieras echando la bronca por ponerse delante del tranvía, aunque sabes de sobra que es inútil, que hasta habrán sacado los huesos de su tumba, ya no tendrá ni tumba, pero sin Olimpo, no en el Olimpo, y tú tendrías que haberte hecho totalmente a eso, a esto, totalmente, y no seguir con tus cosas, “con vuestras cosas”, como dice Paco, el chico mayor de los Gámez.

Uruguay, cuadra y media más. ¿A quién carajo pueden importarle ya nada las historias del *Tramontana*? Antonio llega al restaurán, saluda y, como Gamarra no ha llegado todavía, escoge una mesa y pide una cerveza mientras se sienta a esperar.

Porque la verdad es que se puede ser poeta de cualquier lengua en cualquier país, ya que hace mucho tiempo que los poetas decidieron que no les importa si nadie les lee. Les basta con escribir

para la *posteridad*, así, en general, para el único y verdadero *olimp*o. Algunos para el *nobel*. Excepto los poetas sociales, claro, que esos tienen otro tipo de problemas. ¿Cuánto tira un libro de Gamarra? Como uno mío, más o menos. Digamos que quinientos ejemplares. Que no se venden. Y como en la poesía lírica todo es estrictamente personal y, por tanto, absolutamente abstracto (¡lo universal, *mon cher Gamarra!*), da lo, mismo que hables de la nebulosa que llevas dentro que del calor de la piel de Sonia:

*No es la luz de la tarde lo que huye.  
Son –entre mis manos– tus muslos,  
tu calor más allá de mis manos. Etc.*

Pero la narrativa es otra historia. Todavía, a pesar de todo, parece ser que hay que contar cosas. y como las cosas siguen estando fuera de uno, uno tiene que ir hacia ellas. Es decir, algún pie hay que tener en la tierra de cuyas cosas tendrías que hablar, ésta o la otra, cualquier otra tierra en la que no estás. No basta tener los dos pies y la cabeza, y hasta las manos en la lengua que te habita. ¿Que habitas? Además, ¿en qué lengua escribo yo, qué lengua habito? Aquí, por ejemplo, no existe la tramontana; lo que siempre hay –y sirve para excusar cualquier inundación– es el viento Norte con su lluvia, “el Norte”. Tiene gracia, hasta los huracanes que, ya se sabe, vienen del Sureste, se convierten aquí en Norte. Y es que, claro, el país no es perpendicular, está acostado, reclinado sobre el Pacífico, de donde, por lo visto, no viene nunca nada malo (¿ni, por tanto, bueno?). País acostado sobre el Pacífico, de espaldas a su mar más hermoso (por lo menos, más grande). Una desgracia que todo venga del Este y del Norte. No como Gamarra, que llegará de su casa, tres cuadras al Oeste de aquí. Y mejor no decirle nada de todo esto porque se te pone a hacer paradojas y ya no podremos hablar en serio de nada.

Pero de lo que Gamarra quiere hablar es de la última crisis de Felisa y Javier. Parece ser que anoche, después de la cena, acabaron una vez más a gritos y que Javier —una vez más— tuvo que irse a dormir a un hotel de Insurgentes, allá por el Parque Hundido. Le ha llamado temprano a Gamarra, quien, a pesar de la cruda, no ha tenido más remedio que volver a oír la repetición de los lamentos. Son casi ya veinticinco años de lo mismo. Desde el principio, todos estuvimos de acuerdo en que Javier y Felisa no debían haberse casado, y todos seguimos pensando que debían haberse divorciado hace tiempo. Pero es inútil, y aunque todos entendemos por qué Javier se agarra a Felisa (él dice que está enamorado; nosotros decimos que es un débil), nadie parece entender por qué Felisa parece también agarrarse a él. Por lo general nos conformamos con la versión cínica, la que explica que, a fin de cuentas, si no fuese por Javier, Felisa tendría que haber trabajado en serio, o haberse buscado otro que tolerase sus arranques, su temperamento. Porque Felisa ha sido siempre eso que llaman una temperamental. A la española, por supuesto (sobran las explicaciones), con ese genio que tanto gusta aquí en las españolas por contraste con las mujeres propias (por supuesto que propias), quienes ya sabemos que se supone (y puede que sólo sea un suponer) que son mustias, sin carácter, sometidas. Que es como deben ser las mujeres, ¿no? Salvo las españolas, naturalmente, porque: ¡ah, las españolas! Y, año tras año, Felisa aprovechándose de las absurdas contradicciones, manipulando los estereotipos para ir de temperamental por la vida, aceptando de vez en cuando un papel en cualquier obrita de teatro, dedicándose por unos meses al diseño, abriendo una boutique de chucherías de arte popular, pisando fuerte y haciéndole la vida amarga a Javier, quien se empeña en decir que sigue enamorado de ella.

Gamarra y Martín llegan a la conclusión de que no habrá más remedio que hablar por la noche un rato con Javier, ir luego con él a

su casa a escuchar algo de música mientras esperan pacientemente a que se calme Felisa. Es una rutina a la que están hace tiempo resignados, como están resignados a tantas otras cosas desde hace tanto tiempo.

Porque esto del exilio permanente –y se lo han dicho a sí mismos mil veces, pero no importa– marca las relaciones amorosas de maneras contrarias absolutamente ejemplares. Unos se divorcian cada dos por tres; otros no acaban de romper nunca.

Según después de comer entran, paseando, a la Reforma, Gamarra y Alsúa no acaban de saber cuál de los dos extremos es más característico. Los divorcios se explican porque aquí, quiérase o no, nos hemos quitado de muchos lastres con que nos habían cargado en la niñez remota; la insistencia en la continuidad, en cambio, se explica porque no nos hemos deshecho de los lastres principales, porque el uno y la otra temen perder la ilusión de lo que fueron (pareja de jóvenes refugiados paseando de la mano por Chapultepec), de lo que podían haber sido (¿pareja de desterrados volviendo a su tierra?), de lo que quisieran creer que fueron sus padres (cuando todo era diferente, allá en España). Hecho añicos un mundo, los unos se dedican al rupturismo permanente; los otros no sueltan ni a palos el polvo de lo que llaman vida que les ha quedado entre las manos.

“He ahí”, dice Gamarra, “lo que sería el punto de partida de una verdadera sociología del exilio. Salvo que –añade– también los de aquí se divorcian y no se divorcian. Y salvo que tú y yo, por ejemplo, nos hemos divorciado una sola vez y se me hace que está difícil que volvamos a casarnos. Cosa que también ocurre con algunos de aquí y de otras partes del mundo. De lo que resulta que, excepto por su ya remoto origen histórico, lo nuestro no tiene nada de específico. Porque tú y yo, la verdad, podríamos ser franceses divorciados paseando ahora por París (¡jamás, claro, por Poitiers, que dicen que

es feísimo, o por Lille, que es más feo todavía!) ¿Te das cuenta? O gringos metidos en el metro de Nueva York, charlando en Sausalito, galopando por las autopistas de Arizona, invadiendo Granada, fusionando a Reagan en la televisión”.

A lo que sigue —como la noche al día, y viceversa— la meditación sobre lo particular y lo general (y sobre la homogeneidad transcultural de Occidente y aledaños), aplicado todo ello, también inevitablemente, al asunto de la creación literaria. “Porque si tú y yo, por ejemplo”, dice Martín, “nos adentramos seriamente en lo estrictamente personal, marcado o definido históricamente por el exilio infantil, ¿por qué no vamos a poder representarlo como general, o universal?”.

“En efecto”, concluye Gamarra, “no debemos tener miedo de hablar de nosotros mismos”.

O de lo nuestro, de nuestras cosas, como dice el chico de los Gámez, piensa Martín según, ya en su casa, termina el artículo para el periódico. Ha hablado de García Lorca y le ha llamado Federico, no ha mencionado a Buñuel, y está satisfecho. Le quedan todavía un par de horas antes de salir en busca de Javier y Gamarra y, frente a la ventana, según se acerca la caída de la tarde, piensa otra vez en Sonia (sé que entiendes, sé que me entiendes), y vuelve a la historia del *Tramontana*.

Han terminado apenas de atracar en Alicante cuando sube a bordo un marino de la Comandancia y le entrega un sobre a Iturralde. Iturralde da las gracias, abre el sobre, lee, y llama al primer oficial.

“Dejamos el cacharro éste”, le dice.

“¿Quiénes lo dejamos?”, pregunta Mendi.

“Todos. Mañana por la mañana, a las seis. Nos llevan en dos camionetas a Valencia y allá nos darán las órdenes”.

“Bien”, dice Mendi. Sale luego a cubierta, busca a Bermeo, le informa, y le da las instrucciones pertinentes.

A la una y media del día siguiente les dicen en Valencia que van los veintiuno a Inglaterra, pero que en Barcelona recibirán instrucciones definitivas.

Ya en Barcelona les recibe a todos un ministro y les explica. El ministro es gordo y es paisano, por eso ha recibido a todos y por eso les habla con absoluta confianza. (Como es lógico tratándose de marinos vascos, sólo cinco o seis son socialistas, pero han demostrado ampliamente que todos son de fiar. Además, les han escogido a ellos porque ahora, ya lo veremos, van a navegar por los mares que mejor conocen de antes de la Guerra, cuando eran casi todos bacaladeros.)

“Se trata de una cuestión delicada que conviene explicar bien, porque a nadie se le va a enviar a esto a la fuerza”, empieza diciendo el ministro. “Los que vayan, irán voluntarios, aunque vosotros sabéis mejor que nadie que juntos sois una verdadera tripulación. No me dejará mentir el Capi”.

Bien –sigue el ministro cuando asienten–, se trata de lo siguiente. La guerra no se ha perdido todavía; pero las cosas van mal y hay que prever. Entre otras cosas, hay que poner a salvo fondos de la República, bien sea para poder seguir comprando armas o, si la guerra acaba mal, para poder sostener un Gobierno en el exilio. Tenemos hace tiempo comprado un yate, el *Vita*, uno de los yates más modernos y lujosos del mundo. Era de un multimillonario, claro, filipino, por cierto, y lleva bandera norteamericana. Motores diésel. Anda más de veinte nudos y está en Southampton. Tiene ya su propia tripulación, también paisanos, pero no nos fiamos de ellos. Entre otras cosas, porque no han hecho la guerra. Vosotros iréis a París, ahí os entregarán el dinero y otras cosas de valor que tenéis que llevar, millones de dólares. Luego, con pasaportes falsos, a Inglate-

rra. Ahí os darán pistolas, subís a bordo, os adueñáis del yate, salís sin avisar y... a México. Supongo que subiendo primero hasta Terranova para que no os cacen. O pesquen. Pero eso, claro, lo decidirá el Capi.

Imposible seguir adelante sin advertir a quien no lo sepa que la gran aventura del *Vita* es no sólo una historia preñada de desagradables matices político-crematísticos –que si quién tenía derecho a aquel dinero, Prieto o Negrín; etc.–, sino confusa en sus detalles más elementales. Tal vez las dos cosas sean inseparables. Así, por ejemplo, un historiador reaccionario escribe, muy de pasada, que el *Vita* llevó a México joyas –por valor de millones– robadas por el Gobierno a familias franquistas en sus casas, en los bancos, etcétera. El mismo historiador dice también que el *Vita* salió de Boulogne. En México y por el mundo se suponía luego que esa millonada se la quedó Prieto, aunque, según se decía, para teparle el ojo al macho parte del dinero se empleara en diversas maneras de ayuda a los refugiados españoles que empezaron a llegar en el verano de 1939. También se daba en México por sabido que la tripulación del *Vita* era la que estaba en él antes de que aparecieran los del *Tramontana*. De los del *Tramontana* no se habla, no existen, aunque todo el mundo parece ser que sospecha, no se sabría por qué, que Iturralde era el Capi del *Vita*. Para colmo, parece ser que lo del *Vita* se le ocurrió a Negrín, no a Prieto, y que el ministro vasco y gordo, es decir, Prieto, no estaba en ese momento en Barcelona, sino en gira por América.

(Las posibilidades de confusión y de manipulación narrativa son, pues, enormes, realmente tentadoras.

Pero, en primer lugar, aquí no debe importarnos el aspecto político de la historia. En segundo lugar, a mí la historia me la contó Mendi, que estuvo en todo y que algo más tenía que saber del asun-



to que el historiador reaccionario, a quien, si no vamos a creerle su versión del robo de las joyas, tampoco le creeremos que el *Vita* estaba en Boulogne. Además, el relato parece más interesante si el *Vita* se encuentra en Southampton. Más fronteras que pasar, más aventura, etc.

Por lo que al ministro gordo se refiere, su entrevista en Barcelona con los del *Tramontana* resulta mucho más natural si todos son paisanos, aunque la Historia nos diga que en ese momento don Inda andaba por América del Sur y por México. Por otra parte, no podemos olvidar que Negrín era casi tan gordo como Prieto).

Al día siguiente, a las nueve en punto de la mañana, Martín se sube a un pesero. Va deprimido porque, a las doce de la noche, después de escuchar dos discos de Couperin, Gamarra y él dejaron a Felisa y a Javier sujetos de nuevo, al parecer, a sus propias cadenas. Y tras el absurdo, dejando su relato de lado, tiene él, Martín, que seguir ahora ganándose el pan con su presencia en la editorial a la que todavía acude tres veces por semana. Le espera la obligación de decidir si se reimprime un viejo libro de antropología, un clásico de aquellos que vieron la luz aquí a principios de los años cincuenta.

¿Cómo dice Bret Ashley? “Nada cambia nunca, ¿verdad?”. Ya. Pero eso es una tontería. Todo cambia. Menos lo de Javier y Felisa, claro. ¿Y menos los clásicos? ¿Con tanto conocimiento como se ha ido acumulado, cómo puede haber clásicos de antropología? No te preocupes, ya te lo volverá a explicar Enríquez y acabará recomendando que se haga una nueva edición. Con un prólogo que, por supuesto, sitúe al clásico en su momento y en el nuestro. ¿Elemental? Evidente. En cambio, habría ya que prohibir los prólogos a Cervantes. Y a Galdós. Más todavía a Unamuno. Pero, sobre todo, a *Finnegans Wake*, y que quien presuma de entenderlo (es decir: de

disfrutarlo) se las arregle solo. O sola. Ya está uno hasta las narices de tanta universalidad de tanta escritura producida a partir de la particularidad más particular y remota. ¿Qué me importa a mí, que nos importan aquí las angustias socio-políticas, o socio-culturales, o teológicas, o edípicas, o étlicas de un irlandés de principios de siglo que escribe, para colmo, en una lengua hegemónica? Sotó kuam melodán tra'krito kon realijmo fonétiko. ¿Timajina lo romansée Feerico –feri teils con zu kola– en andalú serraó? La Miguela, un genio a su lado. (Letrero pintado en la pared de un changarro malaqueño: Ca Pankalá. Eleméntari, mai dier frend).

Pero no, es justo al revés: me importa porque ahí se demuestra una vez más, precisamente, que cualquier cosa importa, Ana Karemina celosa en la nieve y celosa en Italia; Fortunata dejándose llamar Pitusa; Pip haciéndose ilusiones; que todo puede importar, la isla Barataria, también Cuba y Nicaragua, por lo menos a algunos. ¿A dónde iríamos a parar, si no?, que habría dicho mi madre.

Déjalo, no le des vueltas, sabes de sobra dónde está el secreto, y lo único que tienes que hacer hasta las tres de la tarde es tomar un par de decisiones editoriales, repasar algún contrato y citarte con Gamarra para comer, o para cenar. Te quedan varias horas para volver a pensar en la historia del *Tramontana* que, en realidad, para lo que a la Historia importa es la de los del *Vita*. Sólo que no serían los del *Vita* si antes no hubieran sido los del *Tramontana* y, aún antes, los que pescaban en el Gran Sol. (Somos como una esencia que se representa variadamente a sí misma en actos diversos. No somos sino representaciones dispersas, fragmentadas, distintas todas entre sí. A fin de cuentas, dicen ahora, el sujeto no existe). Pero supongo que los del *Tramontana* sabían quiénes eran y que –no tendrían por qué extrañarnos– prefirieron en su día la imagen que, ante el mundo, pero salvo trapisondas político-dolarescas, significaba ser

los del *Vita*. Sin embargo, cuando Mendi me contó la historia en Lequeitio, su pueblo, pocos días antes de salir para San Francisco (siempre la vida en otra parte), tanto espacio –si no me engaña la memoria– ocupaba en la narración un barco como el otro. Y casi más aún todo lo que sigue, que no es poco, y que también habrá que contarlo como me lo contaba él, entre divertido y nostálgico, pisando firme en el pequeño muelle de su niñez, inolvidable muelle por el que paseábamos.

Y como resulta que Gamarra le avisa a Martín que tiene que irse inesperadamente a dar una conferencia a Jalapa (uno se gana los frijoles como puede y cuando puede), Martín queda libre para volver a coger el hilo de la narración en germen.

Mientras contempla el muy lejano Ajusco, está ya en que han llegado los veintiuno en tren a París, nueve y veinte de la mañana. Les llevan directamente a la Embajada. Ahí les dan varios centenares de francos que Iturralde distribuye y, después de lavarse un poco, les envían acompañados del Primer Secretario a las Galerías Lafayette para que se compre cada uno un par de maletas grandes en las que meterán algo de ropa y todo el dinero y lo demás que van a llevar a México.

Hay que imaginarse la incredulidad, el asombro, las risas; pero será difícil describirlo. Téngase en cuenta que vienen de una guerra en la que los alemanes bombardean con cien aviones modernos; en la que unos y otros se matan con tanques modernos; en la que los acorazados bombardean la costa a quince y veinte millas de distancia; una guerra ya tecnológica en la cual –a pesar de que se acerca el desmadre final– todo parece estar organizado más allá del quehacer individual, y a ellos les da el Embajador un dinero para comprar maletas (21 por 2, 42) en las que, como quien vuelve a casa con la cesta de la compra, van a llevar a Inglaterra, al *Vita*, a México, no

2894441

se sabe cuántos millones de dólares de la República. Como pescar ballenas en una lancha de dos remos, como una partida carlista después del abrazo de Vergara, como Cajal en un cuchitril con su viejo microscopio, como si ellos –tranquilos, mirándose entre sí muy serios y riéndose por dentro– pudiesen hacer por su causa lo que no quieren hacer los Grandes Bancos, lo que no se puede hacer con transferencias que no se llevarían a cabo porque nos lo confiscarían todo, ya que, como bien sabemos, y debería saberlo todo el mundo –insiste el embajador– lo de la No-Intervención ha sido desde el principio una farsa.

Y allá van al asalto de las Galerías Lafayette y, entre miradas y gestos de asombro, compran las maletas. Ya después, paseando un rato junto al Šena, Bermeo le grita a Langarica: “Si te vería tu madre en París y con esas maletas vacías, ¿eh, chaval?”. Langarica se ríe y, ahora sí, echan todos la carcajada mientras, guiados por el Primer Secretario, suben por fin al Metro –cuarenta y dos maletas enormes estorbando a todo el mundo– para volver a la Embajada.

Luego, por la noche, supongo que mientras los de la Embajada van llenando de oro las maletas, les dejan salir un rato. Cenar bien, cantan, y a Mendi se le ocurre que por qué no se meten a un cabaré. “¿Cuántas veces vamos a estar en París?”, pregunta retóricamente. Y entre un poco acojonados y un tanto escandalosos (puede, o suele ser lo mismo), entran al Clair de Lune. Les juntan varias mesas y, naturalmente, cuando calla la orquesta, cantan. (No tener miedo a los estereotipos, Martín).

*Boga, boga*  
*Marinela, marinela*  
*joan biardegur,*  
*urrutira, urrutira...*

Pero ya se sabe cómo son los franceses, y aquel griterío (¡*Plaia ederra, plaia ederra!*) rompe los esquemas cabareteros. O, más bien, les confirma a los franceses cabareteros su esquema: los españoles son todos unos salvajes, y éstos más porque son, obviamente, vascos y republicanos. De modo que se levantan de una mesa tres señoritos y empiezan a gritar ¡Viva Franco!, luego, ¡Viva Alemania! y, mientras alguno se ríe de lo de lo del bombardeo de Guernica, se les unen varios más. Que es cuando empiezan los chingadazos. Lo malo es que al poco tiempo llega la policía y acaban los veintiuno y el Primer Secretario en el calabozo. “Y ahora, ¿qué hacemos?”, se preguntan.

Se le permite al Primer Secretario llamar a la Embajada, viene otro Secretario, les sacan de allí y, por fin, tras recibir una no pequeña bronca, duermen a pierna suelta hasta las seis de la mañana. A las ocho y diez cogen el tren, cada uno con su dos maletas llenas de nunca supieron bien qué cantidad de dólares y otras cosas. Pasan luego a una especie de transbordador y al anochecer están en Southampton, ya armados y listos para subir al *Vita*, de ser necesario por la fuerza.

Martín ha estado en Southampton. Fue la primera vez que volvió a Europa, recién divorciado. Juntó algunos dineros que le debían, cobró por adelantado el sueldo de tres meses, le pidió prestado lo demás a Gámez, y salió emocionado de México rumbo a lo que –ni lo quiso decir– creía ser el corazón del mundo.

Gámez, Roberto Gámez, hora es ya de decirlo, es de los que han hecho dinero en el exilio. Nació en Madrid y, como Gamarra, llegó a Morelia también en el 37. Allí fue amigo de Gamarra hasta mediados del 39, que es cuando se escapó de la escuela, antes de la debacle final. Malcomiendo a base de trabajos que hacen de Laza-

rillo de Tormes un privilegiado, fue a dar a San Luis Potosí donde, al principio, se dedicó a recadista de los clientes de una cantina elegante. En los ratos muertos limpiaba los coches de aquellos negociantes un tanto parranderos que, poco a poco, fueron llegando a ser sus clientes regulares. Uno de ellos, inteligente hijo de gachupines, se lo llevó consigo a su agencia de venta de automóviles. En poco tiempo Gámez pasó de limpiacoches a ayudante de mecánico y, a los dieciséis años, a mecánico.

Cuando el cada vez más rico hijo de gachupines pasó a la empresa matriz al D. F., se llevó a Gámez consigo como empleado de confianza a cargo de las refacciones y, poco después, de las ventas. Coincide este ascenso con el gobierno de Miguel Alemán y, por obra de los grandes negocios con el Gobierno, Gámez va haciéndose de dinero. Es también cuando Gámez –lector desde niño de todo lo que encontraba a mano– dedica varias horas por las tardes a asistir a cursos de la Facultad de Filosofía y Letras, en Mascarones. Ahí vuelve a encontrarse con Gamarra y conoce a Martín, a Javier y a Ana María Delgado, algo más joven que él, recién egresada del Luis Vives. Se casa poco después con ella, deja de asistir a la Facultad y –todavía bajo la protección del cada vez más importante gachupín– abre su propia agencia de coches.

De ahí, conexiones ya personales con la industria y con el Gobierno, va diversificando sus intereses. Tras algunos préstamos para negocios de importación, establece sus primeras relaciones con la Banca y hoy es ya un capital fuerte aunque, en opinión de Martín –pero Martín no entiende mucho de estas cosas–, capital siempre peligrosamente inestable.

Ana María y él tienen dos hijos. El mayor, Paco, está terminando la carrera de Ciencias Políticas; el pequeño, Juan, va para arquitecto. En cuanto a la literatura, no es ya para Gámez sino lo que hacen algunos amigos, tema de conversación con ellos.

(Debe también quedar claro que, desde luego, Gámez es un explotador como cualquier otro. Ahora bien, como es extremadamente inteligente y trabajador, y como hemos de tomar en cuenta la difícilísima vida que llevó de niño y de adolescente, creo que el narrador sería tal vez injusto si subrayase este aspecto negativo de su personalidad, de su estructura vital toda. A fin de cuentas, Gámez no ha dejado de ser amigo de sus amigos y él y Ana María siempre están abiertos a la compañía de los íntimos, a quienes siempre ofrecen de comer y de beber con la sana convicción de que, entre sí, en cuanto antiguos refugiados, todos son iguales.)

Con aquel dinero, por el puro gusto de conocer, Martín se fue en tren a Nueva York donde, al cabo de tres días, embarcó en el *Rotterdam*, de la Holland America Line, precioso barco que, antes del Havre, hacía una breve escala en Southampton.

Por eso recuerda una larga y ancha ría, con grandes bancos de arena y un par de torreones medievales en la boca. Lo suficiente para poder describir la salida del *Vita* (de noche, sin luces, sin avisar a la Capitanía del puerto). Pero no recuerda nada de los muelles, que supone que los habrá. Además, ¿estaba el *Vita* atracado o fondeado? ¿Cómo, pues, hacer subir a los veintiuno a bordo? ¿Desde el muelle, más o menos tranquilamente, o con la complicación que significaría tener que ir en una motora hasta el yate fondeado?

Decide que no importa, que ya se las arreglará cuando llegue el momento. Prefiere por ahora descansar de su relato y pensar en aquella Francia de finales de los años cincuenta.

Se tumba en el sofá y trata de recordar cómo era aquello cuando apenas empezaba a ser efectivo el Plan Marshall, no como lo ha vuelto a ver después. No será difícil, porque durante aquel viaje había sido importante grabar en la memoria hasta los detalles más tontos: Martín era de los primeros refugiados que volvía a Europa

(excluida entonces España, por supuesto) y, por lo tanto, tenía que contarles a los demás. Sólo que, claro, siempre se confunden las impresiones subjetivas con la descripción de las cosas como son y, cuando quiso explicar que el tren de El Havre a París le había parecido muy pequeñito, que todo allí le había parecido pequeño, el campo, los árboles, hasta las vacas (por no hablar de Edith Piaff, a quien oyó cantar en un teatro), Felisa explotó diciendo: “Eres un imbécil”. Trató Martín de calmarla explicando que no París mismo, desde luego, que en París, como en Nueva York o en el D. F., salvo los coches y el Metro, todo era de tamaño normal, igual que en todas las ciudades grandes.

“¿París como todas las ciudades? De verdad que te nos has vuelto imbécil”. insistió Felisa, abusando, como siempre, no sólo de los asumidos privilegios de su temperamento, sino de esa manera dizque clara y rotunda que se supone tienen los españoles y las españolas de decir las cosas. Especialmente cuando hablan sin saber, como en este caso Felisa, quien, tras la salida de España, de Francia sólo conoció Perpignan y Burdeos.

Felisa se permitía esos lujos (aunque algo más con sus paisanos) porque era guapa, atractiva, y porque se había ya acostumbrado a que a las españolas se les tolera aquí un hablar fuerte que no se tolera en los españoles. Parece que hace gracia, y puede explicarse por qué. Se trata de una explicación que, como todo lo que se refiere a este país, nos remite a la Conquista. Hela aquí:

*Si lo de la Malinche es símbolo de la violación perpetrada por un Imperio que luego pretende ser la Madre Patria, la revancha, la venganza, tal vez la liberación, exige la conquista simbólica (si es real, mejor), la malinchización de las hijas de esa Madre Patria. (Parece ser que la Madre es, en sí, intocable). Por lo tanto, se toleran (resintiéndolos, desde*



*luego) el “temperamento” y el verbo agresivo de las españolas pensando que, tarde o temprano, te las vas a llevar a la cama. Salvo casos de homosexualidad masculina, ¿puede haber mejor manera de chingarse a los españoles que con sus españolas?*

Normal, absolutamente normal, se dice Martín. Es lo mismo, exactamente lo mismo que, cuando de niño, al igual que los demás chavales de su barrio, creía a pie juntillas que todos los señoritos eran maricones y que las siempre altaneras niñas bien estaban ahí para ser conquistadas. El momento simbólico más emocionante de la lucha de clases representaba siempre al obrero seduciendo, y hasta violando, a la niña rica. Y todavía hoy, con sus años a cuestas, y a pesar de que hace tiempo que no es sino un pequeño-burgués por demás común y corriente, Martín siente (no contigo, Sonia) la erótica, violenta atracción de la otredad cada vez que se encuentra con una yegua fina que pretende, soberbia, sostenerle la mirada.

Lo primitivo, se dice, ha de ser lo real profundo. ¿Cómo, pues, explicarle a Felisa que París –maravilloso/maravillosa, por supuesto– le había parecido un pastelazo de hojaldre bajo el cual no latía ya la Comuna, la Comuna convertida en pastel de hojaldre? ¿Cómo recordar ahora eso y todo lo demás (estaban de moda Buffet y aquellas profundidades de Godot y la cantante calva), según se va quedando dormido?

Despierta ya a oscuras. Se ducha, y para las nueve y media está en casa de los Gámez hojeando una nueva *Historia de la lengua española*, de un tal Antonio Alatorre y editada lujosamente por el Banco de Comercio. Las reproducciones, todas a colores, son carísimas y preciosas; la prosa del autor, inteligente, sabia y, cosa rara, divertida.

“Desde luego, cuando quieren hacer las cosas bien, tus amigos los banqueros no se privan”, le dice Martín a Gámez mientras Ana María trae unos taquitos y unas cervezas.

“Sí”, responde Gámez. “Y lo mejor es que esto no lo van a leer más que cuatro gatos, porque la sabiduría, casi toda la sabiduría, no es más que un puro lujo”.

Martín piensa que eso es un disparate como otro cualquiera y que, en cuanto al cinismo, ya se sabe cómo es Gámez. No importa, entre amigos. Lo que importa es estar juntos, sentir vibraciones que les conectan. Es lo suyo, lo que les aísla y les protege de todo lo que les rodea. Pero, ¿es verdad que viven tan aislados como se imaginan? No, eso es imposible. De hecho, ya ni casi saben qué les distingue o separa del mundo en que viven. ¿No han dejado ya en paz la *Historia de la lengua española* y están hablando ahora de lo que –según la prensa– dicen que ha dicho en Sinaloa el futuro presidente? ¿No hablan acaso también de la chapuza que le ha hecho Petróleos a Gámez con lo de la importación de anclas y boyas para los pozos de Campeche, del Golfo? ¿Y no han pasado enseguida a hablar de la estupidez del último anuncio de colonia –francesa– producido por la agencia de publicidad en que trabaja Javier, producido seguramente por Javier mismo?

“¿Qué querrá decir Paco cuando dice que siempre estamos hablando de lo nuestro?”, pregunta Martín, haciéndose el tonto.

“No tenemos ya nada que sea propiamente nuestro”, dice Ana María, siempre sonriente.

“A mí me parece”, dice Gámez mientras se levanta para pasar de la cerveza al whisky, “a mi me parece que ya va siendo hora de que entendamos de una puñetera vez que no hemos tenido nunca nada nuestro. Ni provocamos la Guerra, ni luchamos en ella. Luego, nos trajeron. Nos metieron enseguida en aquellas escuelas, las vuestras y la mía, en las que no hacían sino hablamos de Es-

pañã, directa o indirectamente, de una Espaõa que no conocíamos, que era la de ellos y que, sólo por eso, se suponía que tenía que ser nuestra. Esto, en cambio, esto, que es lo único que hemos tenido realmente, siempre viéndolo desde fuera. Y nos dejaron sin nada porque nos convirtieron en espectadores de lo uno y de lo otro”.

“Nos queda la niñez”, dice Martín, no muy convencido.

“¡Pero si yo no me acuerdo de nada de mi niñez aquella!”, dice Ana María. “¡Si yo tenía dos años cuando llegamos a Veracruz! Además, Martín, si vamos a la niñez española de cada uno, ahí no nos conocíamos, los nosotros eran otros, ahí no teníamos nada de esto que llamamos nuestro, que Paco llama lo nuestro. ¿Qué sé yo, por ejemplo, de los paisajes de tu niñez, de tus calles, de los juegos que jugabas?”.

Gámez ha vuelto a sentarse. Le pasa su whisky a Martín y, mientras da vueltas con el meñique al hielo de su vaso, dice: “Tienes razón, chata. Ese es precisamente el problema, porque el problema empieza aquí. Porque aunque eras tan pequeña, a ti también te metieron en la cabeza todo nuestro lío, en casa y en la escuela. Todos heredamos pasados en cierto modo ajenos. Y luego te casaste conmigo, continuando la larga racha de nuestra endogamia. Porque está claro, estadísticamente hablando, que sólo los que vienen después de nosotros, nacidos ya aquí casi todos, empiezan a casarse fuera de la tribu. Y eso, chata, ya sabemos lo que pesa: tribu pero sin tierra, y ni siquiera nómadas”.

Martín piensa en Sonia y vuelve a abrir la lujosa *Historia de la lengua española*. Ana María se levanta preguntando si quieren alguna otra cosita de comer. “No, gracias”, dicen ellos. Y Gámez añade: “Pero no sé para qué carajos tratamos de explicarnos nada los uncs a los otros. ¡Si nos lo sabemos todo de memoria!”. Se queda pensando, y añade aún: “Y eso, querido Martín, eso mismo

es lo que quiere decir Paco cuando dice que siempre estamos hablando de nuestras cosas, que las recitamos de memoria”.

“Ya. Lo nuestro no es sino un hablar de lo nuestro”, comenta Martín, reciclando a lo posmoderno viejos existencialismos. “No somos ya sino lenguaje, repetición mecánica de palabras que se dicen solas a sí mismas. Lo cual resulta especialmente grave, especialmente lamentable cuando pretendemos acercarnos a lo que nos rodea, cuando intentamos encontrar en la otredad de un discurso ajeno que también llevamos dentro y que, sin embargo, es radicalmente imposible en nosotros, inalcanzable. ¿Cuántas veces al día decimos cuánto queremos a este país, cómo sin él no seríamos nada, cuánto nos importa lo que aquí pasa? Pero al decir eso, que es verdad, que es la pura verdad, suena siempre a mentira porque no acabamos de decirlo desde el interior del discurso al que queremos y no queremos acercarnos. Sólo que tampoco estamos en el discurso que aquí nos trajo. El nuestro es un lenguaje como de anfibios”.

Se calla y añade: “No sé, chicos”.

“Sí, sí sabes”, le dice Gámez. “Y por eso te cuesta tanto escribir sobre lo que te rodea, aparte de los artículos del periódico, se entiende. Y por eso tampoco puedes escribir sobre lo que crees que pasa allí ya que no acabas de saber si aquello existe o te lo inventas. Porque, inventado o no –y a fin de cuentas los literatos os lo inventáis todo–, no es que no sepas qué pasa aquí o qué pasa allá, no es que no te importe, no es que no seas capaz, en principio, de tocar temas que importen aquí o allá, temas de cualquier parte. Lo que ocurre es lo que dices, que ese cruce de lenguajes que somos ni toca tierra ni se mueve en el agua. Cuando mucho, tienes razón, somos anfibios, y los anfibios han sobrevivido miles de milenios, pero no sirven para nada”.

“Siempre queda la lírica”, contesta Martín, aferrándose a su tesis. “Y lo concreto de tus negocios: contribución al desarrollo del

país y esas cosas. Hay quien dice que eso define nuestras verdaderas raíces”.

Gámez se levanta para servir otros dos whiskis, pero Ana María propone que ya es tarde, que mañana hay que trabajar, y que lo mejor será que Martín se vaya marchando. Como él y Gámez están acostumbrados a esa disciplina, dicen que bien. Se despiden los tres y, ya en la calle, como en efecto es tarde, Martín toma un taxi. Al llegar a su casa se acuesta inmediatamente, porque sería inútil intentar ahora recordar calles de París. O volver a recoger el hilo de su relato.

Le despierta el sol de una mañana espléndida y, enseguida, porque sí, decide que subirán al *Vita* en el muelle. No habrá demasiados lectores que tengan en cuenta que, porque lleva mucho tiempo en Southampton, lo más probable es que el yate esté fondeado. (¿Cuál habría sido el coste diario de tener atracado en Southampton un yate así a fines del 38 y principios del 39?).

Martín se levanta, pasa por el baño para orinar y lavarse un poco la cara y, ya en la cocina empieza a hacerse el jugo y el café. ¿Cuándo se va a comprar un exprimidor eléctrico? Digamos que mañana. Además, exprimir naranjas así, a la antigua, parece un ejercicio útil para ciertos músculos. “Todavía no tengo demasiados achaques y lo único que me fastidia en este momento es que se me haya ocurrido pensar en si los lectores se enterarán de la diferencia que existe entre fondear y atracar. ¿Qué lectores?”.

Y los del *Tramontana* se dirigen directamente al muelle. Porque tienen que subir al *Vita* enseguida, porque no pueden veintinueve con cuarenta y dos maletas andar como en manada buscando una lancha motora, ni pasarse la noche y parte del día siguiente en Southampton sin llamar la atención. Tienen que subir en el muelle, ahora y, a ser posible, zarpar esa misma noche.

Con el café, Martín se va despertando y asentando. A la tercera taza, sale de la cocina y se dirige a la ventana de la sala. A medio camino vuelve atrás, se sirve más café y, con la taza en la mano, llega por fin a la ventana para contemplar el lejano Ajusco. No sólo no hay contaminación, sino que ni siquiera está envuelto en brumas. Parece estar al alcance de la mano.

Cuando a Gamarra le da por la nostalgia, le cuenta a Martín cómo, en la adolescencia, ya en el D. F., solía subir al Ajusco con otros chavales de la JSU. Alguna vez hasta subieron al Ixta. Excursiones de jóvenes refugiados comunistas idénticas a las de la Institución Libre de Enseñanza en la Sierra de Madrid. Curiosa convergencia de visiones del mundo distintas, contrarias. Él, Martín, no ha subido nunca ni al Ajusco, ni al Ixta, ni a nada. Lo único, también en la adolescencia, es que subió dos veces a la cúpula del Monumento a la Revolución. Estaba todo tan oscuro por aquella escalinata interior que ni siquiera podían verles las piernas a las chamacas que habían dejado pasar por delante para eso, para verles las piernas.

Que es cuando Martín se fija en que en la aventura de los del *Tramontana* no hay mujeres por ninguna parte (salvo después, mucho después de la travesía, cuando algunos vuelven a sus pueblos y otros se casan en América). ¿Será posible? ¿Y la última noche en Alicante, en Barcelona, en París? En París, entre la detención y la Embajada, difícil, desde luego. Otro tanto en Southampton, porque llegan y suben a bordo enseguida, a eso de las diez de la noche.

Desaparecen los recelos del marinero de guardia frente a Iturralde cuando ve que Oyarzábal, su Capi, recibe al Capi del *Tramontana* con un abrazo. (Se conocen hace años y no se habían visto desde el principio de la Guerra.) Tras el abrazo, se alejan los dos unos pasos y hablan en voz baja. Oyarzábal parece pedir explicaciones, pero

calmadamente. Iturralde le explica. Al cabo de un rato, Oyarzábal se acerca a la borda y grita: “*Igon dana!* ¡Subir todos!”.

Cogen los del *Tramontana* sus maletas y suben a bordo. Ya para entonces ha ido apareciendo en cubierta la tripulación del *Vita* y, como algunos conocen a varios de los que van llegando (no en vano han faenado en las mismas aguas), saludan sorprendidos y contentos. Los que no se conocen se miran ya tranquilos.

Iturralde se acerca entonces a los suyos y les explica que no hay problema, que se olviden de las pistolas. Oyarzábal y su tripulación son tan leales como ellos (leales, por lo menos, al Gobierno Vasco) y, además, están perfectamente dispuestos a irse a México. Luego, por turnos, él y Oyarzábal explican a todos que lo del mando también está resuelto: para cualquier cuestión legal que pueda surgir, el Capi sigue siendo Oyarzábal; pero por tratarse de una misión secreta de nueva orden, el mando efectivo lo llevarán Iturralde y sus oficiales. Y el contramaestre será Bermeo. Lo único malo es que, si ya de por sí veintiuno es demasiada tripulación para este yate (no sé qué sabrán de barcos los del Gobierno de Barcelona), peor son treinta y cinco. Pero como tendremos que ir metiendo el hombro todos, ya nos iremos arreglando. Y, por cierto: “Me dice el Capi Oyarzábal –dice Iturralde– que tenemos provisiones para un largo viaje. Y diésel, claro. Así es que, tranquilos. Zarpamos a las once y media. Sin avisar. Sin luces”.

“Mendi, Sancha (es el Jefe de máquinas del *Tramontana*), Bermeo: ¡hale!”; añade.

Martín está hora contento: ésa podría ser una escena muy buena. Casi cuarenta hombres en cubierta decidiendo enfrentarse con su destino (es decir, a la mar y a los barcos de guerra que van a perseguirles). Lo épico, con disciplina y como paisanos. Lo épico-nacional, sin que se entere la Inglaterra que casi les rodea por tres puntos

del compás. Bueno: algunos en esa Inglaterra tienen que estar enterados de todo; pero si les han dejado llegar hasta aquí, seguirán haciéndose los desentendidos.

Los que también estarán enterados y no se harán los desentendidos son los franquistas y los alemanes, que ya estarán sus barcos preparándose para interceptarles. Pero eso viene más adelante y Martín no va a preocuparse por ello hasta que el *Vita* empiece a alejarse de la costa Suroeste de Irlanda. Por el momento, lo que tiene que hacer es ir al periódico a cobrar, a charlar un rato, a ir pensando en el próximo artículo como si no pasara nada. La vida cotidiana que no tolera angustias. Lo suyo, la función que él cumple como cumplieron la suya los del *Vita*.

Ya en el pesero piensa que no, que hay grandes diferencias, que la función que aquellos cumplieron fue de enorme importancia, y que la tranquilidad de ánimo, nacida de la sabiduría profesional, con que se enfrentaron a la ventura no debe hacernos olvidar su heroísmo. Heroísmo, sí, que no todos los héroes salen de la nada y se hacen para siempre por casualidad, o en un solo momento de locura, tal vez por voluntad de ganarse un lugar en la Historia. Lo cotidiano bien podría ser el fundamento real de lo extraordinario. Pero no todos los quehaceres cotidianos han de tener el mismo valor. Yo, por ejemplo. ¿qué función que importe cumplo con mi quehacer de todos los días? La editorial por un lado, el periódico por otro. Tampoco debe ser muy importante la función de éste que va a mi lado, que, por las pintas y por el portafolio gastado, tiene que ser cobrador de un banco. ¿Y el del otro lado? Con ese overol y esa extraña caja de herramientas, seguro que dedica a arreglar televisiones. Lo que no entiendo es por qué tiene que ir de una punta a otra de la ciudad para arreglarlas. Se diría —dicen— que la televisión es importante y, por tanto, digo yo, su utilización debería racionalizarse: di-



vidir la ciudad en zonas y que los televidentes acudan sólo a los talleres de reparación de su zona. O sea, a la antigua, cada uno en su barrio, en su colonia. Cuanto más moderna (más grande) la ciudad, más a la antigua tendría que organizarse. Es lo lógico. Si no, una familia de la colonia Santa María puede pasarse varios días esperando hasta que le llegue un especialista de Tlalpan, y una de Tlalpan otros tantos hasta que le llegue uno de Santa María. ¡Vaya desastre! Pero a mí –se sigue diciendo Martín– me importa madres la televisión. Lo que me importa es lo bonita que era antes esta ciudad a pesar de la calle Dolores, o de Tacuba, o de la Colonia de los Doctores, que peores sitios hay en París o en Nueva York. Y cómoda, incluso hasta cuando llegó a los cinco millones. Todo por barrios, por colonias, por zonas, pero todo naturalmente comunicado, de modo que no era problema ir a cualquier parte, que era como estar en todas partes a la vez. Hasta que acabaron con los tranvías. Son el verdadero símbolo porque daban el ritmo justo, la medida exacta de las modestas posibilidades del quehacer cotidiano. ¿Tendrán éstos que van conmigo alguna idea de lo que era aquello? Nuestra ciudad era aquélla, no ésta. Y eso, diga lo que diga el chico de los Gámez, no tiene nada que ver con ser refugiados, o desterrados, o trasterrados, o exiliados.

Se le ocurre a Martín que quiere caminar un rato y se baja en Bucareli. Según se dirige hacia donde estuvo el Caballito pretende no darse demasiada cuenta de la complicación que significa haber llamado nuestra –como tantas otras veces– a esta ciudad ahora abrumadoramente monstruosa. A fin de cuentas, la comparte desde los quince años con millones que en este momento estarán pensando lo mismo. Lo nuestro, pues, se dice, es bastante más amplio de lo que cree Paco. Y, si quiero, puedo escribir el próximo artículo sobre eso. Es decir, sobre los obstáculos que casi impiden la comunicación en esta ciudad monstruo. Puedo, incluso, dedicar una serie

de artículos a cómo, con el crecimiento conjunto de la urbe, del país, de las capas medias y de la educación, es ahora prácticamente imposible saber quiénes son los lectores a los que uno se dirige desde la prensa. Y quien me lea en el periódico verá enseguida que soy uno de ellos, uno de los que ya no entienden nada. Porque antes era muy fácil saber quiénes eran los lectores y que ellos supieran quién eras tú: un grupo minúsculo de elegidos, los que entendían, rodeados de los lectores de *Chamaco Chico* o de los *Supermachos*. Y de los que ni eso. Pero ahora, como mi firma lleva ya en el periódico años y años, a ningún lector que le interese el tema se le ocurrirá cuestionar mis credenciales, pensar que lo que escribo no es una prolongación de su propio pensamiento.

Así de fácil. La razón por la que parece que hay un problema es que estamos tan llenos de nosotros mismos que seguimos creyendo que los lectores, los que haya, nos tienen bajo el microscopio porque saben quiénes somos: lugar de origen, padre y madre, actividades anteriores. Y no es así. Fue casi así durante muchos años, cuando los elegidos. Pero ahora uno ya no es más que una firma y sólo los viejos saben quiénes son los viejos, si es que se les ocurre pensar en ello. Haz memoria, Martín, de aquel mundo de nuestros mayores al que fuimos entrando de la mano de su ejemplo y casi a ciegas, incapaces de prever las consecuencias: el editor más importante era argentino, huído de Perón y, entre los traductores y correctores de pruebas y periodistas, junto a los de aquí, refugiados españoles, nicaragüenses, guatemaltecos, todos los demás huidos, incluyendo judíos alemanes, y sin que faltaran los cubanos. Y todo el mundo se conocía (vivían en el Centro, en la Roma, en la Cuauh-témoc, la Condesa, en la del Valle), todo el mundo sabía quién era quién en tensa solidaridad entre los nacidos aquí y los llegados de fuera. Elegidos todos. Pero está claro que ahora es otra cosa y ya no se sabe quién es quién, personalmente quiero decir. Si pudiéramos

realmente llegar a entender eso. Pero estamos tan llenos de nosotros mismos que.

Martín Alsúa se para, desconsolado de repente. ¿Llenos de nosotros mismos? Ve entonces que la calle Bucareli resulta ya estrecha para el tráfico, que está sucia, vieja, destartalada. ¿Cómo no hundirse también uno en su propio desastre? Hace años que no se ve ya el Caballito a lo lejos. Pero sería peor si estuviera todavía ahí porque ya no sería sino un estorbo para los coches y, además, la calle de Rosales, donde murió Vázquez, ya no existe. Martín vacila, cree que se le va el mundo, ¿cómo puede desaparecer una calle?, y se apoya contra una pared. ¡Qué fantasiosos, que retóricos eran los existencialistas! La náusea te viene cuando ves a Vázquez triturado y sangrando, cuando la persona que amas se va con otro, dolor de tripas, vómitos, no ahora que te hundes en el vacío, que —por definición— excluye la náusea. Lo he sabido siempre, se dice Martín. Listo que eras, pero, ¿y qué? ¿A qué me agarro ahora aquí, en la mitad de la calle Bucareli, cara al vacío? No hay más remedio que hacer un esfuerzo, como siempre, un viejo y tremendo esfuerzo, tratar de pensar (nos salvará el pensamiento), intentar plantearlo todo racionalmente.

Martín respira hondo, pero se da cuenta de que, una de dos, o él no sabe pensar o, lo que sería mucho más grave, la lógica no sirve para estas cosas. Porque (vamos a ver) al decir nuestra ciudad, ¿no ha quedado demostrado por ese solo hecho que lo nuestro es esto (o, por lo menos, también esto)? ¿Qué quiere —por tanto— decir eso de “estamos tan llenos de nosotros mismos”? ¿Cuántos nosotros puede haber en una sola primera persona del plural?

Martín cree que va a hundirse más cuando se le ocurre que nosotros es un número infinito de círculos concéntricos. Sin embargo —y en efecto—, el haberse puesto a pensar le está tranquilizando. Es lo que ocurre siempre. Es decir, siempre que para no hundirnos en



nosotros mismos (porque no nos hundimos en la calle Bucareli, sino en nosotros mismos), nos agarramos el alma por los pelos y, de un tirón, nos la sacamos fuera, nos la colocamos enfrente como si fuese (fuéramos) un problema a resolver. Un problema de física, por ejemplo. Vieja trinchera, la razón. Fortaleza. Más bien como una larga torera contra las embestidas de la realidad. Además, todo problema a resolver ocupa tiempo mientras va pasando el tiempo. Aquello que convertimos en problema racional se puede, por tanto, dejar para mañana.

Que es lo que hace Martín cuando, cerca ya de la Reforma, superado ya casi el ataque de ansiedad, decide que en cuanto vuelva Gamarra de Jalapa tiene que proponerle que se sienten los dos de una vez por todas, a aclarar el problema de exilio, del suyo, no del de sus mayores, que ese es un problema elemental. Con orden, con método con disciplina, con lógica, como explicaba Gaos aquellas cosas tan abstrusas –tan obvias– de Heidegger, hace ya la friolera de más de treinta años.

Está, pues, claro que Martín sigue creyendo que para resolver un problema real lo que importa es plantearlo con claridad, para luego ir sacando las consecuencias paso a paso. (La verdad es que, más que Gaos, tu modelo, Martín, era Espinosa, aquella cerrada y monumental lógica geométrica suya). Pero, “Dime”, le preguntará mañana a Gamarra. “¿no es así. no sigue siendo así?”.

Al día siguiente Gamarra está de buen humor, no sólo porque le han pagado decentemente en Jalapa, sino porque la conferencia le ha salido bien y, además, ha leído sus poemas. Le resulta, pues, fácil contestar filosofando a lo castizo.

“Mira, chico”, le dice a Martín, “para lo que nos queda por vivir, ¿qué más da? ¿Que no somos ni chicha ni limonada? Pues, bien: si así parece, así será”. Dicho ésto como quien remata con una revolvera.

De vuelta en su apartamento tras la lacónica conversación con Gamarra, Martín decide acostarse temprano. Le duele dejar pasar una noche más sin llamar a Sonia, pero la verdad es que todavía no puede. Tampoco es raro que no haya llamado ella porque Sonia parece que huele las crisis de Martín y, cuando las siente venir, sabe por experiencia que lo mejor es dejarle solo, con sus cosas y su gente de siempre. Mundo anterior a ella que no puede ser de otra manera. A fin de cuentas, Sonia lo sabe, todo acaba resolviéndose en varios poemas, o en algún relato a medio hacer, dubitativo, que quedará para siempre olvidado en alguno de los cuadernos.

Ya en la cama, Martín sonríe: ¡Qué lista es! ¡Sabe más que...! ¿Más que quién? Más que Séneca, desde luego. Supongo que tanto como dicen que saben las madres. Que tampoco me lo creo, que sepan tanto. Pero es igual. Ven a mí, sueño reparador.

Por la mañana, frente a la ventana con la taza de café en la mano, Martín toma una decisión importante: Anotar en el cuaderno los datos básicos de la historia que ha ido recordando, no vaya a ser que, a la hora de contarla, se le olvide algo importante. Va a la cocina, se sirve otro café, vuelve a la sala, se sienta, coge el bolígrafo, tacha las pocas palabras escritas anteayer (aquello de qué y para quién escribo, etc.), y escribe lo siguiente:

*Tramontana, cuatro mil toneladas. Alicante-Odcsa-Alicante-Valencia-Barcelona. etcétera. Llegada a Alicante al atardecer. Orden de que salga la tripulación toda para Valencia. Carretera relativamente tranquila. Paisaje seco, paisaje verde, mar. Camino ya de Barcelona, similar pero más tráfico: camiones y camionetas con carga o con milicianos, coches requisados. En Barcelona, reunión con Prieto. (¿Se podrá cambiar el ministro? En realidad era Negrín. ¿No?) Camión a*

la frontera (sigue la campaña en paz.) Tren de noche a París (Aunque todo a oscuras, se siente otra manera de paz). Descripción de la admiración reservada a la salida de la estación de París. (Gente bien vestida, coches, ajeteo.) A la Embajada en varios coches. El embajador es alto, elegante, pero está nervioso, se diría que asustado. (Éste cree que la guerra ya se ha perdido. Con pájaros como él, ¿cómo no va a perderse?). Entrega de los francos para las maletas. Asombro de los dependientes (¿dependientas?) de Galerías Lafayette ante la compra de tantas maletas todas iguales (tienen que ir a la bodega a buscar diez o doce.) Paseo hasta el Sena, cada uno con sus dos maletas vacías, entre bromas y risas. No describir nada de París. Detalles, en cambio, de la cena (¿letra de lo que cantan en vasco? Lo de boga, boga, marinela.) La pelea del cabaret, breve. Tren y transbordador a Inglaterra subrayando que sospechan que les vigilan (por eso han pasado todos al euskara automáticamente; pero Mendi se pregunta si no será peor, más llamativo todavía). Entregan la documentación con tranquilidad porque no les extrañaría que les detuvieran; pero tampoco les sorprende cuando les dejan pasar sin ningún problema. (La calma con que aceptan lo uno y habrían aceptado lo otro se explica fácil: son muchos años de mar, de galernas y de buen tiempo.) Detalles de los muelles de Southampton (tal vez a la manera de Eric Ambler), y el mayor suspense posible en la subida a bordo. (Pequeño problema: ¿en qué parte de la cubierta de un yate, aunque sea moderno y grande, pueden estar juntos treinta y pico hombres? Un yate no es un mercante.) Luego, descripción cuidada de las playas de la ría a oscuras: silencio de la salida como el silencio de las casas cuyas pequeñas luces se ven a lo lejos. Un barco que sale de noche adentra todavía más a sus

*hombres en la soledad, etc. Luego, nada hasta que dejan Irlanda atrás. Etcétera.*

Martín se levanta y vuelve a la ventana. Estamos apenas saliendo de enero y sigue haciendo un poco de frío. Va a la recámara y se pone un suéter. Se tumba en el sofá. Pero sabe que no ha hecho esas notas por miedo de olvidarse de nada. A pesar de sus distracciones, tiene, en general, buena memoria, y desde que Mendi le contó la historia, hace ya varios años, recuerda casi todos los detalles. Las notas las ha hecho para obligarse a romper el maleficio (que no puede ser sólo cuestión del cuaderno), para convencerse de que es perfectamente capaz de escribir algo objetivo. Y nada menos que una aventura que consta en los libros de Historia.

Evidente, sí; pero una cosa son las notas, apuntes, libro de bitácora, la memoria, y otra la escritura misma. Ya. Sólo que no puede uno seguir dándole vueltas a la misma noria. Seguir, en cambio, repensando sin prisa la trama después de la comida con Javier. Porque, claro está, no vamos ahora a dejar fuera la última crisis de Javier y Felisa. (¿Fuera de qué, de dónde? Está por todas partes, texto de todos los textos, uno de los trozos del pan nuestro de cada día. Sólo que esta vez, no se sabría por qué. Gamarra piensa que es grave. Y Ana María, tan perspicaz, ha dicho lo mismo por teléfono.)

Como Javier invita, van a un restaurán mediocre pero con pretensiones. Es lo que ocurre cuando el talento poético se dedica a la publicidad: que buscas –dices que buscas– pero no encontrarás ya nunca tu sitio justo. Y es lo que ocurre con la conversación, que vacila entre triviales frases inteligentes y mediocres versos libres apenas insinuados. Martín piensa que así, con un problema como el de Javier, cualquiera podría escribir los versos más tristes esta noche, incluso al mediodía. Pero no, al mediodía y frente a un filete a

la tampiqueña no hay quien escriba nada. Martín se dice que tiene ahora que dejar de pensar en soterradas tonterías y que tiene que intentar escuchar lo que Javier le dice; intentar ver las cosas como Javier las explica, tratar de controlar la voracidad que le producen siempre las patatas fritas. Pero no puede concentrarse en el lenguaje que jumbrosamente analítico de Javier porque piensa que el problema está en otra parte, en un tiempo muy anterior.

Concha Ramírez, chismosa siempre, se lo explicó a todos poco después de que Javier, indiscretamente, le contara a ella lo que acababa de contarle al psiquiatra: que su madre le había dado de mamar hasta los cuatro años. Y Felisa, lo sabemos todos, es lo contrario de la madre de Javier: no va de dominante apapachadora y sentimental, sino de dominante apasionada y dura. El caso, ya se sabe, es buscar una mujer igual o una mujer contraria a la madre: de uno o de otro modo, porque no es tu madre, te la puedes tirar sin complejos. Pero Javier, obviamente, no ha resuelto el problema. Es un sadomasoquista y se empeña en decirse a sí mismo (en decirle a todo el mundo) que ama lo que le destruye (no dejan Aleixandre y Cernuda de tener algo de culpa en todo esto). Con cuya hipótesis no expresada por Martín, termina la conversación y, con ella, el almuerzo.

“Ya sabes que no puedo vivir sin Feli”, dice Javier ya en la esquina, confirmandoselo todo a Martín. Martín cae en la trampa y decide acompañar a Javier hasta su oficina. Siguen, pues, a pie Insurgentes arriba y, como Javier no abre ya la boca, Martín, ahora sí, se ve obligado a concentrarse y dar su opinión. Que, tras muchos rodeos, resulta ser muy sencilla, la de siempre: “Tienes que hacer un esfuerzo y dejar a Felisa”.

Se dice fácil, y Martín sabe que tiene que añadir que les costará mucho a los dos, que será doloroso (“estas cosas siempre lo son”), pero que, a la larga, los dos saldrán ganando.

“¿A la larga?”. pregunta Javier.



“Sí, ya sé que para lo que nos queda parece que no vale la pena. Lo que tengamos por delante difícilmente podrá borrar lo que nos tira hacia atrás. Algo así me decía ayer Gamarra a propósito de otras cosas. Pero, acuérdate de nuestros días existencialistas: la Muerte siempre ha estado ahí y, sin embargo, no somos siempre sino Futuro. No vamos a dudar ahora de que el ser-ahí sea ser-para-la-muerte, como decía Quevedo antes que Heidegger; pero eso no es, sino lo dado. A pesar de todo, mañana es siempre todavía. que decía el otro”.

Javier sonríe recordando aquellos días en que pretendían encontrar el existencialismo en lo que les habían dicho que eran sus clásicos, porque algo había que tener frente a la tozudez alemana y a la brillantez francesa.

“Además”, añade Martín, ya para irse. “así escribirás poemas a toda madre. Sin broma. Ya me entiendes”.

Javier vuelve a sonreírle, triste, y se despiden.

Ya, la sonrisita de siempre *–prince d’Aquitaine a la tour abolie–*, dicen los demás esa noche en casa de los Gámez.

“Pero creo que tiene razón Gamarra”, añade Ana María. “No sé por qué, a mí también me da que esta vez la cosa es grave”.

Con lo cual –ya Ana María lo ha dicho dos veces– Martín vuelve a su casa preocupado y se acuesta intranquilo. Pero. ¿qué podemos hacer los demás ante una situación en apariencia tan rutinaria?, se dice poco antes de hundirse en el sueño.

Por la mañana. Martín llega a la editorial lleno de energía y no para de tomar decisiones hasta las tres de la tarde. A la salida, todo Futuro, todo Proyecto, se come unos tacos en el changarro de enfrente, se sube a un taxi, y llega a su casa pensando ya en la salida de Southampton.

La silenciosa salida se llevará a cabo sin problemas, y ya en pleno Canal de la Mancha encenderán las luces de navegación. Hasta el Finisterre inglés no sucede nada, pero según se acercan al Sur de Irlanda, captan los mensajes que se envían un crucero alemán, el *Almirante Cervera* y dos torpederos franquistas. Está claro, y es lo que habían supuesto: no pueden dirigirse directamente hacia Terranova, que sería para ellos lo natural de no cometer el disparate de enfilar directamente hacia México. Sagarzazu, el segundo oficial, lo tiene todo estudiado y, junto con Iturralde, Mendi y Oyarzábal, repasa de nuevo las cartas antes de decidir de una vez el rumbo. Es lo que han venido hablando los del *Tramontana* desde París, y están todos de acuerdo: tienen que navegar rumbo a Islandia, Norte-No- roeste, para bajar luego hacia Terranova.

Dos ventajas obvias. La primera y principal: que los otros –y lo acaban de comprobar– pensarán que, por la fuerza de la costumbre pescadora y casi atávica, irán en línea recta hacia Terranova (Sur-Suroeste). La otra: que con el rodeo cogerán las corrientes favorables, primero la de Rennel y luego la del Atlántico del Norte, para bajar por la del Este de Groenlandia, entrar a la corriente del Labrador y, aprovechando la Pared Fría que allá bordea el Gulf Stream, quedar a distancia segura de las costas de Norteamérica. En vez de unas 3.000 millas, unas 4,700; en vez de seis días, tal vez diez. No es grave. El tiempo no será mucho peor, y tal vez nos dure el diésel hasta el destino final. No hay otra opción. “*Aurrerá, pues*”, dice Iturralde.

Importará notar que estamos a principios de febrero, que no han pasado los grandes fríos, que hay fuertes vientos y marejada permanente. Y temporal en cualquier momento. Pero la verdad es que el *Vita* navega como un sueño. Como un *Normandie* en pequeño para marinos selectos. Así que –porque es lo más anormal– casi el único aspecto del viaje que habrá que resaltar es la decisión que toman al

tercer día. Está claro que se van alejando de sus perseguidores, pero han seguido captando sus comunicaciones. Una lata: quieras que no, te pones nervioso, comenta Iturralde. Lo discute con sus oficiales y, para quitarse de preocupaciones, deciden apagar ellos su radio. No recibirán ni emitirán nada hasta que no se vayan acercando a Terranova. Irán, pues, a lo suyo en total aislamiento, ocupándose de lo que importa, y más tranquilos. Como en los cuentos de los buques fantasmas por la niebla.

Por supuesto que son ellos –la tripulación toda– los primeros en retirarse del aparente disparate. Pero piensan que, para lo que les puede pasar, no les viene mal hacer unas cuantas risas. De todos modos, el chaval, Langarica –que no es menos listo ni se ríe menos que los demás– le pregunta a Bermeo que por qué. Bermeo le contesta con su frase favorita: “El que sabe, sabe”. ¡Y *aurrerá*, qué puñetas!

La historia de Langarica, dicho sea de paso, es trágica en ese sentido griego que parece situar la tragedia en la casualidad, en el accidente –velas negras de Teseo, suicidio de su padre–, en lo prefigurado más allá de las posibilidades del conocimiento humano.

Nació en Ondárroa y empezó a navegar a los doce años en pesqueros de bajura. A los quince era ya pescador de altura. Tras la caída de Bilbao, las casualidades de la Guerra le llevan, como a los demás, al *Tramontana*. A sus diecisiete años mide ya un metro ochenta y es un portento de salud y de inocencia. Todos bromean con él, no dejan de tomarle de vez en cuando el pelo; pero se ha hecho querer. le respetan como respeta él a sus mayores, y porque trabaja muy bien, porque está claro que va a ser un marinero de los buenos. De ahí que, poco a poco, Bermeo le haya ido educando en sus artes más secretas.

Su comportamiento a lo largo de toda la peripecia que les lleva al *Vita* es el del chaval fiel e inteligente que confía –porque, según

dicen, es sabiduría vieja de su tierra— en la fidelidad e inteligencia de quienes van con él a la ventura. Durante la travesía, orgulloso de él, Bermeo le enseñó todavía más de lo que le había enseñado en el *Tramontana*, mucho más de lo que nunca le enseñaría a nadie.

Ya en México, sin embargo, como a fin de cuentas es joven y no ha navegado tanto, Langarica cree sentir la nostalgia de lo perdido con más fuerza que nadie. Piensa en sus padres, piensa en sus dos hermanas y, un buen día —avisando a los demás, desde luego, tratando de explicar—, se vuelve a su pueblo.

Sorprendentemente, no recibió ningún castigo; pero tuvo que hacer el servicio militar. Al terminar la mili, tras dos años de malos tratos —pesa lo de ser hijo de una de las dos provincias traidoras—, vuelve a la mar con la venia de sus padres.

Navega primero en un carbonero y, luego, porque sabe que irá a América, se embarca en el *Castillo Ampudia*. Va ampliando sus conocimientos del mundo, y en el 48 es ya contramaestre. En una escala en Tampico pregunta por los del *Tramontana*, con la intención de escaparse del *Castillo Ampudia*; pero, como es casi natural, no encuentra a nadie que pueda ya darle noticias. Vuelve a bordo desalentado y, cuando zarpan al día siguiente, contempla en silencio las riberas del Pánuco y la barra que, en sentido contrario, atravesó por primera vez en el *Vita*, nueve años antes.

A los dos días de navegación, el *Castillo Ampudia* entra en un huracán contra el que no tiene defensa. (En el hundimiento desaparece la mitad de la tripulación, entre ellos Langarica, aquel chaval que, en nuestra historia, tiene todavía diecisiete años, es ya como una torre, y se ríe como los demás rumbo a Terranova, rompiendo el silencio de las nieblas.)

Cuando están ya casi a la altura de Reikiavik, parece claro que los fascistas no han acertado con el rumbo del *Vita* y no le van a dar

alcance. Andarán como locos dando vueltas por la ruta más normal de Trinchерpe o de Bermeo hacia el Gran Sol. Y según baja ya el *Vita* hacia la punta del Cabo Farewell, Oyarzábal recuerda que hay en bodega –legado de los tiempos del millonario filipino– varias cajas de champán dignas de los grandes acontecimientos. Abren quince botellas y celebran.

A la altura de Terranova, cerca de San Juan, Iturralde decide que ya pueden volver a enchufarse (así dice) al mundo. Y ha hecho bien en decidirlo porque dos días después, frente a Long Island, reciben orden de dirigirse a las Bahamas. (La verdad es que ya empezaban a preocuparse un poco porque, según los cálculos de Sancha y de Sagarzazu, con el rodeo que han dado les queda diésel para llegar, cuando mucho, a Cuba. Mala cosa a principios de 1939.)

En toda la historia tal y como la cuenta Mendi, esta orden es casi la única sorpresa. “Aunque, por otra parte –añadía Mendi–, tampoco nos sorprendió demasiado. Ya sabíamos que de Estados Unidos no podíamos recibir ayuda (aunque sí asilo, en un apuro) y, aunque las Bahamas eran inglesas, los ingleses ya se habían hecho de la vista gorda en Southampton. Así es que, ¿por qué no?”.

A los trece días justos de navegación, pues, atracan en Nassau. Les recibe un inglés importante acompañado de un comerciante español. Calor, palmeras, ingleses vestidos de blanco entre negros y negras de trajes y vestidos chillones. Pero todo contemplado desde lejos (y narrado con igual distancia), porque no les dejan bajar a tierra. No importa: unas cuantas horas de descanso y, de ahí, casi en línea recta, a Tampico.

Martín se ha ido animando, piensa que su ansiedad no era para tanto, y como sabe que se moriría si su relación con Sonia fuese como la de Javier y Felisa, se decide y llama por teléfono. Sonia se sorprende un poco, pero Martín le explica que se siente bien porque lleva unos

diez días en otro mundo, un mundo real, de validez objetiva, histórica. Divertido, además. No le cuenta nada de lo de Felisa y Javier, y Sonia le dice que, aunque no entiende muy bien lo de los diez días en otro mundo, no importa. “No le hace”, repite. “Ya me explicarás”.

Cenan juntos, se acuestan juntos y, antes de dormirse, Martín le cuenta a Sonia gran parte de lo que se ha estado contando a sí mismo durante estos últimos días. Por la mañana, escribe en la cocina de Sonia un artículo acerca de la disgregación cultural en la urbe monstruosa que es ya el Distrito Federal, su D. F. Queda por aclarar en próximos artículos si existe o no una línea ideológica dominante (improbable que sólo sea una) que permita entender con nitidez el aparente desmadre (pero sin la pretensión de preguntarse qué quiere –o quiera– decir “cultura”).

Durante el almuerzo en una cafetería tranquila, Martín le sigue contando a Sonia lo que va a escribir. En resumen:

*En Tampico reciben orden de dirigirse a Veracruz. Ahí atra-  
can definitivamente, entregan lo que traían (que, hasta la  
fecha, Mendi dice no saber qué ni cuánto era), y vuelven a  
ponerse a disposición del Gobierno de la República. Les in-  
forman que ya han hecho bastante, que la Guerra está perdi-  
da y que, si quieren, pueden quedarse en México. No sólo  
les pagan, que merecido lo tienen, sino que les ofrecen ayu-  
da para traer a las familias (los que las tengan, quieran y  
puedan), instalarse y trabajar en México. Varios, no te lo  
vas a creer, aceptan ir de rancheros a tu tierra, al sur de  
Chihuahua (“¡No!”, dice Sonia), como parte del plan carden-  
nista para aumentar la productividad del campo. El rancho  
fracasa, claro, supongo que debido a que quién ha visto tan-  
to marinero dedicándose a agricultor. No se sabría quién  
estaba más loco, si el gobierno cardenista, el Gobierno de la*

*República, o los pocos del Tramontana que se lanzaron a aquella aventura tierra adentro. Pero pronto va a estallar la Guerra Mundial y, poco a poco, unos y otros van enganchándose en barcos diversos, por lo general de bandera panameña. A partir de aquí, creo que el relato sólo seguirá la historia de Mendi, que tiene que ser algo así como el caso ejemplar, el superestereotipo, el modelo de las escisiones que resultan de cualquier modo de exilio. Fíjate: Mendi, que aprende inglés, se va a Gringolandia, hace un cursillo de tonterías que se sabe de memoria, y llega a ser capitán de un carguero americano en la guerra del Pacífico. Condecorado varias veces, va a dar después de la guerra a San Francisco, con una buena jubilación. Ahí se casa con una hija de mexicanos y tiene tres hijos. Pero como Mendi era todavía joven, volvió a navegar por varios años. Ahora, ya jubilado definitivamente, vive unos meses en Lequeitio y otros en San Francisco, en una casa con jardín y bugambilias no muy lejos de la hermosísima bahía, con el puente del Golden Gate a lo lejos. La hija es profesora; el chico mayor, ingeniero; el pequeño, parece ser que se dedica a la política. Mendi y su mujer hablan en castellano. Con los hijos hablan inglés. Cuando está en Lequeitio, Mendi chapurrea a veces el euskara.*

“Creo”, añade Martín tras un breve silencio, “que lo más importante a lo largo de todo el relato será evitar la metafísica marinera”.

“Eso espero”, dice Sonia. “Porque no sé si estamos aquí para *Episodios Nacionales* españoles, pero, desde luego, para Conrad ya no estamos. Menos para Melville. Y menos aún para Lowry, por no hablar de Baroja”.

“Lo que no excluye”, intenta matizar Martín, “que deban quedar claras algunas cosas acerca del ir y venir de los seres humanos

empujados por el Destino (relación entre “Destino”, “Costumbre”, “Libertad”); acerca, ya te digo, de los vacíos y ausencias de diversas maneras de exilios. Etcétera. Pero todo contado sencillamente, como una aventura, evitando que se introduzcan en el relato nuestros problemas. Ya sabes, las absurdas ideas derivadas de nuestra absurda historia de refugiados”.

“Claro”, le dice Sonia, cariñosa, según le da un beso de despedida. “¿Hasta la noche?”

“Hasta la noche”.

A poco de llegar a su casa pasada la media tarde, Martín recibe una llamada de Gamarra: Javier y Felisa han muerto en un accidente de coche en la carretera de Cuernavaca.

Silencio.

Y, ahora sí, el vacío, levantando la cara hacia el techo, cerrando los ojos apretadamente, boca abierta para llenarse de aire.

Y, enseguida, el galope interior de palabras inútiles, dirigidas a nadie. No puede ser Hoy es jueves El fin de semana empieza mañana No podían estar hoy ahí Es jueves No puede ser Es jueves porque Sonia está en clase Son las seis y media de la tarde del jueves Sonia Tiene Que Estar En Clase Así es que es Jueves y no NO NO NO.

Ese dolor en la boca del estómago.

Hasta que, por fin, Martín logra preguntar cualquier cosa, que si en la carretera vieja o en la autopista.

“En la vieja”, le contesta Gamarra. “Kilómetro cuarenta”.

“Claro, tenía que ser. (¿Qué curva en el kilómetro cuarenta? ¿Qué barranco?) El suicidio perfecto, la vuelta al pasado”.

“Sí, siempre buscando el paraíso perdido”.

“Paraíso muerto”.

Pero no es cuestión de seguir hablando, y Gamarra sólo añade que los Gámez les esperan para ir a identificar y recoger los cadá-



veres. "Voy enseguida, enseguida", dice Martín, y cuelga. Piensa en avisar a Sonia, pero Sonia está en clase y no hay tiempo. No hay tiempo, Sonia. Apenas las seis y media pasadas y, de golpe, nos han quitado el tiempo. No estaremos juntos esta noche. ¿Estarás conmigo en mi muerte? No muriéndote conmigo, no. Eso no. Sonia. No.

Martín baja a la calle y es muy mala hora para tomar un taxi. Toda la ciudad anda en coche o queriendo subir a un coche. Por fin, a los casi veinte minutos, le para un libre. Sube, da la dirección, va a decir "Dése prisa" y dice, en cambio, "Aprisita, por favor". Da lo mismo. Hace mucho que ya no hay prisa ni prisita para nada. Hace mucho que nos hemos quedado sin futuro, quietos, quietecitos haciendo el recuento de cuántos van quedando de menos. Sólo que antes morían nuestros mayores. Y Vázquez. Y algunos otros de los nuestros, de los que éramos pequeños. Pobre Vázquez. Nos trajeron de la mano, nos dejaron aquí, y ahora nos va tocando morir a nosotros. Dentro de poco ya no tendrá el chico de los Gámez a quiénes decir que no hablen tanto de sus cosas. *Episodios Nacionales* en el Limbo. Pero cosas que bien sabe el chico que son también suyas. Por eso, con cierta distancia, el cariño inevitable. No en vano pisamos de niños la tierra de este país. Tu país, Sonia, el mundo que generosamente me regalas (pero Alicia no me regalaba sólo cuadernos). Tu mundo, Sonia, casi nuestro mundo, porque también pudo haber sido mío desde antes de que tú nacieras. Tu mundo no sin mí, no sin nosotros. Mundo nuestro triturado una vez más para siempre, ahora en el kilómetro cuarenta de la vieja carretera de Cuernavaca. ¿Deshechos en las rocas de qué paisaje? Mundo en nosotros ya casi mudo. Mundomudo. mundonada. De la andanada a la nada. Pero la nada no existe, Sonia. La nada sólo existe cuando falta la memoria, y por eso no debe olvidarse la historia de la travesía del *Vita*, de los del *Tramontana*, de los que pescaban en el Gran Sol. Y tiene que contarla Mendi en el muelle de Lequeitio, y en Alicante, y en Odessa, y

en México, y en el inmenso Océano Pacífico, en su jardín de San Francisco, siempre en el pequeño muelle de su pueblo, embarcando sin cesar hacia el olvido. Pero la contará en primera persona del plural, aunque a veces emplee la primera del singular. Me dijo Iturralde. Le dije a Bermeo. Me acuerdo muy bien del chaval aquél, de Langarica. Todos navegando con la radio desenchufada entre las grandes nieblas, todo ya fantasmal silencio, todo convertido en literatura, palabras vacías que digo hacia adentro mientras corre el taxi por el Periférico, palabras que no escribo. ¿Para quién, Javier? ¿Para quién no escribo, Felisa?

No me olvides, Sonia, espérame. No tardo. Mañana empieza un nuevo fin de semana. Mañana por la tarde, viernes. Espérame mañana, es viernes.

Y no pienses, Martín. A fin de cuentas, la muerte siempre ha estado ahí. A su amparo, identifico cadáveres en la oscuridad.

## 2. Contra-Bando(s)

*Recordando a Torraldai y a Totoricagüena.*

Los hacendados de Uruapan no se olvidan todavía de un tal Amiram Nir que llegó por allí en 1987 para montar una empa-cadora de aguacates. Vieron pronto que aquella nueva compañía, Nucal de México, trabajaba para subir el precio de los aguacates michoacanos y, en consecuencia, dado que el tal Nir era israelí, no tardaron en deducir que de lo que se trataba era de que Israel pudiera vender sus aguacates a mejor precio que Michoacán por todo el mundo, especialmente en la Europa ésa del Mercado Común, ahora llamada Comunidad Europea, así como, por supuesto, en los Estados Unidos. Pero los de Uruapan y alrededores no tuvieron que hacer gran cosa para impedir que el cabrón de Amiram Nir se saliera con la suya ya que, por suerte, murió tres años después en un accidente de aviación en las faldas del Popocatepetl. Ya sin él, la Nucal aquélla de la chingada no prosperó lo que Israel hubiera deseado y acabó desapareciendo.

“Y, además, ultimadamente, ¿qué chingaos saben de aguacates los pinches judíos?”, se decían los hacendados de Uruapan y alrededores.

Pero la verdad es que, desde antes de aquella historia, algo saben de aguacates los israelíes, aunque quizá no tanto como las gentes de Motril (que está en la costa de Granada, en España) y –estoy seguro– mucho menos que las gentes de Uruapan, por no hablar de lo mucho que saben los dueños del casi monopolio de aguacates de California, la familia Haas ésa. Pero lo que aquellos michoacanos de Uruapan y alrededores no sabían es que el tal Amiran Nir, aviador en su día de la fuerza aérea de Israel, era un agente secreto del servicio de inteligencia israelí, la Mossad. En cuanto tal –dicen– había sido la mano derecha del gringo Oliver North, a su vez mano derecha de Reagan, en el asunto aquel llamado “Irán–Contra”, con el que los gringos proporcionaron toda la ayuda necesaria a los mercenarios que lucharon contra la revolución nicaragüense. Por eso –según también dicen–, porque sabía demasiado de cosas que la CIA prefiere que no se sepan, el avión en que el tal Amiram Nir volaba de Morelia a la ciudad de México cayó en las faldas del Popocatepetl al explotar la bomba que en él había puesto uno cualquiera de los tantos agentes secretos con cuyas fidelidades y traiciones tanto se divierte Le Carré. Éstas y otras cosas son las que todavía se dicen de él y de su muerte.

Pero –ya se sabe–, se dijo Martín Alsúa al leer en el *Excélsior* la noticia del avionazo: tratándose de Israel, todo es secreto, tal vez en particular los orígenes de su aparato militar, que de eso sé yo bastante más que los aguacateros, o como se diga, de Uruapan. Aunque, por lo que recuerdo, seguramente no sabré tanto como nuestro querido y cabroncísimo ex-presidente, el licenciado don Miguel Alemán. Pero, en fin, aquello queda ya muy lejos, se dijo también Martín, y esto en lo que estoy ahora es otra historia.

A estas alturas ya asentado traductor para su editorial de siempre de sólo los libros que él escoge y escritor de un artículo periodístico

semanal, a más de narrador de culto y, por tanto, con poco éxito de ventas, Martín Alsúa sigue viviendo en la Colonia Cuahutémoc del Distrito Federal. Bueno, tuvo un breve devaneo que le llevó a alquilar un apartamento en la Colonia Tacubaya desde el que veía el Ajusco de más cerca, pero volvió a las calles en las que fue creciendo al amparo de sus tías y se niega a instalarse en el Sur de la ciudad, como lo han hecho los más de sus coetáneos que han ido adquiriendo un *modus vivendi* relativamente satisfactorio a pesar de devaluaciones del peso y muchas más crisis económicas del país, especialmente agudas a raíz de la presidencia del “Pelón”, conocido en el mundo por Carlos Salinas de Gortari. Desde hace ya algún tiempo, unos cuantos años, le publican a Martín sus ficciones –una que otra novela corta, libros de relatos– y él, siempre fantasioso y, aunque sin aspavientos, testarudo, está empeñado en seguir por esa ruta. En estos momentos, está intentando inventarse un relato que –si funciona– tendría que ver (¿una vez más?) con el dilema de ser un mexicano que llegó a México como refugiado español a los quince años de edad, allá por 1939 o 1940. Uno más de los que ahora llaman hispano-mexicanos. O sea: anfibios. O sea: uno de esos de los que, en el pueblo en que nació Martín, se dice que nadan entre dos aguas. Lo que hacen no por malevolencia o maquiavelismo, sino por la necesidad de ir tirando día con día sin comprometerse demasiado con unos o con otros. Porque, claro, siempre hay “unos” y “otros” que no le dejan a uno en paz...

Pero la noticia de que un tal Amiram Nir está entre los muertos del avión que se ha estampado en el Popo le ha traído recuerdos que le han descentrado un tanto. Porque, vamos a ver, se dice Martín: ¿qué puede haber estado realmente haciendo un misterioso israelí por las tierras de Tata Cárdenas? Porque lo de los aguacates, la verdad, no se lo cree ni la abuela de la Golda Meier.

En Tel Aviv, Adolph Schwimmer lamenta la muerte de su protegido Amiram. Le conocía desde que llegó al mundo berreando en 1950. Luego, con la bendición (es un decir) de sus padres, Leah y David, le fue educando en el desenfadado machismo necesario para ser un día piloto de guerra en contra de moros y ducho en las artes del engaño necesarias para ser espía y contrabandista. Siempre en beneficio de Israel, claro está. Servicio a la Patria que no excluye que en trabajos tales algunos patriotas lleguen a amasar fortunas. Al igual que Schwimmer mismo, por ejemplo.

Esto de hacerse rico ayudando a la Patria, o haciendo como que se la ayuda, era uno de los temas favoritos en que se embarcaban Schwimmer y su viejo amigo Adnan Kashoggi, notorio multimillonario saudí, cuando se encontraban en territorio neutral, París, Ginebra, Londres o, muy a menudo, Marbella.

“Tú empezaste por contribuir a que los tuyos ocuparan una tierra que era nuestra”, decía el saudí. “Yo, en cambio, ya desde aquel entonces, me adiestraba exclusivamente en las artes necesarias para ganar dinero. Lo que no excluía, claro está, colaborar con los ingleses contra vosotros. ¿Qué digo ‘no excluía’? ¡Era obligatorio!”.

“Mira, Adnan, déjate de ‘nuestro’ y ‘vuestro’, ‘nosotros’ y ‘vosotros’. A estas alturas de la Historia el hecho es que tú y yo nos parecemos mucho. Tú algo más rico, pero...”.

“Pero siempre me han admirado aquellas historias tuyas de cuando, por allá de 1947 y 1948, juntabas no sé cómo algunos aviones de caza en Praga y luego te las arreglabas para que se los llevaran a Israel, como quien dice de contrabando”, dice Kashoggi. “¡Heroísmo puro el tuyo! Más inteligencia, claro”.

“¡Bah! Los todavía entonces ‘aliados’ eran muy tontos y no se enteraban de nada. Sobre todo los americanos, aunque me vigilaban en contubernio con los agentes soviéticos, que por eso acabaron años después, ya lo sabes, queriendo meterme a la cárcel por aquello

de que había violado el llamado ‘Acto de neutralidad’, el *Neutrality Act*, dicho sea en inglés, que es como se llama en USA. ¡Hijos de puta!”.

“Pero es que tú eres americano, ¡coño!”.

“¡Bah! Nací en New Jersey, como bien sabes. Y sí, claro, era oficialmente americano. Pero nosotros todos somos hijos de la Diáspora, los sin tierra desde tiempo casi inmemorial. No como tú y los tuyos, siempre en el mismo desierto dando vueltas con los camellos en busca de algún oasis. Bueno, salvo cuando llegásteis hasta España y arrollásteis a aquellos anti-semitas, godos decían que eran, ¡hay que joderse! ¡Godos! Pero no pudísteis conquistar Europa porque aquel franchute, el tal Charles Martel, os derrotó en Tours. ¡Ja!”.

dice Adolfo cuando ya van en su tercer whisky y las turistas de Marbella les van pareciendo a los dos cada vez más apetitosas: despampanantes peinados a la remaguillé, pantalocitos cortísimos, téticas casi al aire, risas –aunque cristalinas– escandalosas... “Además, ¡qué carajo! –añade–, como bien sabes, hace años que, por aquello de Praga y otros contrabandos de armas, me quitaron todos los derechos que corresponden a la ciudadanía americana. El estúpido *Neutrality Act* aquél. Pero, mira, mi viejo amigo, a mi todo eso me hace los mandados”.

Y los dos contrabandistas multimillonarios sonríen, pasando olímpicamente (o sea: como los cabrones Dioses del Olimpo) del hecho de que sus recientes trafiques con Reagan, Oliver North y Amiram Nir, el heroico protegido y discípulo de Schwimmer, armaron a la Contra de Nicaragua para que en aquel país, a ser posible, no se dieran jamás los cambios que los tontos latinoamericanos creían necesarios. Luchadores por la libertad, llamaba Reagan a los Talibanes; luchadores por la libertad, llamaba a los de la Contra; y nuestros dos grandes señores multimillonarios estaban de acuerdo. Porque es que, claro –a ver, vamos a ver–, ¿qué puede realmente

importarles a Adolph W. Schwimmer y Adnan Khasoggi lo que ocurre en una Latinoamérica cuya población resulta estar amasada de españoles (racistas inquisitoriales que acabaron expulsando de su tierra tanto a musulmanes como a judíos) y de indios, que no hay más que decir de ellos que, sabiendo dibujar círculos, no se les ocurrió jamás inventar la rueda?

“Los europeos, mi amigo”, dice Adnan, dando un gran salto histórico. “siguen presumiendo de su civilización, y no sin razón; pero los orígenes de la civilización Occidental están realmente, en nuestra tierra, lo que era Mesopotamia”.

“Bueno, bueno”, dice el tal Schwimmer. “Sí, desde luego. Pero con ciertas reservas. Los chinos, por ejemplo...”.

Y ahí, por el momento, termina la conversación histórico-filosófica entre nuestros dos riquísimos amigos, contrabandistas de armas los dos ya desde 1947 y 1948.

Según vuelve de comprar aspirinas en la farmacia de la esquina de las calles de Lerma y Ebro, Alsúa no puede dejar de seguir dándole vueltas al hecho de que en el avionazo del Popo haya muerto ese tal Amiram Nir, quien –por lo que dice el periódico– se dedicaba al negocio de los aguacates en Uruapan. Porque es que, como todo el mundo, Martín sabe que bastantes aguacates cultivan y empaican en Israel, a más de que por experiencia propia sabe que nada de lo que públicamente se diga de un supuesto hombre de negocios israelí es de fiar. “Curioso”, se dice por tanto. “¿Qué carajo hacía un israelí empaicando aguates en Michoacán? ¡No me vaciles, compadre!”.

Hace varios días que Martín no está con Sonia. Es lo que ocurre siempre que entra en una de sus crisis. Como cuando hace ya algunos años no sabía cómo escribir la historia del *Vita*, el yate aquél de la República española que tantos dineros trajo a México para ayudar a salir adelante a los refugiados españoles. ¡Qué aventura aquélla,



con el Capi Manresa descrito en algunos sospechosos documentos como “administrador”, no capitán del yate! Y con Antton Brouard, de Lequeitio, como primer oficial. Pero ahora está queriendo escribir algo así como lo que serían memorias de algunos momentos del exilio de los de su generación (Luis Ríus, García Ascot, García Riera...), que no de los viejos (Emilio Prados, Gaos, Max Aub, sus maestros...), pero no da con el tono justo, y Sonia, la fuerte, inteligente y cariñosa Sonia, discreta como siempre, ha aprovechado que tenía una conferencia en la Universidad Autónoma de Baja California para desaparecer por ahora hacia Tijuana.

Lo que, por tanto, no puede saber Sonia es que al leer la lista de pasajeros del avión que ha caído en el Popo, Martín ha creído ver la posibilidad de dejar por un tiempo el tema que le obsesiona para entrar a otro asunto; un asunto que puede resultar no sólo entretenido, sino mucho menos complicado que lo que se trae entre manos y, seguramente, nada doloroso. Asomado ahora a la ventana que da a la calle de Pánuco se le ha ido la memoria hasta finales del mes de julio de 1948, y se ve a sí mismo a bordo del *Kefalos* fondeado en el Pánuco, frente a los muelles de Tampico, sin entender –ninguno de los de la tripulación lo entiende– por qué no atracan de una puñetera vez en uno cualquiera de los muelles para cargar el azúcar que van a llevar a Buenos Aires.

“Esto es muy raro”, se decían todos.

“*Bitxi, bitxi*”, subrayaba en *euskara* Ormazábal, segundo maquinista. “Casi dos semanas fondeados, y nada. Aquí parados como si no tendríamos nada que hacer”.

“Raro ya es, ya”, confirmaba Bermeo, el contra maestre. Le conocemos de antes porque también navegó en el *Tramontana* y en el *Vita*. Luego, durante la segunda guerra mundial, como los más de aquellos marinos, navegó al servicio de los llamados “aliados”, veintitantos viajes de ida y vuelta de Estados Unidos a Inglaterra,

llevando unas veces armas, otras soldados, y sin que le hundieran ni una vez. Es, pues, no sólo un zorro viejo, sino un zorro con suerte. Y le llaman Bermeo por razones obvias: es uno de los tantos marinos de aquel duro puerto que desde chavales salían al bacalao de Terranova con sus mayores. Eso a más de que nadie está seguro de si se apellida Aguirrezabala o Aguirreurreta. “Raro, sí, muy raro”, insistió Bermeo.

Y lo era; pero no importaba demasiado porque todas las tardes, a eso de las siete o las siete y media, llegaba hasta ellos una motora para llevarles a tierra y la verdad es que lo pasaban bien sentados en cualquier café y, ya luego, yendo como en equipo al barrio de las putas.

“Mientras nos paguen, ¡qué coño!”, decía Bermeo. “Y tú, venga, chaval, vamos”, le decía a Martín. “Tú tranquilo, y sígueme”. Que fue cuando Martín conoció a Celia.

Dos o tres meses antes de aquello, en La Vegas, Nevada, Estados Unidos. Hank Greenspun está queriendo preparar el terreno para que en el futuro sea posible la existencia de muchos como Amiram Nir. Como casi todos los días de Las Vegas, los días todos de enero de 1948 han amanecido cegadoramente luminosos y Greenspun está inquieto. Esa luz no es lo suyo. Hijo de emigrantes judíos, está acostumbrado a *ghettos* de Nueva York, o de Chicago. no se sabe bien (a los emigrantes les conviene siempre borrar en lo posible sus huellas); barrios sucios, grises, oscuros, lluviosos o nevados; pero ha sido idea suya venir a vivir aquí, tal vez porque –se imagina– esta tierra cálida y seca, fría durante las noches del corto invierno, se parece a Israel, la tierra de Origen, la tierra Prometida. Ha sido idea suya y tienen que aguantarse él, su mujer y los dos críos que se han traído consigo. Lo que no quita que Hank sienta la obligación de ayudar a quienes –allí, tan lejos–

luchan por establecer una nación que sirva de Patria para los sobrevivientes del Holocausto, culminación monstruosa de siglos de represiones, persecuciones y muerte.

En aquel Las Vegas de entonces –cuatro calles rectas y polvorientas, dos o tres hoteles pretenciosos que albergan múltiples juegos de azar–, ya estaba, por supuesto, apareciendo la Mafia, encabezada por el psicópata asesino “Bugsy” Siegel, compinche y casi súbdito de Meyer Lansky, el hijo de emigrantes judíos rusos que no sólo controla a Batista en Cuba y, con ello, todas las casas de juego de La Habana, sino que parece carecer de toda actitud con respecto al futuro de Israel, que debería –piensa Greenspun– ser su tierra añorada. Pero Greenspun –periodista de principios– ha decidido que ya se ocupará de eso más adelante: siendo Lansky, como es, hijo de la Diáspora igual que él, acabarán por entenderse, cree estar seguro. Por ahora lo que importa es hacer algo, algo para que Israel llegue a existir. Ya convencerá a su debido tiempo a Lansky para que ayude. ¿Que Lansky y Lucky Luciano, ése asesino italiano, son los dos mafiosos más importantes del país y, además, amigos, aunque judío el uno e italiano el otro? Pues, bien; muy bien: seguro que Luciano mandó dinero para Mussolini en su día y podrá explicarle a Lansky lo que es la Patria, no necesariamente la Patria real, sino la deseada, la imaginada.

“Pero en este momento no me corre prisa por tratar con Lansky”, se dice Hank Greenspun, fundador del único periódico mínimamente serio que jamás haya habido en Las Vegas, Nevada, el *Las Vegas Sun*, vaya nombre, como si en Las Vegas hicieran falta más soles que el natural que, ya de por sí, achicharra a todos.

Y, despidiéndose de los suyos, Greenspun, que ya se ha incorporado a distancia a la Haganah de Ben Gurión y compañía, se prepara para salir hacia Hawaii, donde, según le ha informado desde Europa su nuevo amigo a distancia Schwimmer, podrá comprar

a bajo precio armas que los suyos –allá, tan lejos, en aquel otro desierto– necesitan para vencer a esos árabes de mierda y establecer un país al que puedan pertenecer todos los judíos del mundo por sólo ser judíos. Luego, ya sólo será cuestión de arreglar el envío de esas armas a los Estados Unidos, a California, que es lo más cerca. De ahí a México, y de ahí a Israel en algún barco.

“Cosa de nada, elemental”, se dice Greenspun. “Bueno –no debo esconderme la verdad a mí mismo–, algo complicado ya será con lo del puñetero *Neutrality Act* ése; pero con dinero y atrevimiento, coser y cantar. Nada”.

Martín sonríe recordando a Bermeo y aquellas desenfadadas correrías nocturnas por el peor de los barrios de Tampico (“Oye, chaval, tú que eres mexicano, dile a ésta que no se haga la tonta”, le decía Bermeo, sereno, aunque un tanto ansioso, entre el relajo que les rodeaba en aquella especie de miserable cabaret). Entra en la cocina, se hace un café y vuelve a la ventana. Qué casualidad –se dice– que viva yo en la calle Pánuco y me esté acordando ahora del río en que estábamos fondeados. Y por qué extraños vericuetos he llegado a pensar ahora en aquel tiempo. Cierto que siempre tengo presente aquella aventura, pero la verdad es que ahora parecería que me siento obligado a recordarlo todo. La dura y tierna belleza de Celia, por ejemplo.

(“Véngase mi güero”, decía Celia. Y noche tras noche tropical Martín se lanzaba entonces con ella al galope).

Pero no sólo es cuestión de Celia, Celia Bejerano, nacida en Chihuahua, prostituta de cierta categoría que se sabía superior a las famélicas chaparras que la rodeaban en aquel bar, o cabaré, o salón de baile, casa de putas, aquella Celia que, según decía, estaba ahorrando para volver a su pueblo, casarse y tener muchos escuincles. Ocurre también que, quiérase o no, al haber pasado recientemente Martín de la máquina de escribir eléctrica a la computadora ha lle-

gado inevitablemente al invento ése relativamente nuevo del Internet y a la creciente curiosidad que provoca cada pequeño descubrimiento que ahí uno hace, lo que, tratando de seguirle la pista al tal Amiram Nir, le ha llevado a Greenspun y, poco a poco, a algunos de los hilos secretos de aquella historia suya del *Kefalos*, carguero en el que se enganchó en Tampico en julio de 1948 sin saber que iba a hacer de contrabandista en un barco pirata.

Y con el tiempo y paciencia ha ido encontrado cosas sorprendentes. Mentiras las más. Por supuesto que, desde luego, él no sabía, no puede haber sabido de los teje-manejes israelíes (“Greenspun. ¿Qué carajo puede haber tenido que ver con nosotros ese tal Hank Greenspun?”, se dice), pero sí recuerda perfectamente que lo que vivió y vió no corresponde exactamente con la información que está poco a poco encontrando.

“Yo nací siendo sionista, no americano”, dice Greenspun.

“Como yo”, le contesta Schwimmer.

La conversación era difícil porque, en aquellos tiempos, entre Praga y La Vegas las líneas telefónicas metían mucho ruido. A pesar de lo cual los dos ya socios se entendieron perfectamente bien. Por lo demás, no se trataba de hacerse muchas confidencias mutuas, y menos por teléfono. Lo que importaba era que con cuatro palabras ambiguas Schwimmer se pusiera al corriente de lo que estaba haciendo e iba a hacer Greenspun. Así como que, a ser posible, también era cuestión de darle al de Las Vegas ciertas instrucciones nacidas de su mayor experiencia y de su relación directa con quienes Allá, en la tierra –según proclaman– que fue Suya luchaban contra los moros de mierda.

Eso tiene que haber sido tres o cuatro meses antes de que yo llegara al *Kefalos*, se dice Martín. Todavía entonces el *Kefalos* no estaba en

Tampico y yo vagaba sin rumbo por las calles del Distrito Federal. (Por entonces, dicho sea de paso, Martín no sabía si quería ser poeta o novelista: Machado y Lorca por aquí, Stendhal y Joyce del otro lado. Y dale que dale de hablar con los amigos –en el café de la Facultad, paseando por la Reforma– en los ratos que le quedaban libres de sus trabajos sueltos, con cuyos ingresos tenía que ayudar a sus tías, las tías con que llegó aquí y que le cuidaron como a un hijo). Y Martín recuerda la emoción de cuando, poco después, se fue en camión para Tampico y subió a bordo por primera vez.

Emoción recordada, emoción sentida.

“¿Crees tú que el recuerdo de una emoción reproduce la emoción misma?”, le pregunta Martín a su cuate Gamarra. No ha resistido la tentación de contarle a alguien que cree haber dado con un asunto de interés narrativo y, a falta de Sonia, ha llamado por teléfono a su ya antiguo compañero de algunas fatigas.

“Bueno...”, empieza a contestar el poeta, dubitativo.

“Sí, o no”, le interrumpe Martín.

“La cosa es complicada, no seas dogmático”, dice el poeta que, desde que recuerda, ha sido comunista. “No todo es cuestión de Sí o de No. ¿Por qué no comemos mañana y lo hablamos”, dice Gamarra, a quien lo que más le gusta en la vida es hablar, hablar tranquilamente.

“No puedo, viejo. Tengo que entregar un artículo sobre todavía no sé qué y, además, quiero concentrarme en lo que se me está ocurriendo”.

“Bien”, dice Gamarra, “cuando estés listo, pues. Pero te adelanto lo que sigue: eso de hacer que una emoción recordada sea una emoción presente es sólo privilegio nuestro, de nosotros los poetas. Y a base de trucos que no tienen nada que ver con la emoción real, ni la de entonces ni la de ahora”.

“Bueno, bueno. Ya hablaremos. De todos modos, ésa es una cuestión secundaria. Lo que realmente me importa ahora es una cuestión narrativa. Gracias, viejo”.

“De nada, chaval. Y hasta que tú digas”.

Y los dos cuelgan sus respectivos teléfonos.

Y Martín recuerda que el *Kefalos* era un carguero de cinco mil quinientas toneladas con cuatro bodegas, dos delante y dos detrás del puente de mando. Había sido construido en Liverpool en 1918, tenía –entre otras cosas muy de su edad– una chimenea muy alta y un hermoso timón grande, totalmente antiguo, al que había casi que abrazarse para poder seguir el rumbo, pero ya para entonces era un cacharro bastante destartado. En su día, según le dijeron a Martín, anduvo con carbón, pero para cuando él llegó a bordo había sido ya reconvertido y funcionaba con petróleo. O sea, un barco viejo, líneas de anteriores tiempos, pero arreglado para lo que fuera necesario treinta años después de su botadura.

De matrícula panameña (cosa no siempre entonces sospechosa, ya que la mitad de los barcos del mundo “eran” panameños) y, según los papeles perteneciente a “Manuel Enterprises S.A.” (Dirección: 7 Front Street, Panama City, Panama, C.Z.), el *Kefalos* había llegado a Tampico desde Nueva York. A poco de estar a bordo, Martín percibió lo más obvio: la tripulación era, como él, casi toda vasca. Había un portugués, el cocinero; un malagueño, el mayordomo, pillo como todos los mayordomos; un agresivo y mariguano marinero nicaragüense; un gigante y estupendo marino finlandés a quien todos, claro está, llamaban *Finland*, y un segundo maquinista gallego; el capitán, era un gringo apellidado Oko, el Jefe de máquinas, un alemán malencarado y soberbio; el primer oficial, un canadiense pelirrojo y algo demasiado tímido para dar órdenes; y el segundo oficial y el telegrafista eran dos jóvenes gringos que resultarían

ser bastante ineptos. Los demás –tercer oficial, primer y tercer maquinista, fogoneros, y el resto de la tripulación de cubierta– eran todos vascos. Veteranos de muchas navegaciones, incluso durante la Guerra Civil, y si me meto en esa historia, se dice Alsúa, eso debe de quedar claro. Cuando la guerra en el País Vasco, Bermeo –por ejemplo– había salido más de una vez en uno de aquellos “bous” que, armados con apenas un cañocinto y un par de ametralladoras, se enfrentaban a los acorazados de Franco, el *España* y el *Almirante Cervera*, en tanto que Olazábal, el primer maquinista, junto a Bermeo y otros, había navegado en barcos que iban a la URSS y volvían para traernos armas. ¡Ahí había sido nada aquello!

“No te preocupes por Greenspun”, le está diciendo Lansky a Luciano (de pie cerca del balcón, “Bugsy” Siegel, el matón, escucha y observa, pero no habla). La suite de Lansky en el hotel Flamingo de Las Vegas tiene todo el lujo, todos los lujos que podrían desear dos grandes mafiosos criados en los *ghettos* de Nueva York. Cómodos sillones de plástico; lámparas venecianas; gran mesa central de cristal cortado, redonda y con patas del mejor aluminio; una Venus de escayola; bar abierto; escalinata de mármol que lleva a una habitación secreta; rincón para la mesa de los masajes, discretamente protegida por un biombo chino de imitación; dos pistoleros junto a la puerta, uno en el balcón...

“Pero es un moralista de mierda”, dice Luciano. “Ha jurado que nos va a impedir hacer de La Vegas lo que nos salga de los cojones. Y que a ti te basta con La Habana. ¡Hay que joderse!”.

“Ni caso, Lucky”, le dice Lansky. “Está por ahora muy ocupado con sus fantasías de Israel. Es un patriota y quiere...”.

“¡Qué chingaos patriota, ni qué chingaos! ¿No es americano?”.

“Tú también lo eres y mandabas dinero a la Sicilia de Mussolini, ¿o no? Y a Mussolini mismo, directamente”.



“La Madre Patria. Eso no tiene nada que ver...”.

“La Madre Patria, tú lo has dicho. Sólo que la de Greenspun, que en cierto modo es también la mía, apenas está a punto de empezar a existir”.

“Ya. Pero todavía no tenéis a Miguel Ángel, a Caruso, al Papa...”.

Lansky no se impacienta para nada con la ignorancia de Luciano, que ni sabe quién es Einstein. Se conocen desde que él tenía dieciocho años y el italiano veinte, cuando inmersos en la miseria de las calles del bajo Manhattan hacían entre los dos planes para apoderarse de los Estados Unidos, y sabe que si él, Lansky, vale por su inteligencia (“El Cerebro”, le llaman todos), su amigo es un lince retórico entre los suyos que, además, no le tiene miedo alguno a la muerte. Ni siquiera si le llega de una de las varias pistolas que “Bugsy”, quien odia a los italianos, siempre lleva consigo. Curiosa pareja (“Bugsy” escucha y observa; no habla), dirigida, sin duda, por Meyer Lansky, el *cappo maggiore* (no sé cómo se dirá eso en *yiddish*) de todas las mafias, incluyendo a la italiana, según los que han estudiado el asunto.

“Pero, entonces”, se dice Martín, que a partir de lo de Amiram Nir no deja en paz el Internet al que ya –¡por fin!– se ha acostumbrado, fuente siempre de sorprendentes informaciones, algunas verdaderas, “entonces, ¡qué carajo de rollo nos han metido con eso del Padrino, todos italianos, cuando ahí, ahí mismo, en el centro de las varias mafias, dominándolo todo estaba ése tal Meyer Lansky!”.

“Claro que, en realidad”, se dice enseguida, “todo eso de la parte judía de la mafia que me aparece por aquí y por allá no me dice nada de lo que hicimos en aquel inolvidable *Kefalos*. Lo que tengo que hacer es seguir la pista de Hank Greenspun. Ése sí parece que podría tener que ver con el asunto. Junto con su lejano compinche Schwimmer, claro”.

Como bien le ha dicho Lansky a Luciano, Greenspun está, en efecto, demasiado ocupado para significar por ahora algún peligro para ellos en La Vegas. Por lo menos éso se deduce de artículos y libros israelíes que Martín ha ido encontrando en el Internet. Según esos estudios (?), todos por demás ditirámicos, nuestro héroe sionista (que hizo la guerra llamada Mundial como jefe de intendencia encargado de recibir, revisar y entregar armas a la tropa en varios frentes) fue a Hawaii, allí compró o robó motores de avión que llevó a California, donde contrató un yate para llevarlo todo a Acapulco, de donde, tras comprar más armas en México, lo envió todo a Israel.

“¡Imagínate! Película de aventuras, fantasías heroicas”, le está diciendo ahora Martín a Sonia, regresada ya de Tijuana y con quien, abandonado ya el asunto de los refugiados españoles y seguro ya de lo que va a escribir, está ahora desayunando tras una hermosa noche de amor y sexo. “Yo diría, Sonia, que todo eso es una pendejada. ¿Motores de avión traídos de Hawaii? ¿Y luego en un yate a Acapulco? ¿Y luego a Tampico, a mi barco, al *Kefalos*, mi barco? Pendejadas, Sonia. Yo sé muy bien lo que llevábamos”.

Lo que no sabe todavía Martín , pero lo va a ver en el Internet esta misma tarde, es que la historia de la aventura de Greenspun es mucho más detallada y compleja. Cuentan que, en efecto, con dinero de judíos locales, compró en Hawaii unos motores de avión, municiones y muchas ametralladoras. También, que robó otras ametralladoras de una base norteamericana, y que lo metió todo en un pequeño y viejo carguero y se lo llevó para California. Tal vez su error fuera *robarle* ametralladoras al ejército yanqui: las fuerzas del bien se lanzaron casi enseguida en su busca y, huyendo por aquí, huyendo por allá, tuvo que ir abandonando su preciado botín. En especial, claro, lo motores de avión de caza, que no son fáciles de esconder.

Hasta que, con la ayuda de un productor de Hollywood, judío de izquierdas (por aquel entonces se hablaba de que Israel iba a ser un país socialista: “No olvidar eso”, se dice Martín), consiguió contratar un pequeño yate para llevar unas cien, tal vez doscientas toneladas de ametralladoras a Acapulco. Pero eso no era nada. Hacía falta mucho más en Israel, ya independiente desde el 14 de mayo de aquel 1948; existencia oficial de Israel que, tras la expulsión de su tierra de seiscientos mil palestinos, no hizo sino exacerbar la guerra entre judíos y árabes aliados con los ingleses. Además, según informes (¿recibidos de Schwimmer?), en Tampico iba a esperar un barco de carga de cinco mil toneladas, y meter en él doscientas toneladas era como despacharlo vacío.

¿Habrás tenido tú algo que ver con los tejemanejes de aquel sionista?, se pregunta Martín. Las fechas coinciden, más o menos; pero, ¿cómo creer en la fantástica historia del tal Hank Greenspun? Difícil desde nuestra perspectiva de entonces. De los tripulantes del *Kefalos* quiero decir. Porque nosotros no éramos sino la tripulación de un barco que, según nos dijeron, iba a llevar azúcar de México a Argentina (para volver trayendo no recuerdo si trigo, creo que trigo), y resultó que, cuando por fin nos dejaron atracar en uno de los muelles de Tampico, la carga que íbamos a llevar venía vigilada por soldados del ejército mexicano, todos con su máuser en bandolera.

“Y esto, ¿qué es?”, dijo en voz alta Torraldai, el mejor timonel del mundo. “¿Por qué coño viene el azúcar protegido por soldados?”

“*Bitxi, bitxi*”, volvió a decir Ormazábal.

“Raro ya es, ya”, subrayó otra vez Bermeo.

“Pero, bueno”, se dijo Greenspun. “lo primero es llegar a México con esto. Luego ya compraremos más armas allí”.

Se diría que el tipo sabe que en México todo se arregla con mordidas y, aunque para llenar un barco de cinco mil toneladas harían falta muchas y muy grandes mordidas, confía en la ayuda económica que por fuerza, por fuerza ha de darle la colonia israelita del país. Y sonríe según va subiendo al yate, ya cargado.

Pero se encuentra con que el dueño y “capitán” está gesticulando y cagándose en todos los santos. Al ver a Greenspun, se le enfrenta y le dice que puede meterse los dólares que ya le ha pagado por salva sea la parte.

“Porque, ¡mira! ¡Mira, cabrón!” dice. “Con el peso que llevamos este barquito de mierda se hunde en cuanto pasemos la barra”.

Tranquilo, como si fuese Erro! Flynn, o Humphrey Bogart, o Clark Gable, películas de aventuras de los años treinta y cuarenta, el patriótico Hank Greenspun, saca una pistola del bolsillo y —tranquilo— le dice al cobarde aquél que si no salimos ahora mismo, te mato.

Y, por supuesto. salieron. Y poco a poco —a veces haciendo agua— llegaron a Acapulco.

Eso dicen. Eso es lo que cuentan.

“Y claro”. le está diciendo ahora Martín a Sonia. “Aquello de que un cargamento de azúcar de no sé cuántos vagones, llegara al muelle vigilado por soldados del Ejército Nacional despertó sospechas no sólo entre nosotros, la tripulación, sino en la gente del puerto y, casi enseguida, en la prensa de Tampico. A los dos días, mientras, inexplicablemente, no se iniciaban las labores de carga salió un artículo en un periódico de la ciudad, acompañado de una foto del *Kefalos*, en el que se levantaba la sospecha de que el nuestro era un ‘barco pirata’ que se preparaba para llevar armas no se sabía exactamente adónde, tal vez a aquellas tierras que los judíos, en guerra contra árabes e ingleses, llamaban Israel”.

Según cuentan, Hank Greenspun, solito y su alma, está ahora en México, Distrito Federal y, como es natural en esa situación, no sabe muy bien por dónde empezar. Hasta aquí, porque es listo y atrevido, las cosas le han ido bien. Pero ni conoce este terreno ni sabe español. ¿Cómo se las va a arreglar para traficar con las más altas autoridades mexicanas y comprar cinco mil toneladas de armas y municiones? ¿Cómo y a quién se han de dar las mordidas necesarias? Pero se ha instalado en el Hotel Regis, que está muy bien, en la mismísima Avenida Juárez, y que tiene un pequeño club nocturno en el que cantan las mejores boleros del momento, Elvira Ríos por aquél entonces. Para empezar, ha conectado con la colonia israelita, así como con la embajada americana (esto tendré que elaborarlo, se dice Martín), hasta la cual, a pesar del *Neutrality Act*, ha llegado la influencia del *lobby* judío de los Estados Unidos.

Así, nuestro sionista de Nueva York (que no de Chicago, al parecer, según dicen los más) y Las Vegas, cuenta con tres cosas a su favor.

Una, que según lo esperaba, ha encontrado apoyos sólidos entre los residentes de la colonia israelita, llegados unos a México allá por los años veinte, huyendo del caos de la revolución bolchevique, y otros durante los años treinta, huyendo de Hitler. Algunos viven y llevan sus asuntos todavía en el mismísimo centro de la ciudad, por las calles de Argentina, Mesones y aledaños; otros están ya asentados en la Colonia Roma y en la Condesa. Conocen la lengua, están bien organizados, tienen capital y, de ser necesario, pueden tener influencias en el Gobierno, aunque prefieren no destacar demasiado.

Dos, que el señor Presidente de México, don Miguel Alemán, notorio trapisondista veracruzano, lleva años asociado con la familia Pasquel, familia de igualmente notorios contrabandistas veracruzanos, cuya fortuna había crecido desmesuradamente durante la guerra mundial apenas terminada tres años antes.

Tres, que la embajada americana, aunque representa al país y gobierno que insiste en aferrarse al “Acto de Neutralidad” para que los judíos yanquis no se entrometan en el conflicto árabe-israelí, está más que muy a favor de que la Gran Bretaña salga de una vez por todas del llamado Medio Oriente. Podrán ellos así controlar un día todo el petróleo que producen y puedan producir aquellas tierras, y el nuevo estado de Israel controlará a los levantiscos, pero primitivos musulmanes.

“Ahora que me estoy enterando de algunas cosas y que sé mucho más de lo que sabía en julio de 1948”, le dice Martín a Sonia, “nada de aquella historia mía del *Kefalos* me parece ya tan raro. Aunque, la verdad, nosotros, la tripulación, no podíamos saber lo que ocurría en las alturas, por así decirlo. Éramos, como quien dice, los de a pie, que no saben lo que hacen los generales”.

“¡Pobres marineritos ignorantes!”, dice Sonia, atenta, irónica y sonriente.

“La noticia del periódico tampiqueño –sigue recordando Martín– salió también en la prensa del Distrito Federal y parece ser que el escándalo fue mayúsculo, no sólo entre las autoridades del puerto y de la ciudad de Tampico, sino en las mismísimas alturas del gobierno mexicano. Pero ese escándalo nos llegó a la tripulación sólo como rumor y, en cambio, ocurrieron cosas muy concretas a bordo. La primera, que, cuando a la mañana siguiente de saltar la noticia el Capitán preguntó por el Jefe de máquinas, nos encontramos no sólo con que éste no había dormido a bordo, sino que había desaparecido la ropa que guardaba en el armario y los cajones: se había escapado del barco. No volvimos a saber de aquel alemán malencarado y altanero, que seguramente era un ex-nazi. Pero como el Capitán no le tenía ninguna simpatía, dijo que mejor así y resolvió el asunto ascendiendo a Jefe de máquinas al primer maquinista, un simpático

y muy trabajador vasco-navarro apellidado Olazábal. O sea, que, por lo visto, según cuentan los historiadores israelíes, aquel Greenspun tuvo éxito en su difícil misión”.

“Pero, ¿cómo carajos puede haberlo hecho?”, pregunta Sonia, siempre seria y sonriente con Martín y, por lo general, nada mal hablada.

Es, desde luego, la pregunta que hay que hacerse. Pero, nada, de eso no se dice nada en los ya varios artículos y extractos de libros que Martín ha ido poco a poco leyendo en el Internet. Está todo contado, ya digo, como en una película de aventuras. Un sionista de Nueva York (¿o, más bien, Chicago?) y Las Vegas va a Hawaii, compra y/o roba armas para Israel, las lleva a California, de ahí va con algunas de ellas a México, en México se las arregla para comprar unas cinco mil toneladas más de ametralladoras, rifles, municiones y bombas de aviación, se las arregla luego para que todo ello llegue tranquilamente a Tampico y, a partir de ahí, tranquilamente a pesar de los periódicos, ¡vámonos!, todo ello sale para la recién fundada nación de Israel en un barco de carga de nombre *Kefalos*.

“Que se lo crea su abuela”, comenta Martín. “Digo, Sonia, no es que dude que ese tal Greenspun haya sido un tipo atrevido e inteligente. O que haya sido el promotor principal de toda aquella historia. Pero que me expliquen a mi cómo es posible que un gringo, judío o no, organice todo ese tinglado en México sin apoyos fuertes, muy fuertes. Quiero decir, sin que los gringos, el gobierno de USA, le dijera al abusado de don Miguel Alemán que tenía que facilitar a Greenspun las armas necesarias, y su transporte a Tampico. Sabemos dónde vivíamos y dónde vivimos, ¿qué no?”.

“Sobre todo –añade Sonia– que, por lo menos desde la Revolución, la producción de armas serias en México, no de las llamadas armas ‘deportivas’, depende, o dependía de la Secretaría de la Di-

rección General de Fábricas de la Defensa Nacional. Es decir, de la Secretaría de la Defensa Nacional. ¿Quién era el Secretario de la Defensa en 1948?”.

“Ni idea”, contesta Martín.

“A ver si te lo averiguo”, dice Sonia, según está abriendo ya la puerta para salir a su trabajo.

“No estaría mal”, dice Martín. “Pero, ¡oye!, espera un poco y dame un beso. Aunque, la verdad, y supongo que eso también nos lo sabemos de sobra, lo único que importa es quién era el presidente”.

“Cierto”, contesta Sonia. “¿Cómo dices que se dice en los barcos, o en España, no sé: ¿‘donde pita capitán, no chifla marinero’?”.

“Algo así”, y Martín se ríe. “Nos vemos en la tardecita”, añade según Sonia va ya bajando las escaleras,

“¿Comes hoy con Gamarra?”, pregunta Sonia desde el siguiente descansillo.

“Sí. Creo que sí”.

Ya solo, Martín coge la Mont Blanc que –para que se dejara de bolígrafos– Sonia le regaló un día y escribe en uno de sus cuadernos de notas:

*En cuanto saltó la noticia, el Capitán Oko no tuvo más remedio que informar oficialmente a la tripulación de que, en efecto, íbamos a cargar armas para Israel. Entendía perfectamente, dijo –¡quién no!–, que no era lo mismo haberse enganchado para un viaje a Argentina que encontrarse con que uno iba a llevar armas a un territorio en guerra, sobre todo cuando, aliada con los árabes, la Gran Bretaña –que creía seguir siendo la dueña de los mares– era el enemigo principal de los israelíes y, según más o menos se sabía, no sólo impedía la llegada de cualquier barco sospechoso a Tel*



*Aviv y a Haifa, sino que hundía o apresaba los barcos en cuestión y encerraba a las tripulaciones en sus campos de concentración de Chipre. El Capi entendía, por tanto, que podría haber miembros de la tripulación que prefiriesen dejar el barco, etcétera, etcétera, y estaba dispuesto a liquidar la paga de quien así lo hiciera.*

*“No hard feelings!”, dijo para terminar.*

*Yo era el único a bordo –escribe Martín– que hablaba las dos lenguas principales del barco, español e inglés, y traduje aquello para la tripulación por algo así como: “El capitán dice que no va a hacer nada contra quien decida dejar el barco”.*

*Recuerdo las conversaciones –sigue escribiendo–, en corros de cuatro o cinco cuya composición iba cambiando según unos venían a informarse y otros se alejaban a pensar en el problema que se les presentaba. Aquellos hombres se habían enganchado en Nueva York en el Kefalos por lo mismo que habían navegado toda su vida: era su trabajo, y de sus salarios dependían no sólo ellos sino, en los más de los casos, sus familias (en el País Vasco, en Galicia, en Portugal, en Finlandia...). Y me preguntaban que qué sabía yo de la política de la guerra entre árabes e ingleses y judíos. Me pareció evidente que, por aquello de que yo manejaba las dos lenguas principales de a bordo, habían llegado a la conclusión de que había de saber mucho más que ellos sobre el asunto e, incluso, muy discretamente, me pidieran opinión acerca de si convenía o no seguir en el barco.*

Martín se levanta, se sirve otro café, enciende un cigarro (“Elegantes Extra. Con boquilla de ámbar”), y pasa un rato frente a la ventana. Vuelve a sentarse y sigue escribiendo.

*Yo era, y seguiría siendo, un novato al que todos, creo que sin excepción, llamaban chaval. "Venga, chaval, vete a popa a pintar con Finland", me decía, por ejemplo, Bermeo. "Oye, chaval, dile al pelirrojo (el primer oficial) que quiero cambiar mi turno al timón por el de Lopetegui", me decía Torraldai. Chaval por aquí, chaval por allá, supongo que como los grumetes de antaño. A pesar de lo cual me atreví a opinar ciertas cosas. Por ejemplo, que si las armas habían llegado en un tren vigilado por soldados del ejército mexicano con máuser en bandolera, era de sospechar que la operación toda tendría apoyos fuertes en las alturas, incluso –tomando en cuenta la relación amistosa entre USA y México desde la Segunda Guerra Mundial– en los Estados Unidos. Si la cosa era así, parecía improbable que aunque los ingleses nos detuvieran en el Mediterráneo nos hicieran nada. Si acaso meternos a uno de sus campos de concentración de Chipre. Pero eso –me decía yo– no era como ir a dar a Buchenwald, o a Mauthausen.*

Ya más tarde, después de haber entregado en *Excélsior* su artículo semanal (escrito en un dos por tres), Martín se ha encontrado con Gamarra en el Sanborn's de Madero, y le está contando de las notas que ha ido haciendo. Gamarra, que lleva un par de semanas sin beber ni un tequila ni un whisky, y que en sus ratos de ocio disfruta persiguiendo detalles olvidados de la historia contemporánea, le dice que sí, bueno, que eso que Martín le está contando que explicó a los otros tripulantes de su barco era más o menos así, pero que la historia de aquella guerra era mucho más complicada.

"Porque los ingleses –explica–, que para entonces ya estaban a punto de largarse de Palestina, apoyaban a los árabes, desde luego, pero no estaban en contra de los judíos, por lo menos en el

último gobierno de Churchill. Claro que luego, con el gobierno de Attlee...”.

“Pero yo tengo entendido que el ‘Irgun’ y la llamada ‘Pandilla de Stern’ atacaban constantemente a los ingleses. Y viceversa”.

“Eso es cierto, claro. Pero esas dos organizaciones eran el sionismo extremo. Unos asesinos además, con el famoso Begin a la cabeza. En cambio, ‘Haganah’, con Ben Gurion y la gringa, la Golda Meier, se entendía bastante bien con los ingleses”, sigue explicando Gamarra. “Además, ten en cuenta, por ejemplo, que el principal estratega de ‘Haganah’ en 1948 era un tal Fred Harris, que había sido miembro del cuartel general de Eisenhower, que hizo la guerra en África junto a Montgomery, y que en realidad se llamaba Frederick Gronich. Y según diría años después Ben Gurión, el tal Gronich era la mejor cabeza militar que había jamás conocido. Nada, pues, que ver con los asesinos de Begin”.

“Ya”. dice Antonio, abrumado por las cosas que sabe su amigo el poeta, un desastre de refugiado, como algunos otros de los “niños de Morelia”; casi peor que Garfias en su día.

“Además”, sigue Gamarra, “no debemos olvidar que lo que ahí se estaba dando era una lucha entre socialistas moderados y sionistas furibundos”.

“¡Claro! ¡Claro! Por eso pensábamos que Israel iba a ser un país socialista. Algo mucho mejor que las sociedades de los árabes. Detalle que también formó parte de nuestras discusiones a bordo. A fin de cuentas, todos éramos antifranquistas y, por lo tanto, más o menos de izquierdas. Aunque, claro, los más a lo vasco. *Euskadi* y tal, ya sabes”.

“Me lo imagino, claro. Pero también por lo que te digo, no te olvides, la URSS reconoció enseguida al nuevo estado de Israel”. confirma Gamarra, quien, aunque ya tiene superado, o casi superado, lo de Stalin sigue siendo un fiel comunista a la antigua. “Y es

que, además, fíjate –añade–, entre los que firmaron el acta de independencia de Israel el 14 de mayo de 1948 estaba un tal Meir Vilner: un chaval de 30 años que era nada menos que el fundador del partido comunista de Israel, del que fue su Secretario General durante años y años. Y el tío firmando junto a Golda Meier y Ben Gurión. Sociatas y un comunista juntos, una especie de Frente Popular contra a los sionistas de extrema derecha”.

“Claro. Claro. Ahora veo”, dice Martín. “Porque, mira, me has hecho recordar que también tendré que contar que más de una vez el capitán Oko aquel me dijo que estaba encantado de tener un tripulación vasca porque, aparte de que admiraba a los vascos como marinos, él había sido entusiasta de la República española. Y que recordaba bien aquello de ‘No Pasarán’. Y sabía del *Guernica* de Picasso. Curioso tipo aquel Oko. Fíjate que un día, en mitad del Atlántico, me contó que había contrabandeado armas para los de Mao. ¿Te lo puedes creer?”.

“Pues, sí. Sí me lo creo. El internacionalismo de entonces... Acuérdate: pilotos gringos de nuestra Guerra que luego fueron a China a luchar contra los japoneses con los llamados ‘Tigres voladores’... Y Capa, Robert Capa, el de las fotos de nuestra Guerra que murió en Viet Nam, se fue en el 39 o 40 a hacer fotos a China. Un judío húngaro que iba por la vida de norteamericano. Cuando tantísimos judíos eran de izquierdas, no como ahora... Cuando tú y yo éramos niños, o no habíamos nacido. Aquel era otro mundo”, dice Gamarra. “Todo un mundo de solidaridad internacional”.

“Todo un mundo, sí”. repite Martín, mirando hacia la calle Madero. Y caen los dos en un melancólico silencio.

Pero de vuelta en su apartamento, Martín se dice que no puede entrar en los detalles de que habla Gamarra. Bastará con la idea general: USA a favor de los judíos, Gran Bretaña a favor de los árabes.

O, bueno, si bien eso es una simplificación tergiversadora, era lo que él pensaba entonces. Y los demás parecían estar de acuerdo. Digo, aparte de lo de si Israel iba o no a ser un país socialista. Además, si añadimos que, de dejar el barco, la tripulación se encontraría en México sin documentación válida que les permitiese regresar a Nueva York para volver a embarcarse, se entiende que ninguno quisiera hacer lo que había hecho el Jefe de máquinas alemán. Además –acabaron diciendo todos– bastantes cosas habían visto y pasado en su vida y, después de todo, a un marino le da lo mismo Argentina que Israel. Aunque, eso sí, desde luego, puesto que el viaje a Israel iba a significar peligros añadidos (además de surcado por barcos de guerra británicos, el Mediterráneo estaba entonces todavía lleno de minas que habían quedado desde la guerra), la paga tendría que ser diferente.

El Capitán Oko ya lo había pensado, y no sólo nos subió el sueldo enseguida, sino que anunció que en cuanto entráramos al Mediterráneo ganaríamos el doble. Acuerdo exactamente igual al de quienes navegaban en mercantes norteamericanos en zonas de guerra o, en general, en mares particularmente peligrosas por cualquier otra razón. No nos quedaba, pues, sino esperar a que se cargara el barco para enfilarse, por fin, hacia la desembocadura del Pánuco, rumbo al Mediterráneo. Pero, cuáles no serían los problemas causados por aquel artículo de periódico, que pasó todavía casi una semana más antes de que se desprecintaran los vagones de aquel tren y se empezara a cargar el *Kefalos*.

Sonia ha vuelto cansada y contenta de la hemeroteca. Mientras se toman un whisky antes de acostarse, le está diciendo a Martín que cada vez está más convencida de que no se le ha dado la suficiente importancia a los estudios de Germán Somolinos sobre la medicina prehispánica.

“Por supuesto que se sabe –dice–, pero como que se da por sabido, y casi nadie ha seguido las pistas de Somolinos... O sus hallazgos”.

“Es lo que decía Unamuno”, dice Martín. “Lo olvidado de puro sabido”.

“Exactamente. Pero estoy cansada, viejo. Y tú también, ¿no?”.

“Sí, belleza. Anda, vamos a la cama”.

“Vamos. Pero, oye, oye...” dice Sonia. “Se me había olvidado decirte que ya he averiguado quién era el Secretario de la Defensa cuando lo de tu historia: el General Gilberto Limón. Sonorense. Hizo la Revolución. claro, y por lo visto luchando con todos y contra todos: huertistas, zapatistas, villistas, yaquis. cristeros...”.

“El currículum de un triunfador”.

“Exacto. Pero tienes razón: el que importaba era el señor presidente”.

Y, hombro con hombro, se dirigen los dos a la recámara.

Lo que Martín está leyendo al día siguiente en el Internet le está poniendo de mala leche. Dejémosnos de que, según cuentan en un libro de historia militar israelí publicado –al parecer– en USA, al estallar el escándalo Greenspun tranquilizó a sus llamados “contactos mexicanos” diciéndoles que las armas eran para los ejércitos de Chiang Kai-shek; tras de lo cual –siguen contando– entró subrepticiamente en la Embajada de China, robó allí unas cuantas hojas de papel oficial en las que escribió la declaración de la carga y que, con eso en mano, voló a Tampico y convenció al coronel que mandaba la tropa que vigilaba los vagones de que la cosa no tenía nada que ver con Israel y, por tanto, nada que ver con el famoso *Neutrality Act*. ¡Como si China estuviera entonces en paz y no en la etapa final de la guerra entre los de Mao y los de Chiang Kai-shek! Y con ese bulo –cuentan– convenció al coronel aquél de que se podía iniciar legalmente la labor de cargar el *Kefalos*.

Pero dejémonos de todo eso que, aunque por demás fantasioso, es lo de menos.

Lo grave es que el ditirámico libro ése (canto a las glorias no sólo de la “Haganah” de Ben Gurión y compañía, sino –más o menos solapadamente– a la llamada “Pandilla de Stern”, el “Stern Gang” que, sin más, asesinaba palestinos, hombres, mujeres y niños, para aterrorizar a los árabes), el ditirámico libro ése cuenta que cuando Hank Greenspun, nuestro listísimo y atrevido sionista, llegó a Tampico y arregló lo de los papeles, subió al *Kefalos* y le dijo a su capitán que ya podía empezar a cargar. A lo cual –según cuentan– éste contestó que él, desde luego, no pensaba llevar armas a Chiang Kai-shek. Que fue cuando –sigue contando ese libro– Greenspun le dijo a Oko, porque el capitán era Oko, que iba a hacer lo que él le mandara. A lo que Oko contestó lo normal: “En este barco mando yo”.

Acto seguido, siguen contando, Greenspun sacó la misma pistola con la que había amenazado al dueño de aquel pequeño yate que le había llevado de California a Acapulco (por cierto: una rarísima Máuser que usaba el ejército nazi), y le dijo a nuestro capitán algo así como que si no me obedeces, te mato aquí mismo. Tras de los cual, Oko dió la orden de empezar a cargar.

Y según Martín iba resumiendo en su cuaderno de notas lo que acababa de leer, la mala leche se le fue traduciendo en una irónica sonrisa.

“Imagínate” le está diciendo luego a Gamarra en el Danubio, según los dos les entran a sendos guachinangos a la veracruzana. “Tú imagínate aquel barco. Un cacharro, desde luego, pero con algo así como ochenta o noventa metros de eslora, y con una tripulación de, más o menos, treinta tíos. O sea, nada parecido al pequeño yate aquel de California que dizque llevó a Greenspun a Acapulco, un yate tripulado por su dueño y un ayudante cualquiera. Si la historia

tiene algo de verdad y Oko dice que no sale de Tampico, ¿qué va a hacer el Greenspun ése? ¿Decir OKey (los dos son gringos), o pegarle un tiro al capitán arriesgándose a que no le haga ni caso la tripulación, que algo tendrá que ver en el asunto?”.

“Hombre...” empieza a decir Gamarra según sorbe un poco de cerveza, grave principio de su vuelta al alcohol.

“Ya, clarísimo”, dice Martín. “Imagínate la escena posible. Sale el pinche Greenspun ése del camarote del capitán con su pistola en alto, se encuentra primero con Bermeo y le dice, en inglés: ‘*You are going to Israel!*’”.

“¿Ser?”, le pregunta Bermeo en *euskara*. “Eso quiere decir ‘¿qué?’”, explica Martín. “Y en esto –sigue Martín– llegan Torraldai, y el carpintero aquel de Ondarroa, y Olazábal, que ya es Jefe de máquinas, y Finland y, ¡qué sé yo!, el resto de los de cubierta, que siempre están haciendo una u otra cosa por aquí o por allá, más los maquinistas y fogoneros que no están abajo llenos de grasa; marinos todos de Bermeo, de Lequeitio, de Pasajes de San Juan que han pasado por la Guerra Civil española y que luego, durante la guerra mundial, han navegado en los barcos que llevaban armas y tropas a Inglaterra, o al Pacífico. Todos esos más el cocinero portugués, el maquinista gallego, y hasta un servidor. Y el pinche Greenspun aquel con la pistola en alto diciéndonos que ya le ha metido el miedo en el cuerpo al Capi y que, desde ahora en adelante, vamos a hacer lo que él diga. Que es empezar a cargar y, lo antes posible, zarpar para el recién fundado estado de Israel. De risa, ¿no?”, remata Martín.

“Sí. La verdad es que parece bastante improbable. Inverosímil, desde luego”, dice Gamarra.

“Pero, si quieres, podemos inventar más. Por ejemplo, que se me acerca Bermeo y me dice: ‘Chaval, dile a éste que bien, ¡eh!. Y que *eskarrik asko*, ¡eh!’ (O sea: ¡gracias!, *thank you!*). Tras de lo cual, todos los que estamos ahí decimos a coro: ‘*OKey, Mister*



*Greenspun. Thank you, Mister Greenspun!*’. Entonces él se sube al puente de mando, ordena a gritos a los soldados que vigilan los vagones que se vayan, los de la aduana quitan los precintos a los vagones y los estibadores empiezan a cargar. Cuando a los dos días (durante los cuales Greenspun no duerme, porque no se fía) está todo hecho, se baja a tierra y, tranquilamente, se va para su casa mientras nosotros nos preparamos para zarpar. ¿Qué te parece?’.

“Y, mientras tanto, el capitán ¿que coño está haciendo?”, pregunta Gamarra.

“¡Y yo que sé, hombre! Eso lo inventamos a la próxima. En casa de los Gámez, por ejemplo. Ya sabes que nos han invitado a cenar el miércoles”, dice Martín.

“Ya. Ya sé. Vamos juntos, ¿no?”.

“Naturaca, como dicen que decían los chulapos de Madrid, allá por la época de las zarzuelas. Y va a ir Sonia con nosotros”.

“¡Ah, muy bien”, dice Gamarra. “¡Qué suerte has tenido, chaval!”.

“No me lo cuentes, que ya lo sé”.

Llegó por fin el día en que empezamos a cargar, escribe Martín en su cuaderno. Los barcos los cargan los estibadores del puerto, nunca las tripulaciones, aunque el primer oficial, el contramaestre y seis u ocho marineros dirijan, desde el puente y desde cubierta, los detalles de la estiba, en qué bodegas los diversos bultos, y distribuidos de qué manera. Por supuesto que lo nuestro no fue así. De día, sin prisas, muy despacito, los estibadores cargaban los sacos de azúcar que venían en algunos de los vagones del tren; de noche, a toda velocidad, pujando y sudando como desesperados, nosotros cargábamos las armas: enormes cajas de balas y rifles y ametralladoras; unos como aparatos de radar; y, en la bodega número uno (es decir, la primera de proa), bombas de aviación de quinientos kilos

(Y pensábamos: si le damos con la proa a algo, una mina, por ejemplo, salimos todos volando). Al atardecer del tercer día ya estaba todo listo, y el espectáculo de las bodegas antes de cerrarlas era precioso: puros sacos de azúcar encima de todo. Esa noche pudimos volver a bajar a tierra con órdenes estrictas de volver a las tres horas y de que nadie se emborrachara. Estuve un rato con Celia y volví a bordo con Torraldai.

*Zarpamos a las siete de la mañana del día siguiente (y Celia apareció en el muelle para decir adiós con un pañuelo blanco), bajamos lentamente por el Pánuco, atravesamos por fin la barra y, al poco tiempo, entramos suavemente en la parte Norte de la llamada corriente del Caribe, que ahí es realmente el inicio de la corriente del Gulf Stream. El capitán Oko iba nervioso porque se había iniciado ya la temporada de los huracanes y cuatro días antes se había hundido un mercante español, el Castillo Ampudia; pero tuvimos suerte: ni una nube, ni un viento, y la mar calma de un azul maravilloso según atravesamos el Golfo de México y, pasando al Norte de la Habana, al Sur de Miami y al Norte de las Bahamas, entramos en el Gulf Stream propiamente dicho. Gracias a esa corriente, el Kefalos navegaba a su tope de ocho nudos y fuimos así varios días hasta, aproximadamente, los 20° de longitud Oeste, donde cogimos la corriente de Portugal (Sur/Sureste), para luego, muchos días después, pasar frente al Algarve, luego frente a Tarifa, atravesar el estrecho de Gibraltar y, ya de ahí, hasta Tel Aviv. Lo que iba a ser un total de algo más de cuarenta días sin tocar puerto.*

“¡Quihubo, Sonia!”

“Quihúbole, viejo”.

Están hablando ahora por teléfono y Martín está contentísimo.

“Fíjate que ya me he enterado de qué era eso del *Neutrality Act* por el que luego metieron a la cárcel a nuestro héroe, a Greenspun” dice Martín. “Y, claro, tiene que ver con nuestra Guerra Civil”.

“No me extraña”, dice Sonia. “Tratándose de algo que tú buscas y encuentras no me extraña nada: siempre acabas en lo mismo, la Guerra Civil”.

“No fastidies, Sonia, que no me lo invento. De hecho el primer *Neutrality Act* es de 1935, y lo firmó Roosevelt. Prohibía que los americanos, individuos o empresas, vendieran armas o dieran apoyo económico a países en guerra. Luego, durante nuestra Guerra, se enmendó para prohibir ayuda militar a los contendientes en cualquier guerra civil. Aplicable luego, por tanto, al conflicto palestino”.

“Y México, ¿qué pinta ahí?”, pregunta Sonia.

“Ha de ser lo que yo digo y decía a los de la tripulación: que, aunque en apariencia USA no quería que saliese el *Kefalos* con tanto armamento de guerra, en realidad estaba ayudando a los israelíes y, por lo tanto, presionó a México”.

“Tal vez. Podría ser. Ya hablaremos. ¿Cenamos algo en tu casa?”.

“De eso pido mi limosna”.

“Hasta la noche, pues, viejo. Ahora te dejo, que tengo que salir a las carreras para el archivo”.

“Cuidado y no choques por ahí”.

Y Sonia, la gran chofera, se ríe y cuelga.

¿Cómo será que todavía funciona ese Volkswagen, que es ya de museo?, se pregunta Martín. Claro que también casi todos los coches de los ruleteros son de museo, y mira cómo corren poniendo en peligro las vidas de quienes van dentro y de los peatones.

Si hasta aquí las historias que Martín ha ido leyendo acerca de Greenspun le han parecido bastante increíbles, ahora se ha encon-

trado con un error garrafal: afirman sin la menor duda que, una vez que Greenspun asustó al capitán Oko y –es de suponer– nos despidió satisfechísimo desde el muelle, fuimos tranquilamente a descargar todo el armamento a Haifa. ¡Qué brutos! *Fuimos a Tel Aviv, queridos historiadores.* Y es que, claro, una cosas es haber vivido algo, y muy otra es que alguien quiera contarlo desde lejos (Mira por donde: podría escribir el próximo artículo, o los próximos dos o tres, sobre la diferencia que va de Bernal a Gómara.)

Pero todo, supongo, tiene su explicación. Tan entusiasmados están con la vida y hazañas de Hank Greenspun los historiadores israelíes cuyas fábulas Martín ha ido hojeando en el Internet, si es que se puede decir que uno hojea –y no “ojea”– en el internet, que al dejarle a él tranquilo y contento en Tampico ya no se han molestado en saber qué pasaba a bordo, o por qué. Y si no se sabe eso, no se puede explicar muy bien cómo nos las arreglamos para llegar a Tel Aviv con las ametralladoras, los rifles, las municiones y las bombas de aviación.

Martín se levanta, se frota las manos, se hace un café, se asoma un momento por la ventana, ve pasar un “Juárez-Loreto” a toda velocidad, y vuelve a la computadora. Lo que va a escribir iría, más o menos, así.

*Casi en cuanto pasamos la barra del Pánuco empezaron los cambios “cosméticos” a que había que someter al Kefalos para que, a ser posible, nadie nos reconociera. Porque, en aquel entonces, no sé ahora, Lloyd's de Londres, tenía una lista de –se suponía– todos los barcos del mundo, con sus correspondientes fotos o dibujos, y era de sospechar que el pobrecillo Kefalos estaría ya fichado como contrabandista de armas desde las fotos tomadas por un periodista en Tampico. De esa lista había de tener todas*

*las copias necesarias la marina británica, y al pasar frente a Gibraltar podían reconocernos si no cambiábamos en algo el aspecto del barco. Así, trabajando todas horas extras (menos el mayordomo y el cocinero, unos vagos) bajo la dirección de Bermeo y del carpintero de a bordo (el de Ondarroa), cambiamos la forma o configuración del puente de mando, pintamos de otro color la chimenea, el mismo puente de mando y el castillo de popa. Por último, ya bien entrados en el Atlántico, Bermeo y otro buen marinero, descolgándose primero por la popa y, luego, a babor y estribor de la proa, borrarón el nombre Kefalos y, en su lugar, escribieron S.S. Pinzón.*

*La razón de este cambio fundamental –y, en última instancia, probablemente inútil– era la siguiente: el mismo día que zarpamos nosotros de Tampico, zarpó de Veracruz con dirección a Tel Aviv un S.S. Pinzón cargado de azúcar, en tanto que nosotros ya habíamos declarado que, cargados también de azúcar, íbamos, no a Buenos Aires, sino a Haifa. Puesto que los del Pinzón iban a cambiar su nombre a Kefalos el cambio de nombres y de aspecto de los barcos nos permitiría a nosotros llegar tranquilamente con las armas a Tel Aviv mientras que al Pinzón cargado sólo de azúcar, probablemente le estarían esperando en Haifa para revisarlo los ingleses y los representantes de la ONU que trataban de mediar en aquella guerra.*

*Aparte del mucho trabajo que aquellos cambios significaron, no hubo novedad en la travesía del Atlántico. Hasta que un buen día, cerca ya del amanecer, vimos a lo lejos algunas luces del Algarve, primera tierra que veíamos desde las luces de Miami, y no mucho después, ya con una luz clara y fuerte, la playa y el caserío de Tarifa.*

*Estábamos ya levantados todos, oficiales y tripulación, porque todos sabíamos que en ese amanecer no sólo íbamos a ver tierra, sino la costa de la península y, en particular, la de España. Fue un momento de una emoción inolvidable. Es de suponer que al nicaragüense, o a Finland, aquello les importaría muy poco; pero para todos los vascos, para el gallego, tal vez especialmente para el pillito de mayordomo malagueño, aquello era la tierra que habían dejado después de la Guerra Civil, aunque Ondarroa, o Vigo, o Bermeo, o Pasajes de San Juan quedaran tan lejos. Menos los fogoneros y el maquinista de turno, estábamos todos apoyados en la borda de babor casi codo con codo, inmóviles, fumando, mirando, mudos. Lo mismo arriba, en el puente de mando, aunque allí sólo el tonto del tercer oficial era español. No olvidaré nunca –sigue Martín– aquella vista de Tarifa, la playa absolutamente dorada, el caserío blanco y, destacando por encima del pueblo, lo que parecía ser una plaza de toros. Y recuerdo que, por fin, por romper el silencio, Garmendia dijo riéndose algo así como: "Por ahí, derecho pa'rrriba, mi pueblo". Como Torraldai, Garmendia era de Guernica.*

*Pero Gibraltar se acercaba y, por lo visto, había que prepararse. Digo "por lo visto" ya que, de repente, todos los oficiales, menos el que estaba de guardia, desaparecieron del puente. En menos de media hora estaban todos de vuelta ...;pero vestidos de gala! Es decir, con los uniformes engalonados que nunca usaban. Uniformes blancos, además, porque todavía era época de calor. Al verles, hubo primero risas y, luego, una cierta preocupación cuando comprendimos que aquel alarde de autoridad (o de apariencia de autoridad) se debía a que cabía la posibilidad de que los ingleses nos detuvieran al pasar frente a Gibraltar: por si aquello*

*ocurría, el capitán había ordenado que los oficiales todos se vistieran como tales para asumir dignamente su detención.*

*Ya las nueve o diez de la mañana, justo frente a Gibraltar vimos la luz de lo que debía ser un potente reflector que, obviamente, nos hacía señales, unas señales que, por supuesto, los de la tripulación no entendíamos. Según supe enseguida, no sé si por el primer oficial o por el telegrafista, tal vez por los dos, las señales eran las tradicionales de la marina británica cuando, reina de los mares, se permitía el lujo de interrogar a todo barco que encontraba en su camino. A saber: "Who are you? Where are you coming from? Where are you going?". Así, en inglés de Morse, porque ¿qué otra lengua había de hablarse en todos los mares del mundo?*

*El capitán había dado órdenes estrictas al telegrafista de no contestar. Eran ya otros tiempos —había dicho— y sólo los pendejos contestaban acojonados a la reina de la Gran Bretaña y su flaqueante Imperio. Pero apareció una gran lancha torpedera que venía hacia nosotros. Si, ya de por sí, nadie salvo el timonel y los fogoneros estaba entonces trabajando a bordo en nada, aquello provocó la parálisis total. Vimos como la lancha torpedera se nos acercaba a toda velocidad por la proa (¿qué andaban aquellas torpederas de entonces, 20, 25 nudos por hora?). Gran expectación. Pero, casi como un rayo, pasó frente a nosotros y siguió camino hacia Africa del Norte. O sea que, nada: era perfectamente posible no contestar nada a las preguntas de la Gran Bretaña. Pasado el susto, nos adentramos en el Mediterráneo, según cada uno iba volviendo a sus labores con la imagen de Tarifa grabada para siempre en la memoria.*

Sonia y Martín, medio adormilados, relajados y meditativos. están desayunando. Su jugo, su café con leche, sus panes dulces... Lle-

van tiempo bien asentados en su amor y se diría que, a veces, les sorprende tanta calma, tanta armonía. Se miran, se sonríen, y cuando Sonia va a anunciar que ya se va para el archivo porque mañana –“ya sabes”– tiene una conferencia en Jalapa, Martín pregunta:

“¿Tú crees que el famoso Greenspun habría reaccionado como nosotros al pasar frente a Tarifa?”.

“Que se me hace que no debía ser un hombre muy contemplativo”, contesta Sonia.

“Pero el pequeño susto frente a Gibraltar sí le habría hecho ilusión”, dice Martín. “Los que hablan de él desde una perspectiva sionista le mitifican mucho, desde luego; pero no me cabe duda que era un tipo muy atrevido. Y listo, claro”.

“Como sigas metiéndote en su vida”, dice Sonia, “vas a acabar llamándole Hank”.

“Todo es posible. ¿Cómo decía Carlos Pellicer en uno de aquellos sus tan tropicales poemas? ‘Todo será posible menos llamarse Carlos’. Algo así”.

“Pregúntaselo a Gamarra, que parece saberlo todo de poesía”, dice Sonia, riéndose.

“Lo haré, lo haré. Y ándale, hasta la noche”.

*Aquella noche. El susto de aquella noche –sigue escribiendo Martín–. Llevábamos ya tres o cuatro días en el Mediterráneo cuando, mientras estábamos algunos sentados encima de las lonas de la bodega número 2 charlando y fumando tranquilamente, se nos apareció a unos cien metros por estribor un enorme barco de guerra que navegaba sin luces y había cogido nuestra misma, lentísima velocidad. Casi al mismo tiempo que nosotros lo había visto desde el puente el oficial de guardia y bajó corriendo a avisarle al capitán. Subió Oko al puente y, mientras nos amontonábamos en la borda casi todos los tripu-*



*lantes, empezó a dar órdenes. Aquello, pensaba él y pensábamos todos, no podía ser sino un acorazado inglés que iba a abordarnos. En consecuencia –había que ser neurótico y un poco loco, como lo era el capitán– la orden principal de Oko fue que, por si acaso, subiéramos al puente las dos ametralladoras que traíamos y que nos preparáramos para un buen tiroteo.*

*Subimos las ametralladoras al puente, las montaron entre Bermeo, el Capi y no sé quien más y, más alucinados por la locura del capitán que asustados, nos dedicamos a esperar el principio del tiroteo entre los cañones de aquel monstruo británico y nuestras ametralladoras. Pero, nada. Pasaba el tiempo y el acorazado o crucero aquel ni hacía una señal ni daba una voz. Seguimos así durante cosa de una hora (era impresionante ver aquella mole navegando a nuestro lado tan despacio y sin luces) hasta que, de repente, el monstruo viró a estribor y desapareció como había aparecido. Ni qué decir que todos dormimos poco y mal aquella noche.*

*El día siguiente, asoleado y azul, pasó sin novedad. Pero ya entrada la noche, casi a la misma hora que la noche anterior, volvió a aparecer el monstruo aquél que empezaba ya a parecernos un fantasma. Como no habíamos quitado las ametralladoras del puente, el Capi se puso en una de ellas, el primer oficial en la otra y nosotros, en cubierta, nos dedicamos a mirar y a seguir esperando. Pero, de nuevo, nada. Y, al igual que la noche anterior, al cabo de más o menos una hora volvió a desaparecer el impresionante acorazado.*

*Cuando a la noche siguiente volvió a ocurrir lo mismo por tercera vez, ya la cosa nos pareció a todos definitivamente rara (“Bitxi, bitxi”, decía Bermeo). Porque si aquel gigantesco barco de guerra era británico tendría que haber hecho algo. La guerra entre judíos y árabes estaba en uno de sus*

*momentos más duros, y los ingleses no se andaban con bromas, mucho menos en alta mar. Ya he dicho que abordaban todo barco sospechoso y que encerraban a las tripulaciones en campos de concentración de Chipre. Se decía que habían incluso hundido algún barco sospechoso de llevar armas para los israelíes. ¿Por qué, pues, no nos habían dicho ni hecho nada?*

*Recuerdo que, por aquello de mantener mínimamente informada a una tripulación que no hablaba inglés, el capitán y el primer oficial habían hablado algo conmigo del asunto, diciéndome que habían llegado a la tranquilizadora sospecha de que el acorazado aquél no era británico sino yanqui, parte de la Sexta Flota que se había quedado (y sigue) en el Mediterráneo. De ser así, el fantasmal monstruo habría aparecido tres noches seguidas no para acosarnos sino para protegernos mientras nos alejábamos de Malta. No podían USA y la Gran Bretaña enfrentarse abiertamente, y menos por una guerra entre árabes y judíos, pero ¿quién había fletado el Kefalos?: ¿quién había comprado las armas que llevábamos? Muy probablemente judíos yanquis, algún grupo de poder que importaba mucho en la política interna norteamericana y que, seguramente, había establecido compromisos en muy altas esferas de Washington. Por tanto, disimuladamente, la flota yanqui nos protegía. Cuando se llegó a esta conclusión (que yo transmití a la tripulación para que se quitaran de preocupaciones) nos pareció evidente que llegáramos a Tel Aviv sin contratiempo alguno.*

Gamarra, quien aunque, según sabemos, llegó a México de muy chico en 1937 con “los niños de Morelia”, tiene una curiosa tendencia a ser castizo, castizo español se entiende, contesta a la pregunta de Martín, y dice:

“No tengo ni puñetera idea, chico”. A lo que se refiere, por supuesto, es a las palabras de Pellicer. “Ya sabes –añade– que no me da por la poesía tropical. Demasiada lujuria para mí”.

Van los dos paseando por la Reforma hacia el Centro. Van tranquilos, relajados, como ajenos al ruidal de los coches y camiones que suben y bajan a toda velocidad. Tienen esa manera de estar juntos de los viejos amigos, hablando mucho o poco. O sin hablar. Gamarra, es verdad, no ha salido, ni saldrá ya nunca “adelante”, según esa frase que uno quisiera saber qué significa (lo suyo, ya lo sabemos, es una conferencia aquí, otra allá; un articulito de periódico que le consigue Martín... ). Martín Alsúa, en cambio, va bien. hace años que va bien con sus traducciones para la editorial y sus artículos semanales. Y como ahora se ha metido sin querer en otra aventura narrativa, fluctúa entre estar callado y hablar de ello demasiado. Pero según van los dos caminando tan aparentemente olvidados de todo, Martín dice de repente:

“Sonia me dice que si sigo con esa historia me voy a aficionar tanto a Greenspun que le voy a hablar de tú”.

“No me extrañaría”, le dice Gamarra. Y sigue caminando y fumando tan tranquilo.

Tecleando en su ordenador, Martín empieza a escribir ahora que, según lo dicho, el resto del viaje pasó sin incidentes. Salvo que también hubo un poco de emoción durante un par de horas antes de la llegada a Tel Aviv.

*Habíamos cruzado el Atlántico recibiendo en el telégrafo pero transmitiendo lo menos posible –escribe–, y en cuanto entramos al Mediterráneo habíamos dejado completamente de transmitir. Pero según nos acercábamos a Tel Aviv no teníamos más remedio que avisar quiénes éramos (el “S.S. Pinzón”, proveniente de Veracruz cargado de azúcar y con*

destino a Tel Aviv) si queríamos que se nos permitiera la entrada. El telegrafista empezó a transmitir dando la información y pidiendo permiso de entrada cuando estábamos a unas treinta millas de Tel Aviv. Para sorpresa suya, no contestaba nadie. Nos fuimos acercando de frente y, con playas y perfiles de edificios ya a la vista, todavía no recibíamos respuesta. Al principio, el telegrafista me mandaba a mí con el recado al capitán, pero éste se fue poniendo más y más nervioso (¿Estaría Tel Aviv en manos de los árabes? ¿Nos estaría extendiendo una trampa alguna de las comisiones investigadoras de la ONU?) y bajó a la cabina del telégrafo. Mientras tanto, yo había informado a la tripulación de lo que ocurría y estábamos casi todos (menos, como siempre, los pobres maquinistas y fogoneros, encerrados abajo) mirando hacia el puerto y preguntándonos también que qué pasaría.

El capitán tenía que tomar una decisión: o fondeábamos fuera, o entrábamos sin respuesta y, por tanto, sin permiso. Y si fondeábamos fuera, ¿dónde? ¿A menos o a más de las doce millas que limitaban las aguas nacionales? Oko decidió tirar para adelante (muy despacito, eso sí) y, por fin, sin un solo aviso telegráfico, cuando estábamos ya a tres o cuatro millas de la entrada a la bahía, apareció una lancha motora que, con unos cuantos militares a bordo, se nos acercó a toda velocidad. Llegaron al costado de estribor, pidieron permiso para subir, lo concedió el capitán, bajamos la escala y subieron. Les recibió el capitán, se saludaron militarmente y se retiraron al comedor de oficiales. Salieron al cabo de un rato y se fueron. Cosa de media hora después llegó por telégrafo la orden de que entráramos.

Como la bahía de Tel Aviv es tan abierta que casi no es bahía, y como en aquel entonces (no sé ahora, escribe Martín)

*el puerto no tenía muelles capaces de recibir más que barcazas, no nos hizo falta un práctico para entrar. Entramos como veníamos, de frente, y fondeamos donde nos dijeron por telégrafo que lo hiciéramos. Una vez allí tuvimos que esperar casi una hora para que apareciese otra motora, subieran a bordo sus ocupantes armados y, como quien se apoderaba de nuestro barco, establecieran su vigilancia en el puente y la pasarela. Poco después llegaba al costado la primera barcaza con unos quince hombres que venían a descargar. Como el primer oficial y Bermeo ya habían dado las órdenes para que preparáramos nuestras propias grúas (dos en el mástil de proa, dos en el de popa, una para cada una de las cuatro bodegas), la operación de descarga empezó casi enseguida.*

*Ya he dicho que la parte superior de cada una de las cuatro bodegas estaba llena de sacos de azúcar. Fácil es imaginar que no serían muchos los sacos que debían descargarse a la luz del día. Por tanto, de día, había que ir haciéndolo todo muy despacio. Difícil será que vuelva yo a ver una operación de descarga más lenta (escribe Martín, sonriendo). ¡Lo que tardaban en amarrar un saco de azúcar, en subirlo, en dirigirlo hacia la borda, en bajarlo hacia la barcaza y en desamarrarlo! Si los árabes, o los ingleses, o los representantes de la ONU nos hubieran estado vigilando a la distancia con catalejos, seguramente habrían sospechado que allí pasaba algo raro.*

*Tampoco nosotros, la tripulación, hacíamos gran cosa. Aparte de picar y pintar, como siempre, en los ratos libres contemplábamos una bonita playa llena de bañistas, y los que sabíamos nadar nos echábamos al agua para dar unas cuantas brazadas y refrescarnos. La cosa me hacía ilusión porque era la primera vez que yo, nadador de niño en el Cantábrico,*

*me metía en el Mediterráneo, azulísimo y como un lago en aquella bahía. Además, enseguida empezaron a acercarse al barco en lanchas de remos gentes de la playa, sobre todo chicas. Nos parecían especialmente guapas y deseables porque, en cuanto fondeamos, nos habían informado de que no se nos iba a dejar bajar a tierra. Explicación: un marinero borracho puede hablar de lo que no debe, aquel mundo estaba lleno de espías de todas partes, y seguía siendo estrictamente necesario que no se supiera qué cargamento habíamos traído.*

“Ponte en escena”, le está diciendo ahora Martín a Sonia, “hazte a lo que significaba aquella prohibición. Al entrar a Tel Aviv llevábamos unos cuarenta días sin tocar puerto, cosa tal vez normal en el siglo XIX, pero no en 1948. La tripulación estaba ansiosa de ver calles, cafés, gente y, tal vez sobre todo, de un algo de actividad sexual. Pero, claro, tuvimos que resignarnos. Menos el carpintero aquel de Ondárroa, a quien no se le ocurrió idea más brillante que darse tal golpe con el martillo en el pulgar que la señora Oko, que era la enfermera de a bordo, se me había olvidado decirlo, tuvo que decir que aquello no podía ella curarlo y que había que llevarse al bárbaro aquel a urgencias de algún hospital porque había que hacerle una radiografía. Se telegrafió a la capitanía del puerto, llegó enseguida una lancha motora, subieron dos tíos armados a bordo, cogieron al carpintero y se lo llevaron a tierra. Mientras bajaba a la motora, el loco aquel iba sonriendo entusiasmado de su estratagema y diciendo cosas como “me tomaré una cerveza por vosotros”, “os dedicaré el primer polvo”; etc. A las dos horas lo trajeron de vuelta con la mano vendada, y estaba más mustio que un gato mojado. Según nos dijo, no le habían dejado ni tomar un café, le habían tenido como preso, y no había podido ni acercarse a ninguna de las –según él– muchísimas chavalas guapísimas que había en Tel Aviv”.

*Si así durante el día –escribe ahora Martín–, en cuanto oscurecía llegaban a los costados del Kefalos tres o cuatro barcas con cuarenta o cincuenta hombres y descargaban el armamento con una intesidad y a una velocidad que ningún estibador a sueldo habría resistido. Y es que no eran estibadores, sino soldados israelíes que se habían ofrecido de voluntarios para aquella labor aprovechando unos días de permiso.*

*Cuando al amanecer de la última noche, vacío ya el Kefalos y llena de material de guerra la última barcaza, me asomé a la borda para ver cómo las últimas armas empezaban a enfilarse hacia las bodegas de tierra en que habían ido almacenando todo, uno de aquellos hombres –era bajito, delgado y moreno– se despidió de mí con un gesto de la mano y, sonriente, me dijo: “¡Adiós, paisano!”. Se trataba, obviamente, de un judío sefardí y, la verdad, aquello me emocionó mucho.*

Pero, ¿dónde carajos estaba en aquel entonces Hank Greenspun?, se dice Martín. Porque los fantasiosos historiadores sionistas no vuelven a hablar de él. Como si después de aquello de dizque sacarle la pistola al capitán Oko todo hubiera estado ya resuelto. Tendré que fabular, pero esta vez en serio, que ya estaba de vuelta en Las Vegas. Y es que, poco después –porque esto sí que lo sé de buena fuente– Hank reaparece no sólo como editor del *Las Vegas Sun*, sino como benemérito del estado de Nevada: da dinero para algunas escuelas, para asilos de ancianos... Esas cosas. Lo que no quita que también –y esto tampoco tengo que inventarlo– haya empezado a comprar terrenos que, andando el tiempo, no mucho tiempo, valdrían oro.

Sonia ha vuelto ya de Jalapa y Martín, divertido, le está contando lo arriba dicho y que, la verdad, no tiene que inventar demasiado para seguir la pista de Greenspun porque parece que consta que fue

por entonces cuando empezó en serio su enemistad con Meyer Lansky. O viceversa.

“Y ésa también es una historia que merecería contarse”, remata Martín.

“Martín, no te olvides”, le dice Sonia. “Zapatero a tus zapatos”.

“Ya, ya, mujer. Yo a lo mío, y allá los gringos con las historias de sus mafias”.

*Con el barco ya vacío –sigue escribiendo Martín–, sólo nos quedaba darnos un último baño en aquellas aguas mediterráneas y esperar tranquilamente a cargar el petróleo necesario y a cambiar el agua de las calderas, para lo cual estábamos ya echando fuera el agua con la que habíamos venido desde Tampico. No sabíamos cuál sería el próximo viaje del S.S. Pinzón/Kefalos, pero sabíamos que íbamos de vacío a Nápoles, puerto que, según algunos, era cosa digna de verse (por lo guapas que eran las mujeres). Allí nos enteraríamos de nuestro futuro inmediato. Pero no hubo ni baño, ni petróleo, ni agua dulce nueva para las calderas porque no mucho después de haber desaparecido la última barcaza se supo que la tarde o la noche antes, 17 de septiembre de 1948, un comando israelí había asesinado en Jerusalén al Conde Bernadotte, el representante de las Naciones Unidas que andaba por allí negociando la paz. Y con la noticia llegaron de tierra las instrucciones claras: teníamos que zarpar inmediatamente, llenando las calderas de agua salada y sin cargar petróleo.*

*Lo segundo parecía lo menos problemático porque, según también se nos informó, a los dos días nos iba a encontrar en alta mar un petrolero que nos daría el combustible necesario para llegar a Nápoles. Pero lo de llenar las calderas de agua salada... ¡Madre mía, cómo se pusieron el jefe*



*de máquinas, los maquinistas y los fogoneros! Por no hablar del Capi, claro. ¿Cómo iba a funcionar bien la maquinaria, ya de por sí vieja y bastante destartalada? ¿Y cuánto tiempo se iba luego a tardar en Nápoles en limpiar la sal de las calderas? Pero no podíamos quedarnos ni una hora más en Tel Aviv porque podría descubrirse que no éramos el Pinzón sino el Kefalos. Se llenaron las calderas de agua salada y salimos pitando. A nuestro triste tope de ocho nudos por hora.*

*Con la mala suerte de que nos tocó un pequeño temporal que no sólo nos rebajó bastante la velocidad sino que, como el barco iba de vacío, nos zarandeaba como si el Kefalos fuese –según se dice– una cáscara de nuez. Por la mañana del segundo día, bajo un cielo oscuro y tormentoso, y en medio de un fuerte oleaje, apareció un pequeño petrolero griego. Se nos acercó por el lado de babor y, tras un breve intercambio de puente a puente entre los dos capitanes, iniciamos las labores para bombear el petróleo.*

*Era una operación difícil porque el petrolero tenía que acercarse a nosotros, pero no demasiado, ya que, con el fuerte oleaje, el riesgo de que chocáramos era grande. El petrolero tenía ya dos gruesas mangueras enchufadas en sus distribuidores, y lo primero era subirlas a bordo del Kefalos y enchufarlas nosotros en las bocas de los depósitos. Y para que el oleaje no alejara demasiado al petrolero y para subir las mangueras, había que echar unos cabos de los más gruesos y fuertes. Los marineros griegos amarrarían abajo su barco al nuestro y nosotros, a base de tirar con fuerza, subiríamos las mangueras a bordo. Como se trataba de algo tan importante, Bermeo decidió echarles nuestros mejores cabos, cuatro o seis cabos nuevos, sin estrenar. Los griegos amarraron unos a su barco, ataron otros a las mangueras y*

*nosotros, no sin esfuerzo, subimos las mangueras a bordo mientras los dos barcos, con el bamboleo, se alejaban y volvían a acercarse peligrosamente. Y empezó por fin la operación de bombeo del petróleo.*

*No olvidaré nunca –sigue Martín– que durante la operación, entre el viento y la lluvia, el capitán griego gritaba como un desaforado y que su tripulación, corriendo por la cubierta para arriba y para abajo, gritaba tanto o más que él. Aquel nerviosismo de los griegos nos daba mala espina pero, por nuestra parte, y bajo la dirección del primero oficial y de Berneo, la cosa iba con bastante calma y muy buen orden. Hasta que el capitán griego empezó a gritarnos y a hacer señas de que ya estaba terminada la operación. Enseguida, cuando ya nosotros habíamos soltado los cabos de las bocas de las mangueras para que las recogieran ellos en su cubierta, varios de los marineros griegos, ansiosos por salir pitando de aquella relativamente peligrosa situación, cogieron unas hachas y, en lugar de tomarse el tiempo de soltar los cabos que les amarraban al Kefalos, empezaron a cortarlos a hachazos.*

“Imagínate” le dice Martín a Gamarra por teléfono. “Indignación general nuestra, gritos”.

“Ya. Me lo imagino”, dice Gamarra.

*Y Berneo se sube a la borda y, agarrándose de un cable para no caerse al agua con aquel vaivén, empieza a gritarles a los griegos en euskera y, como siempre ocurre en euskera cuando se llega a eso, a soltar palabrotas en castellano: “¡Hijos de puta!” “¡La madre que os parió!” “¡Marineros de mierda!” “¡Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta...!” Hubo un momento en que tuvieron que cogerle en-*

*tre dos o tres porque, incluso, se agarró de uno de los cabos y empezó a descolgarse hacia el petrolero, supongo que para darles él sólo de hostias a todos aquellos griegos. Es una escena casi grandiosa porque, con aquel cielo tormentoso (lluvia con rayos y truenos a lo lejos) y con el barco dando tumbos, se entendía perfectamente que Bermeo era un gran marinerero: su forma de mantener perfectamente el equilibrio de pie sobre la estrecha borda; la pasión por los instrumentos fundamentales del trabajo cotidiano, y el desprecio por lo mal hecho que le movían... Mientras tanto, como trasfondo de la escena, arriba en el puente, el capitán había sacado una pistola y, por las mismas razones que Bermeo, iba a largarle unos cuantos tiros al capitán griego. Afortunadamente, el primer oficial le cogió el brazo y sólo hubo un disparo desviado, al aire.*

*A pesar de todo lo cual, los griegos siguieron con sus hachazos, acabaron cortando los cabos, tiraron como pudieron de las mangueras que ya nosotros habíamos soltado y, todavía arrastrándolas sobre el agua, se largaron a toda máquina. Recogimos los cabos cortados, el Capi ordenó la vuelta a la calma y, ya silenciados los juramentos de Bermeo, enfilamos hacia Nápoles.*

*El mal tiempo se hizo fuerte temporal en el estrecho de Messina, luego amainó y entramos a Nápoles bajo un sol tibio, ya a finales de septiembre. Era la primera vez que íbamos a bajar a tierra desde que habíamos salido de Tampico hacía cincuenta y dos días, y ahora sí que podíamos decir que habíamos cumplido con nuestro cometido.*

Al llegar aquí, Martín vuelve a su pregunta: ¿qué estaría Hank Greenspun haciendo por aquel entonces? Lo está comentando aho-

ra con Gamarra en el bar del Hotel Majestic (en otro tiempo llevado por dos futbolistas de la Selección Vasca), y supone que lo más probable es que estuviera ya entonces de vuelta en Las Vegas. Siempre le importaron mucho su familia y el periódico. ¿Sabría que habíamos ido de Tel Aviv a Nápoles? ¿Le contaría su lejano amigo Schwimmer cómo había tenido que salir de estampida el *Kefalos* de Tel Aviv, que no de Haifa? ¿Y quién contrató aquel petrolero griego de marineros cobardes e ineptos?

“Por lo que me has contado, yo apostaría que fue el tal Schwimmer. O como se llamara”, le dice Gamarra.

“Tiene que haber habido muchos otros agentes”, dice Martín.

“Ya. Seguro. Dos tipos solos no van a haber hecho todo el trabajo de contrabando y espionaje de los israelíes”, dice Gamarra. “Pero tú no te puedes meter en camisas de once varas. De lo que pasaba en el barco crees que te lo sabes todo, pero de lo otro no sabes nada. Por mucho de ese Internet que tengas ahora”.

“Cierto. Una pena”, dice Martín, con cara de compungido.

“Para el carro, mi cuate”. le dice Gamarra, dejando el vaso de whisky en la mesa. “Que ya te veo venir: estás pensando que en eso de Greenspun y la mafia hay otra historia y que sería divertido meterte en ella, etcétera. Esas cosas que dices cuando empiezas a cansarte de un asunto y a ilusionarte con otro. Lo primero que tienes que hacer es acabar de una puñetera vez la historia de tu famoso *Kefalos*. Luego, ya veremos”. Y Gamarra, contundente, se cepilla el whisky que le queda en el vaso y pide que le sirvan de nuevo.

El que lo ve venir todo es ahora Martín: Gamarra –inevitable– ha vuelto a beber y va a seguir bebiendo, y dentro de un par de horas él va a tener que llevarle una vez más a la pensión cada día más destartalada en que sigue viviendo. Hace ya algún tiempo que no había sido necesario, pero en realidad lo de Gamarra no tiene remedio.

“Seguramente –está diciendo ahora Martín en casa de los Gámez–, seguramente no importará decir ya mucho de Nápoles puesto que allí dejé el barco al cabo de cosa de un mes. Quizá baste con consignar que en Nápoles supimos que se iban a reconvertir las bodegas, instalando literas para llevar a Israel, ya no armas sino familias judías. Refugiados, o emigrantes, según se les quiera llamar. Gentes que, en campos de concentración o escondidos, habían sobrevivido a las matanzas de los terribles años del nazismo y de la guerra. Como, de todos modos, la limpieza de las calderas iba a llevar mucho tiempo, quedaba plenamente justificada una larga estancia en Nápoles durante la cual se haría la reconversión de las bodegas más o menos en secreto. Y de vez en cuando, ya con las calderas limpias –sigue Martín–, salíamos a dar una vuelta por alta mar para comprobar que todo andaba bien”.

“¡Qué a todo dar! Como quien dice de paseo”, dice Gámez. “Ahí me las den todas”. Aunque alguna vez fue aficionado a la literatura, Gámez siempre ha sido un hombre práctico, y desde su más que respetable fortuna se permite hacer como que toma a guasa a Martín y a Gamarra. Lo que no quita que les tolere todo, o casi todo, que no en vano son viejos amigos del alma.

“Pero tendré también que recordar”, dice Martín. “que, a tres años del final de la Segunda Guerra Mundial, Nápoles era todavía una ciudad bombardeada, sobre todo en los muelles. No había allí casi un edificio ni una bodega enteros. En la plenitud del cine neorrealista italiano, la ciudad toda era igual que las películas que ya por entonces empezaban a verse en México: muelles y barrios enteros deshechos, pobreza y paro, mercado negro, robos y asaltos, mujeres que se te acercaban por sólo un cigarrillo americano, una especie de entusiasmo obviamente interesado por nosotros, que cobrábamos en dólares y cambiábamos muy favorablemente a liras en cualquier rincón medianamente oscuro”.

Paco, el mayor de los hijos de los Gámez, un fanático del cine que hace ya algún tiempo que dice que va a ser escritor, escucha atentamente. Gamarra le mira, el muchacho sonrío y se anima.

“¿Como en la película *Roma, ciudad abierta?*”, le pregunta a Martín.

“Más o menos, sí. Pero ya sin nazis, claro”, le contesta Martín.

Y sigue contando que algunos se hicieron pronto de “novias” más o menos fijas, y que bajaban a tierra todas las tardes, a las siete o a las ocho. para volver a bordo, siempre en algún coche de caballos, como unos señoritos, a las seis de la mañana siguiente, justo a tiempo de ducharse y empezar el trabajo: picar y pintar los de cubierta; limpiar las calderas los fogoneros...

“En los días libres –sigue Martín– almorzábamos con las ‘novias’ y sus amigas en el muelle de pescadores de Santa Lucía, donde siempre había tríos que tocaban y cantaban ‘*Cuore ingrato*’, ‘*Torna Sorrento*’ y esas cosas, ya sabéis, mientras comíamos pescadito frito y bebíamos vino blanco. Por las noches –tú haz como que no oyes esto, Paquito–, tras un par de horas en un bar muy cutre llamado Il Lanternino Rosso, íbamos siempre a dar a un piso enorme en el que, además de nuestras ‘novias’, vivían varias otras prostitutas, con las que a veces cenábamos y –como dirían Bermeo o Torraldai– hacíamos muchas risas”.

“Eso también es como en el cine de entonces, Paco” le dice Sonia al chico de los Gámez. “Y tú no te lo creas todo”.

“Ya”, dice Martín. “Pero lo que no habréis visto nunca en el cine de aquella época son las escenas memorables, de un domingo en que nuestras ‘novias’ nos llevaron a Pompeya, donde no sólo estuvimos de pic-nic sino que los encargados de aquello nos enseñaron los frescos pornográficos que –según decían– no se habían solido enseñar en mejores tiempos a los turistas normales”.

*Más memorable aún, si cabe –escribe ahora Martín en el ordenador– es la noche en que, tras un par de cervezas en la Galería Umberto, cruce entonces de todos los caminos de Nápoles, el de Ondarroa, Torraldai y yo fuimos al teatro San Carlo, a galería, lo más barato, a ver La Traviata. Torraldai, respetuoso, se quitó la txapela, pero no sin asombrarse de que la gente a nuestro alrededor estuviera comiendo cacahuets y tatareando la música que llegaba desde el escenario.*

*Pero, oye, chaval”, me decía Torre en voz baja y respetuosa. “¿así es esto de la ópera en este pueblo?”. Yo le contestaba que qué sé yo, volvíamos a lo que importaba, y al salir, vascos al fin los dos y, por tanto, amantes de toda música, Torre y Urruticoetxea, Urruti, dijeron que aquella música y aquel cantar les habían parecido estupendos.*

Añadir, apunta Martín al día siguiente en su cuaderno:

*¿Qué habría dicho Lucky Luciano si nos hubiera visto? El tenor de aquella noche en el San Carlo no era ningún Caruso, desde luego, pero seguro que aquella representación fue tan buena como cualquiera que hubiese visto Luciano en Nueva York. O mejor.*

*A lo que se podría también añadir, por fregar, que estábamos allí tan contentos gracias a los dineros de los paisanos del Greenspun que tanto molestaba a Luciano. O sea, por obra y gracia de quien pronto sería su enemigo declarado.*

Pero tiene razón Gamarra: al llegar a Nápoles debo tratar de ir ya rematando. Decir, por ejemplo, que con aquellos mis veintidós años a cuestas, me había hecho cierta ilusión de que, con estudios, tal

vez podría llegar a ser oficial, navegando por todos los mares del mundo. Esa fantasía, ese *wander lust*, es lo que nunca entendió Maruja, ¡tan bonita y cariñosa que era! Como los más de los refugiados españoles, sobre todo los que llegamos aquí de niños, Maruja necesitaba cierta estabilidad, y le ponía muy nerviosa el que me gustara tanto ir a Veracruz a ver los barcos de carga; que me extasiara de tal manera al verlos zarpar al amanecer o a las últimas horas de la tarde, quedándome mudo y como ausente hasta que desaparecían en el horizonte. En cambio, eso lo ha entendido siempre Sonia. Sin duda que porque tiene su vida independiente de la mía. Pero también tal vez –seguramente, con toda seguridad–, porque está claro que ya no me voy a ir en ningún barco con la esperanza de volver a ver, como en un sueño, el caserío blanco de Tarifa cinco millas a babor.

Y a Sonia no le perturba para nada que alguna vez le cuente que, cuando –según supongo que tenía que ser– el capitán Oko despidió a la tripulación, pagándonos bien, eso sí, salí del barco tristísimo, con la misma maletita de cartón que había llegado a él y con una bolsa de lona de marinero que me había hecho yo mismo a bordo siguiendo las instrucciones de un compañero que cosía muy bien. El viaje en tren a Roma fue ya pura nostalgia. Pasé la noche en Roma con una chica que me encontré en la estación, y a la mañana siguiente cogí un tetramotor “Constellation” de la TWA para hacer la ruta Roma-París-Shanon-Gander-Nueva York-Dallas-México D. F.

También este viaje tuvo su incidente. A poco de despegar de Gander (Terranova) nos avisaron a los pasajeros que estaba ardiendo el motor número dos del lado derecho y que teníamos que volver al aeropuerto. Susto general y tensión durante unos veinte minutos, hasta que por fin aterrizamos sanos y salvos. Nos tuvieron más de veinticuatro horas metidos en un barracón de aquel aeropuerto desolado, todo tundra alrededor, y con mucho frío. Llegué por fin a



Nueva York. A las pocas horas salí para México, donde aterricé y volví a casa sin mayores problemas. Ya allí, me fui resignando poco a poco a que ya no sería jamás marinero.

Todo lo cual no ha impedido –y algo de razón deben de tener Sonia y Gamarra– que me sigan intrigando la vida y milagros de Hank Greenspun. En especial, curiosamente, su relación –para él indirecta e ignorada, por supuesto– con la gente vasca.

Porque, vamos a ver, y esto es lo que me gustaría contar ahora, o en un futuro más o menos inmediato: en 1950 metieron a nuestro amigo Hank a la cárcel por haber violado en 1948 el famoso *Neutrality Act*; pero salió pronto y, por varios años, dedicó su *Las Vegas Sun* a predicar “principios” a los de Nevada. Lo cual, como era de razón, le enfrentó pronto con Lansky y Luciano (“¿No te decía yo?”, le decía el segundo al primero). A lo que sigue que, enardecido, Hank quiso ser gobernador del estado de Nevada, cosa que, por supuesto, ni Luciano ni Lansky, éste ya gran propietario allí (aunque vivía en Miami) tras la revolución cubana, querían ni siquiera imaginar.

Estos dos *capos* (¿cómo se dirá eso en yidish, o en hebreo?) montaron una campaña contra él y a favor de un tal Paul Laxalt, amigo de Reagan, de Goldwater, de Hoover, y hasta de Fernando Marcos (o sea, reaccionario como el que más), quien, en efecto, y gracias a los mafiosos, llegó a gobernador. Ahora bien –y voy a lo que anunciaba arriba–, el Laxalt aquel no era sino un Lasalde cualquiera, hijo de un pastor suletino que llegó en 1906 por aquellas tierras de vascos y vascas de esos que, antes, todavía no hace mucho, se dedicaban al pastoreo de ovejas en Nevada, Idaho y California. En cuanto tal, si mucho no me equivoco, ayudó a su hermano Robert (escritor en inglés de novelas de vaqueros y de leyendas vascas) a fundar el llamado Programa de Estudios Vascos de la Universidad

de Nevada, que es algo así como todo lo que el PNV subvenciona en su tierra de origen, la tierra no ya prometida sino *suya*, de los vascos de raza y casta desde tiempos anteriores a la Historia. Sabino Arana *dixit*.

Con lo que se demuestra una de las tantas ironías de esta Historia: tripulantes vascos llevan las armas del judío Hank Greenspun a Israel; y contra Hank Greenspun, judío, Lansky, un judío mafioso, en conjunción con un italiano mafioso, Luciano, eligen de gobernador de Nevada a un pastor vasco.

“¿No me diréis”, les dice Martín a Sonia y a Gamarra, “que no hay ahí otra historia para uno de estos días? En la que, además, podría entrar Frank Sinatra, quien, cuando Batista, montó en La Habana una casi interminable parranda –bebida sin fin, mujeres desnudas en la enorme suite del hotel y por los pasillos– entre abrazos de su compinche Luciano, todo ello tolerado, y hasta alentado, por Lansky, el verdadero *capo*”.

“Ya”, dicen los dos casi a coro, pensando en la próxima crisis narrativa de Martín. “Ya”, repiten.

“En esa historia –sigue Martín, sin inmutarse– en vez de empezar por aquel Amiram Nir de los aguacates, se podría empezar con Meier Vilna, el comunista lituano que, a despecho de todas las advertencias de Lenin acerca del sionismo...”.

“Eran más que advertencias”, le corrige Gamarra.

“Bueno, da igual. Por ahora da igual. Lo que importaría es ir viendo...”.

### 3. Manuscrito perdido en Valencia

*Para Nigel Dennis*

**M**artín está en Veracruz. Tiene comprometida una traducción con la editorial para la que siempre ha trabajado, pero la cosa no corre prisa, y en el periódico le han dado –gustosos– la que es en realidad su primera vacación en casi dos años. Aprovechando el que Sonia ha viajado a España para asistir a un congreso de Historia de América (donde va a ofrecer un adelanto de su trabajo sobre la contribución de los refugiados españoles, Somolinos en particular. al conocimiento de la medicina pre-hispánica) se ha tomado una semana de vacaciones en la que, aparte del D. F., es su ciudad predilecta. Como tantas otras veces. Veracruz –aunque cada día más grande y menos parecida a la ciudad en que Martín desembarcó de niño a fines de 1939: era un chavalín, chamaquito apenas, en aquel mes de octubre– no deja de producirle nostalgias de lugares y escenas de entonces que, tal vez, en verdad ni recuerda. Pero ha vuelto muchas veces a Veracruz (ya adolescente, tuvo allí incluso una novia que le volvía loco y con quien bailaba danzones) y, juntando y mezclando tiempos, se dice que, a fin de cuentas, el Zócalo sigue siendo el Zócalo: el Hotel Diligencias, en el que ahora se hospeda.

se ha modernizado para bien sin cambiar demasiado, y ahí están todavía sus soportales con el Ayuntamiento enfrente, el antiguo Café de la Parroquia a su derecha y, a más del puerto, que sigue estando a doscientos o trescientos metros, el malecón se ofrece igual que siempre tanto a los embates de la mar como a los paseantes, entre los cuales Martín, que –saboreando el calorcito– va una y otra vez hasta Villa del Mar y vuelve hasta el puerto, donde meditativo, pero relajado, contempla los tres barcos de carga más cercanos a la Aduana. En la popa de uno ondea la bandera alemana, en la de otro la panameña, y en el tercero la nueva bandera rusa ésa, a pesar de que en la chimenea –sorprendente– lleva todavía pintada la estrella roja que antes lucían los barcos soviéticos. “Será que están tan pobres que no pueden darse el lujo de quitarla”, se dice Martín. “Cinco o seis marineros picando durante dos o tres días, y luego otros tantos días para repintar. Mucho trabajo y demasiados sueldos para nada. O quizás sea que no quieren borrar del todo la memoria”. Enciende un cigarro, se queda pensando unos segundos y vuelve otra vez hacia Villa del Mar.

Va y vuelve, va y vuelve (“Me viene bien el ejercicio”, se dice). Tranquilo, eso está claro; pero también está claro que no se aguanta ya las ganas de iniciar otro relato, aunque no tiene idea de qué podría tratarse. “Pero, bueno”, se dice desde la flojera en que está gozosamente instalado, ‘se hace camino al andar’, como escribió el mejor de nuestros maestros. Al andar y con el ir pensando en hacer algo”.

Como tantos otros de aquel entonces en el exilio de México, Martín leyó de adolescente a Machado en el precioso volumen de la Editorial Séneca (optimistamente subtulado *Obras completas*), que le regaló su prima Peri y que todavía conserva. La Peri había trabajado de secretaria en la Séneca, y Bergamín –Director y Jefe Supremo de aquello–, que pagaba mal, y casi nunca a tiempo, compensa-

ba a veces aquel fallo, no siempre, regalando libros de la editorial a sus mecanógrafas (que eran tres, una refugiada española, la Peri, y dos mexicanas) y –de paso, ya puesto a regalar– también a sus amigos. Entre los cuales, quiero decir entre los amigos, a más de Emilio Prados, Gil Albert y otros poetas y sabios, estaban José Gaos, el genial García Bacca y aquel teólogo que ahora no me acuerdo bien cómo se llamaba, Gallegos Rocafull, creo, y que acabó teniendo que hacerse cargo del desastre final de la editorial. Todo un mundo de la cultura del exilio, y todo un desastre, que Martín, por supuesto, no vivió directamente pero que –no es tan raro– ahora: está recordando, por ejemplo, una Feria del Libro alrededor del monumento a la Revolución en la que, a los 18 o 19 años compró la edición de los pre-socráticos de García Bacca. “El destierro enseña a vivir y a bastarse”, leyó allí que decía Demócrito, pero entonces no entendía bien lo que quería decir aquello. “No menos habría dicho Machado”. piensa Martín ahora. Y sonríe: “¡Cuántas cosas tan distintas atribuimos a Machado!”.

El mar, la mar, está de un azul asombroso en este mes de enero. “Pero habrá mucho tiburón por ahí dentro”, se dice Martín según decide sentarse un rato en el pretil a contemplar: allá lejos, muy lejos, está la tierra en que nació, y mentiría –se mentiría a sí mismo– si dijera que, al pensarlo, no siente un algo de nostalgia a pesar de que ha vivido, como quien dice, toda su vida lejos de *aquello*. Y a pesar de que, como otros, se ha dado por allí algún paseo después de la muerte de Franco. Pero la cosa esa de la nostalgia –piensa enseguida– no es sino un pequeño dolor del alma, el alma ésa de que tanto hablaba, precisamente, Machado. Alma por aquí, alma por allá... “¿Qué coño es el alma?”. Pero el otro de sus dos libros predilectos de la Séneca, que también le regaló la Peri, es *Poeta en Nueva York*, donde, digan lo que digan, poco hay de dolor del alma. “Bueno, a menos de que todo lo que vive nuestro cuerpo en la His-

toria sea alma”, piensa Martín. “Sepa la bola”. O sea: “*Na-die sabe, na-die supo*”, como decía siempre la misma voz cavernosa al inicio de aquellos programas de radio semanales de... “¡EL MONJE LOCO!”. A lo que seguían historias y crímenes inverosímiles que, sin embargo, nos hacían pensar que –con mala suerte– íbamos a tener sueños espantosos esa noche.

La editorial Séneca y Bergamín: nombres del exilio que Martín nunca olvida, ni olvidará, aunque luego hayan venido sabios investigadores a explicar que la edición de Machado distaba mucho de ser “completa” (¿habrá alguna edición “completa” de la obra de alguien?), que el *Quijote* editado por Millares no tenía nada de original (?), o que aquella edición de *Poeta en Nueva en Nueva York* no correspondía exactamente a la versión del manuscrito original. “¿Y? Es decir, a mí que me importa”, se dice Martín según se levanta y empieza a dirigirse a los arcos del Diligencias para tomarse una cervecita cómodamente sentado según escucha a uno de los tantos tríos que canta lo de siempre (“Yo tenía mi cascabel/con una cinta dorada/ yo tenía mi cascabel...”) y según contempla a las chamacas y chamacos que ya han empezado a flirtear dando vueltas al Zócalo. “¿Manuscrito original? Madre mía. ¿Y eso qué es?” (“Y como era de oropel/se lo di a mi bien amada/se lo di a mi bien amada/ pa que júgara con él”).

Martín, que –en lo posible– está al tanto de unos y otros estudios sobre literatura española del siglo XX, en particular, por supuesto, cuando tienen algo que ver con cosas de aquel exilio nuestro y suyo, sabe bien que hay un investigador literario inglés, de nombre Jack Daniels, quien –aunque inglés– vive en la desolada Escocia, que ha descubierto dónde estaba el manuscrito original de *Poeta en Nueva York* (es decir: quién lo tenía secuestrado), debido a lo cual aquel Bergamín queda, al parecer, como un Señor. Aunque luego –según sabemos– se fuera de México echando injustas pestes contra el país

y sus habitantes. Gesto y palabras de despedida aquellos –piensa Martín– más dignos de un señorito que de un Señor. Eso por no hablar de su entusiasmo por España a su vuelta al Madrid de Franco. ¡Qué horror sus cartas desde Madrid a la pobre María Zambrano, olvidada en Italia tras su difícil vida en Cuba y México, en Morelia, Michoacán! “Deberías venir, porque España sigue siendo España...”, cosas por el estilo le escribía.

Pero parece ser que hay manuscritos y manuscritos, porque ahora resulta que el tal Jack Daniels ha descubierto también que aquel Bergamín, en conjunción con Manuel Altolaguirre –por todos los mayores de Antonio conocido como “Manolito”– escribió una obra de teatro que se representó en Valencia en plena Guerra, a principios de 1937 (del 2 al 17 de febrero, concretamente), cuyo manuscrito (cosas de la Guerra y, suponemos, del desordenado Bergamín) desapareció poco después. Esto –muy divertido y con gran ilusión mítico-histórica– se lo ha contado anoche a Martín por teléfono su compinche Gamarra. Martín se ha reído (“¿Qué chingaos puede importar un manuscrito más o menos?”), y ahora, ya en el tren de vuelta al D. F., al Distrito Federal, va disfrutando del trayecto según piensa en Sonia, quien regresa de la España cañí pasado mañana.

Va en tren porque, salvo cuando iba en camión a la Tres Veces Heroica ciudad de Veracruz para llegar más veloz a la novia aquella de los danzones, los paisajes que se pueden contemplar siguen siendo asombrosos: la subida por las Cumbres de Maltrata, esos abismales barrancos y la vegetación que parece seguir siendo tropical aun en las alturas; el mudo y absolutamente señero volcán Citlaltépetl a lo lejos, siempre con su pico nevado; los llanos ya en el altiplano, con el Popo y el Ixta unas veces a la derecha, otras a la izquierda según el tren, lenta, lentamente se va acercando a la capital dando, quién sabe por qué, vueltas inesperadas... Antonio con-

templa, y piensa, y se adormece, y vuelve a contemplar. ¡Qué lejos parece estar ahora de sí mismo! ¿Alma ya lejos del cuerpo? Porque su cuerpo de ahora parece cada día tener menos que ver con el de aquel chamaco, un crío realmente, al que metieron por primera vez en este tren allá en octubre de 1939. ¿En este tren? También el tren es otro, a pesar de lo cual también va ya para viejo, como Martín. ¡Ay, Sonia, Sonia!

Le ha recibido Gamarra (“¡Qué tal, chaval! ¡Qué morenito vienes, eh!”) y, como tantas otras veces (“¿Hoy es siempre todavía?”), han ido a cenar al Danubio, calle de Uruguay. Asombroso cómo siguen subsistiendo ciertas cosas, ciertos lugares, ciertas costumbres. Mañana por la tarde irán también juntos al aeropuerto a recibir a Sonia. Nada mejor, se dice Martín, y Sonia se va a alegrar al encontrarse a su llegada con los dos inseparables. Pero él ve a Gamarra mal, muy mal, peor que hace una semana. No debería extrañarse: aunque Gamarra es apenas un par de años mayor que él, viene empeorando desde la última vez que volvió a beber sin medida. Por eso, al cabo de un rato, cuando tras sendos whiskis les han traído ya los robalitos a la parrilla, Martín se atreve y dice:

“Te veo como cansado. ¿Has andado de parranda?”.

“Más o menos. Anoche y anteanoche. Culpa de lo de antier por la tarde”.

“¿Qué pasó antier, pues? ¿No ibas a leer tus poemas en la Facultad, entre amigos, como quien dice?”.

“Pues eso. Eso es lo que pasó, mi hermano. Tú sabes de sobra que escribo muy poco, y me encontré una vez más con que entre lo poco bueno que tengo escrito casi todo era antiguo. Viejo, mejor dicho. Incluso poemas de cuando me animaban Rejano y, algo después, el pobre de Luis Rius y, a veces, Tomás Segovia, quien ya por entonces era muy sabio en estas cosas nuestras de los *bertsolaris*,



como creo llamáis los vascos a los poetas. Luego, no sé si te acuerdes, vino por aquí aquel poeta asturiano que ahora parece ser que es Académico de la Lengua, y les dijo que hacían bien en animarme, que algunos de los refugiados más pequeñitos también teníamos talento...”.

“¿Y?”.

“Pues eso, que así como era y es evidente que todo el talento de nuestros mayores había salido de España –según predicaba, como nosotros, el poeta asturiano, buena gente– no todo el talento poético nuevo de los españoles se había quedado allá. Aunque, claro, nosotros ya no éramos españoles de verdad. Como él mismo, o Gil de Biedma, o ese Carlos Barral, que dicen que es tan listo. En fin”.

“Ya, ya. Para nosotros ese rollo es viejo. Pero ¿qué pasó antier, que es lo que ahora importa?”.

“Pasar, pasar, no pasó nada. Estaban los amigos y algunos ilusionados alumnos de Letras y me aplaudieron mucho. Luego nos fuimos varios a cenar y, ya sabes, bebimos y bebí. O sea, lo normal”.

Hace ya un rato que han acabado con el robalo y, como ninguno de los dos pide jamás un postre, han empezado a saborear un whisky, casi en silencio. Hasta que Gamarra, riéndose, dice:

“¿Te acuerdas de lo que te dije por teléfono ayer acerca de un manuscrito perdido de Altolaguirre y Bergamín? Pues entre los que andábamos por ahí había un hispanista inglés sapientísimo, se llama Jack Daniels, o algo así, creo que ya te lo dije por teléfono, quien, hablando y hablando de cosas de la Guerra Civil y de los de la generación del 27, que, quieras que no, siguen siendo nuestros maestros, porque son *nuestros*, no de los de allá, nos dijo que andaba tras la pista del manuscrito de una obra teatral que se estrenó en Valencia en febrero de 1937 y que, por lo visto, ha desaparecido. El manuscrito, quiero decir. Porque Valencia, es de suponer, sigue allí.

A lo que luego añadió que Bergamín le había dicho no sé cuándo, en Madrid o en Fuenterrabía, al lado de tu pueblo, donde andaba con los de ETA, ¡hay que joderse!, que el manuscrito tal vez estuviera en Moscú. En Moscú, Martín, ¡en Moscú! Imagínate. Nos quedamos todos mudos, y yo el que más, porque aunque en los tiempos de aquel manuscrito yo apenas existía y, además, con todo el dolor de mis padres, estaba entonces a punto de que me enviaran para México, como sabes de sobra, y aunque luego yo fui de los pocos que entraron aquí en las llamadas Juventudes Socialistas, o sea, en el PC, donde, como también sabes, me enteré de muchas cosas, el hecho, o dato, me sorprendió precisamente porque me pareció normal. Digo normal, ¡eh! Porque, aunque las cosas que nos contaban en el PC unas eran verdades y otras mentiras, recordando las unas y las otras podía entender que aquel manuscrito que, sin duda, no tiene la menor importancia, fuese a dar a Moscú. Porque, ¡madre mía, Antonio, qué hubiera sido de nosotros sin Moscú! Los aviones, los tanques, los especialistas de todo tipo... Los comisarios y la NKVD... Claro que, con todo y Moscú...”.

“Con todo y Moscú, sí”, dice Martín. “Y míranos”.

Pero ya Gamarra se ha ido acelerando con los whiskis, Martín ha tenido que cortar por lo sano, ha pagado la cuenta y –afectuosamente, pero no sin firmeza–, ha ido poco a poco llevando al poeta hacia su cada día más vieja y casi ya inhabitable pensión. Se han dicho hasta mañana, Martín ha cogido un taxi y, preocupado, ha llegado a su apartamento de la calle de Pánuco. Ya ahí se ha acostado pensando no sólo en lo mal que está Gamarra, sino en que Sonia llega mañana por la tarde. Y, claro, ¡qué remedio!, en el artículo semanal que, terminadas sus vacaciones, tiene que escribir para el periódico. ¡Que se acabó la vacación, Martín!

Pero no pasa nada: por la mañana, lo escribirá en la mañana. Sobre Veracruz, sí. El Veracruz de antes en que las parejas baila-

ban ceremoniosamente danzones en aquella especie de pérgola de Villa del Mar.

*“Y, ahora, señoras y señores –decía el director de la orquesta–, ahora Nereidas, danzón que dedicamos a todos ustedes y a mi compadre Abundio, el de Tlacotalpan. ¡Agua, compadre! ¡Y baila, nené!”.*

Por la mañana Martín se levanta tarde, se hace su juguito y su café, y en algo menos de tres horas –algunos dirán que es mucho– escribe el artículo. No sobre cuánto ha cambiado Veracruz, sino sobre cómo lo recuerda de sus años jóvenes. Eso tendrá lectores, está seguro, porque ¿quién en este Distrito Federal no tiene la nostalgia de Veracruz? En aquel entonces, los más finolis y pudientes iban a Acapulco (ahora todo dios va a Cancún), pero lo bueno, la papa, lo verdaderamente nacional era el puerto jarocho. ¡Los soportales alrededor del Zócalo; la playita de Villa del Mar, con aquel espacio de agua acotado para los nadadores por una barrera de maderos que impedía el paso a los tiburones; Mocambo, con su playa inmensa y aquel hotel, único de lujo en toda la ciudad, elevándose altivo y casi mítico sobre la playa! Y Boca del Río –¡ay, Boca del Río!–, cuatro chozas y, para comer, guachinangos y robalos frescos, fresquísimos, recién sacados de la mar del Golfo...

Termina Martín el artículo recordando, cómo no, a Toña la Negra, según él inolvidable para todos, y se va a comer algo al Sanborn's de Reforma abajo, el que está frente a lo que solía ser la entrada a Chapultepec con sus leones y su verja. Lamenta por dos breves segundos el paso del Tiempo, se come unas enchiladas verdes, vuelve pronto a su apartamento, se echa una siesta y, tras pensar un rato en cosas diversas, llama a Gamarra y se ponen de acuerdo para ir al aeropuerto a recibir a Sonia.

Sonia, como es natural, llega muy cansada. Pero algo quiere hablar con su amor y con Gamarra, el cada día más desarbolado cuate del alma de Martín. Que Madrid, sin duda, es un jolgorio –les dice–, pero que seguro que no tiene nada que ver con aquel Madrid en el que Agustín Lara imaginaba a su María Félix fiesteando entre franquistas en “Chicote”. Tampoco con las zarzuelas y el chotís, aunque más tenga que ver con eso que con Agustín Lara: las gentes de extra-radio invadiendo la Gran Vía los fines de semana y, aunque a su manera de hoy, hablando todavía como aquel amigo vuestro del colegio de quién ustedes se acuerdan a veces, aquel que era de Lavapiés.

“¿Cómo se llamaba, Martín? Me lo has dicho muchas veces, pero se me escapa”.

“Meseguer. Se llamaba Meseguer. Y era el tipo más simpático del colegio”.

“Pues mucha gente así como él, o como yo me lo imagino por lo que me cuentas. Pero todos con un aparente bienestar y un casi enloquecido consumismo. Y mucho, mucho discutir. Lo mismo los intelectuales que los obreros de la Telefónica que, en plena Gran Vía, alrededor de un agujerote y rodeados de transeúntes, alegan y alegan sobre qué cables están todavía buenos y cuáles hay que cambiar. ¡Que relajos arman! Y la gente contemplando y escuchando divertidísima a su alrededor. Y hasta dando su opinión. ¿Saben que es verdad eso de que los españoles son metiches y alegadores? Y cómo gritan, ¡madre mía! Por comparación, ustedes dos son más mexicanos que el mole”.

“Bueno”, dice Gamarra, sonriendo ante la revelación del Mediterráneo que ha descubierto Sonia, “el mole, a fin de cuentas, fue invento de unas monjas españolas de Puebla”.

Sonia se ríe y, ya tras el largo trayecto en el taxi, ella y Martín dejan a Gamarra en una esquina del centro y siguen en el mismo

taxi hasta Pánuco, al apartamento de Martín. Ya arriba, se dan unos besos y, sin más, se acuestan a dormir.

Por la mañana Sonia anuncia que no piensa ir a trabajar y Martín aprovecha para abrazarla. Hacen el amor despacio, sin prisas. Cuando acaban, Sonia se duerme y Martín se levanta, se ducha, se hace su café y su jugo y, sin más, sale cerrando la puerta suavemente.

Va a pasar por el periódico a entregar el artículo y a cobrar, y desde ahí llamará a Gamarra para seguir hablando de la historia ésa del manuscrito que perdió el casi mítico Bergamín. (“Bueno, el que dizque perdió en Valencia en 1937, porque vaya uno a saber cuántos otros manuscritos perdió o se perdieron ya aquí, en aquella –según todos– desmadrada Editorial Séneca”). La traducción que tiene comprometida del libro de cuentos de Doctorow (su escritor americano predilecto en estos años), *Lives of the Poets*, puede esperar: es un libro que a Martín le gusta (y, por lo general, sólo traduce ya lo que le gusta: privilegio adquirido con los años), pero que ni siquiera en los Estados Unidos ha tenido mucho éxito, y quién sabe por qué se les ha ocurrido traducirlo aquí y ahora. “Aquí y ahora, sí; dicen que siempre vivimos en el aquí y el ahora. Pero, ¿y el pasado? Sin él no estaríamos ni aquí ni ahora, dijeran lo que dijeran en su día Sartre y compañía. Si es que algo dijeron sobre el asunto”.

Martín ahuyenta las nieblas que quieren invadirle y se dirige a una de las secretarías, joven, morenilla y con ojos casi negros, como los que, según el mito, tienen todas las tapatías.

“¿Me permite su teléfono, señorita?”, pregunta.

“¡Como no, maestro”, le contesta ella.

Martín llama a Gamarra, se citan en un café de chinos de la calle López y, dando las gracias a la secretaria, Martín baja las escaleras y sale a la Reforma, cruza Bucareli y sube por Juárez.

Ya en el chino y frente a sendos cafés con leche y unos bisquets con mantequilla, Gamarra pregunta que qué se trae Martín buscándole a media mañana de un día cualquiera. Ocurre de vez en cuando, por supuesto, pero de todos modos...

“Bueno, ya me conoces. Oigo que alguien cuenta algo, se me ocurre que tal vez haya ahí una historia que me valdría la pena escribir y...”.

“Ya. Y te pones a darle vueltas aunque no tengas ni chingada idea de a dónde va a ir a parar la carretera en la que te has metido, o estás a punto de meterte”.

“Exactamente, viejo. Y lo que me decías del manuscrito de aquella obra teatral de Bergamín y Altolaguirre...”.

“Ya. Lo veía venir, chaval. ¡Que te conozco, mosco!”.

“Pues eso. Y que me gustaría saber si por alguna casualidad sabes de verdad algo de aquella historia”.

“Saber, saber, no sé nada. Es lo que le dije al inglés ése que vive en Escocia. Pero oía cosas en aquella mi tierna edad de poeta y comunista principiante. Tú andabas por ahí estudiando algo en el Luis Vives y enamorando a aquella chamaca de Veracruz, Anamari Grau, ¿no?, mientras que yo empezaba a escribir poesía y, al salir cada día del Vives, me iba a la JSU. Allí leíamos el *Manifiesto comunista* y nos hablaban de la guerrilla del Partido, cada vez –nos decían– más fuerte en aquella España que nosotros, los chamacos, no teníamos ni chingada idea de cómo o qué era. Pero... ¡carajo, si ya te lo he dicho mil veces! Te he dicho mil veces que Rejano, que era allí el capitoste cultural, me animaba, leía mis poemas (“Yo nací en una tierra de muy lejos/ y apenas si recuerdo los nombres/ de las gentes que tanto me querían...”) y hablaba mucho conmigo. Y, créeme, me contaba cosas. Quizás porque pensaba que yo no entendía nada. O quizá al revés, porque tal vez pensaba que algo podía yo entender, y que algunas de las cosas que me contaba te-

nían que pasar a la Historia. A nuestra Historia, que es la de ellos injerta en nosotros, como quien dice”.

Martín calla. ¿Hace cuántos años que conoce a Gamarra? Desde que los dos tenían, más o menos, quince años. Podría, pues, decirse que toda una vida, realmente. Y su cuate siempre le ha hablado de frente; pero ahora están saliendo a relucir cosas que, en verdad, Martín no recordaba haber oído y no esperaba oír. ¿Un chamaco refugiado de entonces que creía ir para poeta en relación directa con Juan Rejano hasta el grado de –tal vez– saber cosas que otros no saben?

“Creo que no puede dudarse”, sigue Gamarra, “que Rejano fue siempre un comunista fiel a las consignas del Partido. Disciplinado, como debe ser”.

“Como tú”, dice Martín, y sonrío.

“Pues, sí, como yo. Aunque te rías. Y aunque los tiempos sean ya muy otros después de Krushev, y luego del tonto de Gorbachov, ¡pendejo! No te olvides nunca de Stalingrado, que ahí se ganó la guerra, digan lo que digan los gringos. Y no interrumpas”.

“Prometido. Y usted perdone”.

“Bueno. Pues a lo que iba. A pesar de eso y de que Rejano era cordobés, como yo, aunque él de Puente Genil, por más señas, apuesto a que no te acordabas...”.

“Pues, no. La verdad, no”.

“Bien. Repito: a lo que iba. Pues a pesar de eso, que si los cordobeses somos muy serios, y tal, Rejano tenía su no poco de escepticismo y de socarronería, lo que seguramente se le acentuó en Málaga, cuando conoció a Prados y a Altolaguirre, de quienes sabrás que fue buen amigo, allí y luego aquí. ¿Lo sabías?”.

“Más o menos”.

“Bien. Me alegro. Como sabrás también que, aunque de vez en cuando escribía algún poemilla, lo que Rejano era en España, y

sobre todo durante la Guerra, lo que era es periodista. Y aparte de visitar los frentes y tal, andaba en todos los actos culturales de la República. El Congreso aquel de antifascistas de Valencia, por ejemplo. Cuando Stephen Spender, todo un poeta inglés, nada menos, dijo aquello de que en la lucha contra el fascismo y la barbarie los españoles tenían el honor de representar el centro geográfico de la lucha, de estar en el centro de la civilización. Casi nada...”.

Martín escucha no sólo con el afecto y respeto de la amistad, sino con la admiración que siempre le ha producido la excelente memoria de su cuate del alma. Y en esa memoria, lo mucho que, por debajo de su poesía, sabe de la cosa política. ¿Cómo es posible que quien llegó aquí, a Morelia, de unos once años; quien, además, decidió desde bastante joven que era poeta, sepa tantas cosas como Martín ha descubierto en él desde hace años? Curiosidad natural, desde luego; pero también, sin duda, enseñanzas adquiridas con la disciplina de partido. ¿Por qué no escribe de *eso* en vez de insistir en cortejar a una Musa que ya no le hace caso? Y, casi ensimismado, Gamarra sigue.

“Y, por supuesto, Rejano tenía contactos con gente de la NKVD. Entre otros con aquel Carlos Contreras, quien según dicen todos, y creo que no hay por qué dudarlo, en realidad se llamaba Vittorio Vidali. Aunque en mi opinión importa muy poco cómo se llamara ya que, como preguntaba Shakespeare, ¿qué es lo que encierra un nombre?”.

“*What's in a name?*”, dice Martín, el traductor.

“Eso”.

Han pasado varios días, Sonia vuelve a estar ocupadísima y Martín ha decidido empezar la traducción del libro de Doctorow. El primer cuento se titula “El escritor de la familia”, y empieza así:



*En 1955 murió mi padre cuando, en un hospicio, aún vivía su anciana madre. La viejita tenía noventa años y ni siquiera había sabido que su hijo estaba enfermo. Pensando que la noticia podía matarla, mis tías le dijeron que mi padre se había ido a vivir a Arizona por lo de su bronquitis*

Martín se detiene, lo piensa un poco, deja la traducción y pasa al Internet. Encuentra enseguida lo que buscaba: la NKVD, sustituyendo al GPU, se fundó en 1934 y fue –ya se sabe– el gran instrumento represivo de Stalin. Acusados de un complot supuestamente dirigido por Trotsky para asesinar a Stalin, fueron arrestados enseguida Kamenev, Zinoviev, Smimov y otros trece. Los fusilaron a todos el 25 de agosto de 1936. “Al mes de iniciada nuestra Guerra”, piensa Martín. “Pero –se dice– todavía entonces lo de Moscú ha de haber parecido a nuestros mayores que les caía muy lejos. Bastante tenían con lo suyo”.

Lee enseguida que en 1954 la NKVD cedió su lugar a la KGB. “Pero eso ya no tiene que ver directamente con Nosotros. Eso es la Guerra Fría, y enfrente estaba ya claramente Estados Unidos con su CIA, y liquidando toda posibilidad de gobiernos comunistas en Italia, en Francia... Y pactando con Franco. Otra historia. Bueno: también es historia nuestra, y decisiva. Pero no viene aquí al caso”.

Martín se levanta. Despacito, sin prisas, se hace un café, y ya con la taza en la mano se acerca a la ventana. Es verdad que, como bien dice Sonia, la calle de Pánuco se ha deteriorado bastante. A veces se nota hasta de un día para otro. Pero la farmacia y la panadería de siempre siguen estando donde han estado por años y años. Es lo que pasa en estas colonias más o menos céntricas (Colonia Cuahutémoc, Colonia Juárez, Colonia Santa María...), que si cada una en su día estuvieron en la vanguardia de una nueva y creciente clase media, se quedaron allí y ahora no acaban de llegar al presente. O, mejor: ya llegaron al presente. aquí y ahora, sólo que muy

destartaladas. Pero la idea es ya tan vieja para Martín que se diría que ni la piensa. Muy especialmente ahora, cuando en lo que está pensando es en que lo mejor será hacer unas notas con lo que le ha contado Gamarra. O con lo que se le ocurra deducir de lo contado hasta ahora por Gamarra.

Lleva la taza a la cocina, vuelve a sentarse a la mesa, aparta la computadora y, en su nuevo cuaderno de notas, empieza a escribir con la estilográfica que hace ya tiempo le regaló Sonia.

*Algunos decían que Rejano tenía una relación especial con un tipo que, según todos decían, era de la NKVD, y que andaba por ahí (incluso en algún frente) con un nombre falso, Alberto Chao. Parece ser que Rejano le conocía de antes de la Guerra, seguramente de sus tiempos de Málaga. Pero había quienes decían que de Chao, nada, que en realidad el tipo aquel se llamaba Alberto Gálvez, y que era hijo bastardo de aquél —en su día— famoso Pedro Luis Gálvez, malagueño, mal poeta, borrachín, sablista, mujeriego y anarquista que acabó siendo fusilado por Franco, a pesar de que al principio de la Guerra salvó de la “barbarie roja” a Ricardo León y a aquel futbolista reaccionario, Ricardo Zamora, portero dicen que asombroso. De ser así, cabría pensar que Bergamín, señorito madrileño como él y, como él, de origen malagueño, así como, al igual que Chao o Gálvez, visitante asiduo de la Málaga de la revista Litoral, la revista de Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, le ha de haber conocido bien. Sólo que, teológico y elitista como era Bergamín, no le ha de haber tenido ninguna simpatía.*

“¿Y?”, se dice Martín, dejando la estilográfica. “¿Qué puede tener todo eso que ver con el asunto? Salvo que, claro, estamos hablando

de un manuscrito que perdieron Altolaquíre y Bergamín y que dizque está en Moscú”.

Lo deja por ahora, cierra el cuaderno y la Mont Blanc, sale a la calle y, dando un agradable paseo (“¡Qué clima el de esta Altiplanicie, madre mía! La eterna primavera, sí”), llega al Instituto Nacional de Anropología e Historia, donde va a almorzar con Sonia quien, como casi siempre, le recibe sonriente.

“¿Qué pasó, mi viejo? ¿Cómo te ha ido en esta normal y hermosa mañana?”.

“Bien. Nada. Sin novedad. Acabo de salir de casa”.

“Dándole las primeras vueltas a esa historia que te cuenta Gamarra, supongo”, dice Sonia.

“Pues, sí. ¿Y tú?”.

“También nada. Lo de siempre, ya sabes. Aunque acaba de aparecer por aquí una chamaca listísima que dice que es nieta de un tal doctor Barnés, aquel que fue el médico que recibió al *Sinaia* en Veracruz, y de una que fue secretaria de la Editorial Séneca, una tal Peri...”.

“¡No me digas!”, interrumpe Martín. “¿Y te ha dicho algo?”.

“Pero, ¿de qué, Martín? ¿De qué me va a decir algo, si es una chamaquita que, según dice, lo único que le interesa en el mundo son los indios pre-hispánicos y, entre ellos, más los chichimecas que los mayas?”.

“Es verdad, es verdad. ¿Qué te va a decir? Pero ya sabes que cuando me entra una obsesión creo que voy a encontrar pistas por todas partes. Bergamín, la Séneca...”.

“¡Ay, Martín, Martín!”.

Se despeden con un beso y Martín, paseando de nuevo lentamente, vuelve a su apartamento de Pánuco.

Lo que, sin ninguna certeza, le ha más o menos contado Gamarra seguiría más o menos así:

*Pero la historia de aquel Alberto Chao, o Gálvez, amigo o –tal vez– sólo conocido de Rejano, no es tan clara como podría resultar de saberse si era, o no, hijo de Pedro Luis Gálvez. La última vez que el luego poeta y entonces periodista le vió en España, el tal Chao estaba a punto de embarcarse en el Tramontana, un pequeño carguero que iba y venía de Valencia y Alicante a la URSS, a Odessa. El barco aquel solía ir de vacío para volver con armas, a veces también con algunos alimentos. La tripulación era casi toda vasca (los mismos que tripularon luego el Vita), y no les cogieron nunca, ni el Deutschland ni los inútiles barcos de Mussolini.*

“Según Rejano” –había seguido Gamarra con su historia– “él no le dió mucha importancia a aquella desaparición. Creía saber que no era la primera vez que aquel conocido suyo viajaba a la URSS. Además, la Guerra iba cada vez peor y el Gobierno se había marchado a Barcelona y, con él, no sólo Machado, sino María Zambrano y Sánchez Barbudo y Emilio Prados con su revista, *Hora de España*. Mucho movimiento. Y mucho mal presentimiento con respecto a la Guerra. ‘Y, ya sabes...’, me decía Rejano. Sólo que yo, la verdad, no sabía nada, ¿cómo iba a saber si era entonces un escuincle y, además, para entonces ya estaba yo en Morelia? A la gente mayor a veces se le va el coco”.

“Bien que lo sabemos ahora, mi cuate”, dice Martín.

“Ya. Pero, bueno, el caso es que me contaba que en aquellos desplazamientos anteriores a la desbandada, unos iban y otros venían. Además, había aquellos rumores de que su amigo o conocido trabajaba para la NKVD. Lo cual, me explicaba Rejano, a pocos les parecía mal. ‘Acuérdate de la que nos armó el POUM’, me decía. ¡Y yo qué chingaos me iba a acordar del PUM ni del PAM si para enton-

ces estaba ya en Morelia! Una cosa es que luego haya estudiado un poco el asunto y muy otra cosa es que me acuerde. O que me acordara entonces”.

“Pero, ¿qué carajos tiene todo eso que ver con el manuscrito perdido en Valencia?”, pregunta Martín.

“¡Imaginación, chaval! Usa tu imaginación. ¿No era amigo de Altolaguirre aquel Chao, o Gálvez que, por lo que se sospechaba, era de la NKVD y se fue a la URSS?”.

“Bueno, bien. ¿Y?”, dice Martín.

“¿Y no llevaba siempre para allá, según suponía Rejano, documentos y otras cosas? Pero no el oro, ¡eh! Según Rejano, Chao-Gálvez no tuvo nada que ver con lo del oro aquel que dizque se quedaron los soviéticos como cobro por todo lo que nos habían mandado durante la Guerra”.

“¿Y eso cómo lo sabía tu periodista-poeta-comisario cultural? Porque según Prieto...”.

“Mira, Martín, no friegues con Prieto, que decía cualquier cosa por reventar a Negrín. ¡Yo qué voy a saber cómo lo sabía! Yo te estoy contando cosas que un lejano día me contaron. En mi adolescencia, mano. Fíjate, ¡en mi adolescencia! Que es ya tan fábula de fuentes, como la niñez aquella de que escribió Guillén”.

“O sea —dice Martín—, que con tu excelente memoria de tu ignorancia de entonces me estás sugiriendo que tal vez fue aquel Chao-Gálvez quien se llevó el manuscrito que, según el inglés Jack Daniels, tiene que estar en Moscú, según le dijo un día Bergamín, no se sabe si en “La Bola” de Madrid o en una tasca de Fuenterrabía. Son muchos segunes”.

“Bueno, el fulano aquel, el Chao o Gálvez aquel era amigo de Altolaguirre, quien, según dicen, era tan desordenado como dicen que era desordenado Bergamín...”.

“Ya”, contesta Martín. “Pero qué se me hace que en todo eso no hay historia que contar. Porque todo se reduce a según más o menos bien recuerdas que dicen que decían. ¡Y yo que pensaba titular mi relato *Manuscrito perdido en Valencia!*”.

“Ni modo, chaval. Pero a lo mejor resulta que la historia a contar está en otro lado, en la vida y milagros de aquel Chao, o Gálvez. Porque Rejano me habló varias veces de aquel tipo, y siempre como sorprendido. Y no sin un algo de admiración”.

Martín se siente frustradísimo, pero se niega a dejar las posibilidades apenas entrevistas de un nuevo relato. Hace, sin embargo, un esfuerzo y, mientras espera a Sonia para ir a cenar a casa de los Gámez, decide entrarle un rato a la traducción del libro de Doctorow. Los de la editorial están –ahora sí– empezando a apurarlo un algo y, a fin de cuentas, hay que ganarse los frijoles. Apenas ha llegado a la carta que, por indicación de sus tías, el hijo del muerto escribe a su abuela a nombre de su padre para que la anciana siga tranquila su ya corto trayecto hacia la muerte.

*“Querida madre”, escribí. “Arizona es una hermosura. El sol brilla todo el día y el aire es cálido y me siento mejor de lo que me he sentido desde hace mucho tiempo...”.*

Pero, en esto, entra Sonia con aire de cansada y –no son cosas necesariamente contrarias– con aire de enfado.

“¿Qué pasó, mi viejo? ¿Cómo vas?”, dice.

“Aquí, no más. Pero te noto medio enfurecida. ¿Pasa algo?”

“Lo que pasa ya pasó”.

“¿Qué fue?”.

“Pues que, con perdón, un pendejo nuevo burócrata del Instituto me preguntó a la cara, así, a la cara, que por qué había dejado mis

primeros estudios sobre familias del porfiriato para dedicarme a cosas de refugiados españoles y que qué importancia podía tener el que Somolinos y otros refugiados españoles hubiesen estudiado cuestiones de medicina pre-hispánica. ¡Imagínate! ¡Decirme eso a mí!”.

“Nada, bonita. Tú, ni caso”, le dice Martín, acostumbrado a esas y a muchas otras cosas por el estilo. “Tranquilízate, date un regaderazo y ponte todavía más guapa que de costumbre para la cena de los Gámez. Va también, Gamarra, por supuesto”.

Ana María les ha preparado un exquisito pollo al ajillo que, acompañado de un blanco del Penedés, les ha sentado a todos muy bien aunque, la verdad, Gámez ha estado bastante pesado contando, de muy mal humor, las chingaderas que un par de fulanos del PRI le están queriendo hacer para quitarle uno de sus negocios. ¡Y nada menos que el más antiguo y sólido de sus negocios, el de las refacciones! Aunque lo cierto es —ha seguido diciendo— que él se pasa a esos fulanos por salva sea la parte ya que, para apoyos políticos, los suyos. Lo que no quita que el asunto le haga perder tiempo y, ya se sabe —como dicen que dicen los ingleses—, el tiempo es oro. Etcétera, etcétera.

Gamarra, ya sabemos, es amigo de Gámez desde Morelia y, por Gamarra, hace años que Gámez es también amigo de Martín. Antes, el poeta y el narrador hablaban a menudo con Gámez de cosas de literatura, pero hace ya su tiempo que el hombre de empresa vive realmente en otro mundo. Es decir: en lo que él llamaría el mundo de la realidad. Pero no importa. Los tres se quieren bien (el empresario tolera amistosamente a los literatos, éstos toleran al millonario) y, mientras Sonia platicaba con Ana María en voz más o menos baja, Gamarra y Martín han escuchado —más o menos— las quejas de su amigo el capitalista. Hasta que, como nadie quiere postre (ni fresas, ni natillas) pasan a la sala, donde Gámez, como es hace

tiempo costumbre, sirve whiskis –nada menos que escocés de malta– para los hombres y para Sonia, y un toquecito de *Baily's* para Ana María.

Ya relajados, y recordando costumbres de otros tiempos, no tan lejanos, Gámez le pregunta a Sonia que cómo van sus estudios de la medicina pre-hispánica, a Gamarra si ha escrito nuevos poemas, y a Martín que en qué anda metido en estos días.

Sonia y Gamarra –sobradamente sabedores de que, en verdad, sus cosas le caen ya muy lejos a Gámez– han sido amables en sus respuestas, pero lacónicos. No así Martín, quien –porque a veces parece un obseso, quién lo diría, con ese aire de tranquilo que tiene– empieza a contar que, aparte de que ha empezado una traducción, de un libro de cuentos, interesante, por cierto, anda buscando un relato que tendría que ver con la pérdida en 1937 de un manuscrito de Altolaquirre y Bergamín, y que...

“Pues, que no sé qué, chico” añade. “Porque es que no me sé la historia”, concluye.

“Pero, oye, vamos a ver: ¿qué buscas, el manuscrito o el relato?”, pregunta el realista Gámez que, inteligente como ha sido siempre, duro hombre de negocios y, en su día, aficionado a la literatura, es radicalmente capaz de precisar, o de exigir precisión: dónde estamos, a dónde queremos ir, cómo vamos allá...

“Eso es lo que yo quisiera saber”, le contesta Martín. “Aunque buscar un manuscrito perdido y buscar un relato pueden ser una y la misma cosa”.

“¡Ay, Martín!” dice Gámez. “Eres un inútil, con perdón, Sonia”.

“Perdonado, caballero”, dice Sonia, sonriente.

“Aunque”, añade ahora el empresario ex-niño de Morelia, “aunque, la verdad, me gustó mucho tu artículo del otro día sobre Veracruz. Trópico cálido y bello, y todo eso, con lo de los soporales en dos lados del Zocalo. Era bonito Veracruz. A veces íba-



mos en pandilla... ¿Cómo era aquello de ‘ya lo dijo el Santo Papa’?”.

Y Gamarra el memorioso recuerda la copla que no puede creer que alguien haya olvidado:

*Ya lo dijo el Santo Papa,  
y lo dijo a voz en cuello:  
¡Chingue a su madre Jalapa,  
sólo Veracruz es bello!*

Pero para entonces ya Gamarra se ha tomado dos whiskis más que los otros, y es cuando Sonia dice que tenemos que irnos, Martín, que mañana todos tenemos mucho que hacer...

“Anda, Gamarra”, añade. “Vámonos, viejo”.

Se despiden, y en el Volkswagen de Sonia, casi ya pieza de museo, ella y Martín dejan a Gamarra en el Centro y vuelven a la calle del Pánuco. Que es cuando Sonia decide decir dos cosas.

“¡Ay, Martín, Martín! Que se me hace que tiene razón Gámez. No en lo de que eres un inútil, desde luego. Pero sí en lo de que no sabes si buscas el famoso manuscrito o un relato. Claro que, como tú le dijiste, puede pensarse que las dos cosas podrían ser una y la misma cosa. O sea, que en realidad no le hace. Porque lo que importa, Martín, lo malo no es eso. Lo malo es que veo a Gamarra muy mal. Que se me hace que si no se cuida se nos puede morir cualquier día de estos”.

“Así es, bonita. Tienes razón en todo. Gamarra se nos va a morir, y yo ni sé lo que busco. Pero a estas alturas de la vida da igual, ¿qué no? Digo: no saber lo que uno busca. Porque lo de morir ya es otra cosa. Aunque a estas alturas de la vida también habría de dar igual”.

“¡Martín, Martín! No hables así”.

Se abrazan, se acuestan, y entran al primer sueño todavía bien abrazados.

Pero la historia de aquel Gálvez, o Chao, no acaba con su desaparición, cuando, según es de sospechar, salió de Valencia para Odessa en el *Tramontana*. Parece ser que un día de 1942 en que el poeta y periodista de Puente Genil salía a la calle Colón del edificio de *El Nacional*, el periódico en que trabajaba por entonces, se encontró de frente y para gran sorpresa suya con su antiguo amigo. O conocido, para el caso da lo mismo.

“Sabes de sobra”, le está diciendo ahora en un banco de la Reforma Gamarra a Martín para explicarle aquello, “que nuestros mayores se conocían todos. ¿Cuántos llegamos aquí en dos o tres años? ¿Veinte mil? O sea, apenas como un pueblo grande, aunque luego seríamos ya como cuarenta mil. Además, se suponía que aquel Chao, o Gálvez, era del Partido, donde todo dios se conocía. Y de ahí la sorpresa porque nadie, absolutamente nadie en el Partido había sabido que el tipo estaba en México. ¡Con lo que era el control del Partido! Pero no sólo eso, sino que, además, el fulano aquel aparecía en plena guerra mundial, incluso con los gringos ya metidos en ella hasta las cachas y, dime, ¿cómo alguien que se había ido a la URSS casi al final de nuestra Guerra podía reaparecer entonces en México? La URSS invadida, mares y océanos llenos de submarinos alemanes, como el que hundió al *Potrero del Llano*, por ejemplo, y el tipo aquel se aparece tan tranquilo al borde de la Alameda, justo donde empieza la calle Colón? Claro que Max Aub y otros habían ido llegando en 1941 y 1942, pero de África, o de Santo Domingo, y no era lo mismo. ¿Te imaginas la sorpresa de Rejano?”.

“Claro que me imagino”.

“Porque ten en cuenta”, sigue Gamarra, “que los tiempos eran muy otros que cuando en 1929, poco antes del asesinato de Julio

Antonio Mella, apareció por México Vittorio Vidali, también de la NKVD. O cuando después de nuestra Guerra reaparece aquí en 1939, llamándose Carlos Contreras y haciéndose pasar por refugiado español. O cuando lo de la mismísima Tina Modotti, la fotógrafa gringa aquella que era compañera de Mella y que iba junto a él cuando le asesinaron, que luego se fue a España, a nuestra Guerra, y volvió aquí en 1939 llamándose Carmen Ruiz Sánchez, y que hay quien dice que también era de la NKVD. Tiempos muy otros que los de la segunda guerra mundial. Por muy vigilados que aquellos político-espías estuvieran, no sólo los mares estaban libres para ir y venir, sino que el Vidali y la Modotti hasta estuvieron incluso en los Estados Unidos, nada menos que en casa de Earl Browder, el Secretario General del PCUSA, de cuya mujer, Irene, creo que se llamaba Irene, también se decía que era de la NKVD. Otro mundo el de 1942, Martín. Digo, por comparación con los años veinte y el final de nuestra Guerra. Otro mundo. Aunque nuestros mayores nunca distinguieran entre 1936–1939 y 1939–1945”.

Asombrado, como siempre, por las cosas detalladas que sabe su cuate, Martín no dice nada. Se reclina hacia adelante en su silla y sigue escuchando.

“Pero el tal Chao, o Gálvez, da igual –sigue Gamarra–, como parece lógico, no explicaba nada. En vez, lo que le decía a Rejano es que así como el cordobés se dedicaba ahora intensamente a la poesía, él escribía cosas de teatro (“Nada, tonterías basadas en recuerdos. Ya te imaginarás”). Pero que, aparte del cine, que era en el fondo su verdadera pasión, siempre le había gustado el teatro más que nada. Aquél Altolaguirre de sus visitas a Málaga no sabía nada de teatro –le decía a Rejano–, así es que con Manolito y con Prados él trataba de hablar de poesía. ‘Pero, chico –decía–, la poesía siempre me ha parecido eso: poesía. Dicho sea sin querer ofender, ahora que a más de periodista eres poeta’. Y me contó Rejano que pasa-

ron a Juárez, atravesaron Bucareli, y dieron los dos un paseo por la Reforma, por la que, junto a enamorados novios, los refugiados iban y venían hablando siempre de cosas de España. Que si Prieto o que si Negrín; que si tu pueblo o que si mi pueblo; que si hubiéramos atacado Zaragoza con algo más de disciplina cuando ellos atacaban a los vascos...”.

“Luego –según había sabido Rejano– resultó que el fulano aquel se lió aquí con una comunista norteamericana que ayudaba a los refugiados, y que tuvo con ella una hija. Una “hija natural”, como se decía legalmente en México. Es decir, sin haberse casado con la americana. ¿Como su padre con su madre? Pero a los pocos meses del nacimiento de la niña el misterioso personaje volvió a desaparecer. Abandonando a la gringa y a su niña, por supuesto. Es decir, que nadie volvió a verle”.

Quien esto escribe ha confirmado esta parte de la historia por dos vías. La primera, porque ha conocido a aquella “hija natural” e, incluso, ha visto el acta de nacimiento de la pobre americana perdida entre la presencia dolorosa de una madre comunista perseguida luego por el macartismo a su vuelta a los Estados Unidos y la ausencia de un padre cuyo nombre verdadero ni siquiera conoce. El acta de nacimiento dice que el padre se apellidaba Chao, pero tanto ella como quien esto escribe sospechan que ése podía ser uno de sus varios nombres.

“¿Cómo saber nada de aquellos misteriosos comunistas (*mysterious communists*) de entonces?”, me decía la pobre norteamericana. “Mi madre, por ejemplo, que me traía y me llevaba de un pueblo a otro, huyendo de yo no sabía qué... Hasta estuvimos por un tiempo en Francia, muriéndonos de hambre. Y me repetía constantemente que yo claro que tenía un padre, pero que había tenido que desaparecer, y que ya volvería. Y a todas horas diciéndome que

no hablara con nadie, que nunca dijera nada de nada a nadie. ¿Qué iba yo a decir de qué? ¡Si no sabía nada! Ni siquiera sé quien soy”.

La otra vía es, si cabe, más extraña. Me contó un día Emilio Prados que, paseando, como era su costumbre, por Chapultepec en la primavera 1942 (pero, ¡ojo!, Prados nunca estaba del todo seguro de las fechas de su vida) se topó una mañana con un tal Alberto Chao, a quien había conocido algo en Málaga y luego en Valencia, pero que después, en Barcelona, ya no estaba, y que, a su saber, no había llegado a México con todos los demás. Era –trataba de precisar Emilio– por ahí de junio de 1942 y acababan de empezar tímidamente las cotidianas lluvias del verano, por lo que a él le estaba entrando una cierta prisa por volver a su apartamento. Pero tras hablar tontamente de eso, de si iría a llover o no, el otro le preguntó de repente que cómo estaba Manolito. Emilio no salía de su sorpresa. “¡Pero si Manolito está en Cuba! Eso lo sabemos todos”, me contaba que le dijo. Y lo único que se le ocurrió decir al otro fue que qué pena, porque tenía unos papeles –un manuscrito, vamos– que tal vez a Manolito le interesaría recuperar.

De repente, a Emilio, a quien alguien un día le trajo a México su manuscrito de *Destino fiel*, perdido no sabía si en Barcelona o en Banyuls, aquel extraño encuentro le empezó a parecer ahora normal. Unos manuscritos van, otros vienen... Y cuando el otro le dijo que el manuscrito estaba, como quien dice, firmado por Manolito y por Bergamín, Prados sugirió que, puesto que Manolito no estaba en México, por que no se pasaba por la editorial Séneca y se lo decía al mismísimo Pepe.

“Quien, ten en cuenta”, añadió Emilio, “ha perdido y encontrado varios manuscritos en su vida. El de *Poeta en Nueva York*, por ejemplo, que acabamos de publicar”.

“Yo, a Bergamín no le quiero nada”, dijo el tal Chao. “Su padre, cuando mandaba de ministro, le hizo la vida amarga a mi padre. Y

tampoco sé nada de ese poeta en Nueva York”, añadió como para rematar.

Empezaron a caer las primeras gotas de la lluvia veraniega, a lo lejos se oían algunos truenos, y Emilio quien, como se sabe, era un tanto supersticioso, salió casi corriendo de aquel extraño encuentro. “¿De dónde ha salido éste?”, se iba diciendo. “¿Por qué solía ir tanto a Málaga? ¿Será verdad lo de que es hijo del loco aquél de Gálvez? ¿Y que era de la NKVD, o como se llame eso del espionaje soviético?”.

Algo más tarde, ya casi seco de lo que se había empapado entre los Leones de Chapultepec y su casa, llamó a Rejano para comentar aquel encuentro.

“Sí”, le dijo Rejano. “También yo me lo encontré el otro día, al borde de la Alameda. Pero en el Partido no se sabe nada de él. En cambio, hablando ayer con Benlliure me dijo que, para sorpresa suya, le había visto varias veces. ‘Pero, ¿cuándo coño ha venido aquí?’, le pregunté a Mariano. Mariano, ya sabes cómo es, siempre cortés y discreto, me dijo que –aunque con otras palabras y dejando claro que él no se metía en la vida de nadie– eso mismo le había preguntado a Gálvez, o Chao, da igual, y que lo único que había sacado en claro era que... ‘Bueno, ya sabes cómo es, es un hombre que va y viene. Que viaja mucho, vamos’. Hay que joderse, ¿no, Emilio? Aquí estamos todos como anclados, como quien dice varados con la guerra por todo el mundo, y ese tipo, que no vino con nosotros, que yo sé que se fue a la URSS, le explica a Benlliure que él va y viene. ¿De dónde a dónde? ¿De la URSS aquí? ¿Cómo, en estos tiempos? Por el Atlántico, difícil, a menos que haya venido desde España, lo cual, la verdad, me parece más que improbable. Tanto o más difícil por el Pacífico, a menos que haya sido por el estrecho de Bering. ¡Como si los alemanes y los japoneses se tocan el corazón para hundir barcos! Y, además, buena está la URSS

con Moscú y Leningrado y Stalingrado sitiados. Claro que Max y algún otro apenas han ido llegando ahora, pero no es igual. Porque todos sabemos que Max ha llegado y, en cambio, de éste, que era del Partido, ya te digo, aquí en el Partido, no sabemos nada de él”.

Le he contado algo de esto a Martín, y ahora sí que el pobre está hecho un lío. Cuando empezó a pensar en la posibilidad de escribir algo sobre un manuscrito perdido en Valencia que, según el tal Jack Daniels, probablemente estaría ahora en Moscú, creyó que no sería mayor problema encontrarle una trama interesante al asunto. Por ejemplo, según había llegado a inventar en su cuaderno de notas:

*Chao (llamémosle así), que por su amistad superficial con algunos escritores se había contagiado de ciertas ansias de fama y que, en efecto, era aficionado al teatro, no tenía, desgraciadamente, ningún talento literario. Por lo demás, siendo comunista, y muy clandestino siempre en todo, sus preocupaciones centrales desde antes de la Guerra eran muy ajenas a los quehaceres de, digamos, un Alberti, para quien no parecía haber conflicto entre la literatura y la política. Vivió —discreto y en la sombra, pero entusiasmado— las jornadas de aquella reunión mundial de intelectuales antifascistas de 1937 en Valencia en las que, incluso, habló Antonio Machado y, por los días en que asistía a la representación de la obra de Altolaguirre y Bergamín (a quien, por cierto, es verdad, no le tenía ningún afecto, y supongo que sería mutuo), recibió instrucciones de presentarse en Moscú. Para lo cual tenía que salir en el Tramontana hacia Odessa. Hay quienes dicen que, luego, habiendo vuelto a España muy secretamente, volvió a salir para Odessa vigilando el cargamento de oro con que la República pagaba a*

*la URSS por habernos ayudado. Pero esto parece ser más que dudoso: difícil creer que la URSS y Negrín se fiaran tanto de aquel hombre escurridizo y, en verdad, poco importante. En cambio, más probable parecería ser la idea de que, frustrado dramaturgo, en su primer viaje a la URSS se llevara consigo el manuscrito de la obra de Altolaguirre y Bergamín. Porque cabe creer que, habiendo asistido a las pocas (unas quince) representaciones de la obra, que se titulaba algo así como *El triunfo de las germanías*, y a sabiendas de que Bergamín era un desordenado y, si cabe, Altolaguirre más, importaba que no se perdiera el manuscrito de la obra. Para lo cual, puesto que nuestra Guerra empezaba a verse ya perdida, lo más seguro sería llevárselo a la URSS. Además, estudiando el manuscrito, seguramente podría él aprender algo sobre el buen hacer de los nuevos dramaturgos.*

*La operación fue muy fácil. El tal Chao ni siquiera se molestó en tener acceso al manuscrito original que manejaban Altolaguirre y Bergamín, el cual seguramente acabaría de todos modos perdido en algún basurero. Le bastó con asistir a un par de ensayos de la obra y, tranquilamente, trabar amistad con una de las actrices, la luego en el cine mexicano famosa Anita Blanch, llevarse una de las copias que utilizaban los actores, volver con la copia bajo el brazo a la pensión en que, por entonces, paraba, y a los dos días embarcarse en el Tramontana.*

*Etcétera, etcétera.*

“Bueno”, le dice Gamarra a Martín cuando éste le cuenta por dónde cree que puede ir su historia. Es decir, su relato. “Todo eso me parece muy bien, salvo que, la verdad, ¿a quién chingaos puede interesarle? Porque, perdona, chico, lo que yo creo que es impor-



tante no es el pinche manuscrito aquel, sino el fulano que nadie acaba de saber quién era, o cómo se llamaba. Un manuscrito más o menos importa poco en la historia de la literatura, aunque tenga algo que ver con la obra y el exilio de nuestros mayores. Como decía la madre de uno de nuestros amigos de juventud, sabia decidora de frases hechas: ‘Más se perdió en la guerra’. La guerra de Cuba, creo que quería decir. Lo importante, por lo menos para mí, es cómo se relacionaban aquellos nuestros mayores, en particular los míos, los comunistas, con lo mucho y muy contradictorio que significó para todos nosotros la URSS”.

Que es cuando, ¡por fin! (¿a qué ha estado esperando el puñetero de él?), Gamarra le cuenta a Martín que un día, volviendo en su conversación, no se sabría por qué, al misterio de aquel Chao, o Gálvez, Rejano le contó que cuando ya habían llegado las noticias de la entrada de los soviéticos en Berlín y, casi enseguida, algunas fotos de aquello, creyó reconocer a su viejo conocido entre algunos de los soldados. Pero no hizo caso, claro. ¿Qué se puede deducir de unas borrosas fotos de periódico? Salvo que unas tres semanas después, en fotos de la celebración de la victoria en Moscú de una revista soviética de aquellas que regalaba la embajada de la URSS se veía muy claramente a Chao, o Gálvez, de uniforme soviético y con alguna medalla en el pecho. levantando el puño en la Plaza Roja, e identificado al pie de foto como Nicolai Shevchenko, paracaidista.

En el Partido, claro, nadie –como no fuese en las muy altas alturas– sabía nada de aquel Shevchenko, y no queda, pues, sino deducir que, como ya habían sospechado, o sabido algunos en Valencia, era un agente de la NKVD.

“Vaya historia, ¡eh Martín!”. remata Gamarra. “¡Un señorito madrileño bastardo con ciertas ilusiones literarias, seguramente heredadas de un padre anarquista y putañero, que acaba de paracaidista del Ejército Rojo, y llamándose Shevchenko! ¡Ave María!”.

Hace ya varios días que Antonio, a falta de otra cosa que hacer, ha vuelto a la traducción del primero de los cuentos de Doctorow.

*Un día –traduce ahora–, cuando mi madre no estaba en casa, mi hermano indicó que las cartas de Jack no eran realmente necesarias. “¿Qué ritual es éste?”, dijo. “La abuela está prácticamente ciega, está medio sorda y lisiada. ¿Hace realmente falta enviarle composiciones literarias? ¿Exige el asunto cierta verosimilitud? ¿No le sería igual a la viejita leer el directorio de teléfonos?”*

Martín se para por ahora ahí y, perdido una vez más entre la realidad y la ficción, se pregunta si no será que a todos nos importa un pepino la verosimilitud. Porque mira que el *Quijote*... Claro que, luego, con el tiempo, llegaron los realistas, sin excluir al famoso Joyce, quien, en el fondo, quiso ser el más realista de todos. Pero en inglés a la narrativa la llaman “fiction”, *ficción*. Por algo será, ¿qué no?

Cierra y deja sobre la mesa la estupenda estilográfica, se levanta y, como es su costumbre, se acerca a la ventana desde la que contempla la calle del Río Pánuco, que más hacia la calle de Villalongín –seis u ocho cuerdas– se cruza con la calle de Río Tigris, donde vivieron sus tías, y él con ellas. Melancólico, piensa que, en verdad, esta vez no tiene historia que contar y va ya a dejarse de tonterías. Porque para contar algo hay que empezar –como dice Gámez– por saber qué es lo que uno va a contar, qué cosas ocurrieron, cuándo y dónde. Por lo menos eso.

Lo cual es una pena porque quien esto escribe podría haberle informado de varias otras cosas. Por ejemplo, que el misterioso fulano aquel de verdad se llamaba Alberto Chao, nada de Gálvez, y que lo de Nicolai Shevchenko no era sino el nombre, casi código, con el

que era conocido en la NKVD; que en la URSS, aunque trataba algo con otros españoles (Arderius, por ejemplo), sólo los más altos cargos del PCE (¿Dolores?) sabían quién era, pero evitaban a toda costa tratar con él ya que había que cuidar mucho, pero que muy mucho las apariencias (es decir, que no podía parecer que el comunismo español en el exilio tenía relaciones con la secreta soviética); que no puede dudarse de que estuviera en México (por razones soviéticas de Estado, no por asuntos del PCE) donde, como quien no quiere la cosa, y a más de enamorar a la americana con quien tuvo una hija “natural”, escribió –con seudónimo, naturalmente: era lo suyo– el guión de la película *Casa de mujeres* (1942) cuya estrella era Anita Blanch, la actriz valenciana que “allá” había trabajado en *El triunfo de las germanías* y a quien Chao había conocido durante los ensayos de la obra: que, por si eso fuera poco, dejó un borrador del guión para *La barraca* de Blasco Ibáñez (1944), película en que la estrella fue también Anita Blanch. De modo que entre madrileño y valencianos anduvo el juego, puesto que, a más de la unión mexicana de Blasco Ibáñez y la Blanch, los carteles de anuncio de la película los hizo Jusep Renau, también valenciano, y tan fiel y dedicado comunista, como su amigo el cordobés Rejano. Luego, tras la victoria aliada en Europa y aquella celebración recogida en la foto de la que hablaba Rejano, se sabe (es decir: lo sé yo de buena fuente) que Chao-Shevchenko reapareció en Bulgaria y Checoslovaquia, donde hizo de traductor (*Niebla*, de Unamuno; *El Blocao*, de Díaz Fernández...) y, naturalmente –hay aficiones que no mueren– de guionista de cine. En Bulgaria se casó legalmente, aunque sin decir nada de su compañera de México o de su hija “natural”, la pobre norteamericana que, supongo, sigue perdida entre las nieblas de su –para ella– incomprensible origen. Y ahí, sí, la verdad es que el fulano aquel aficionado al teatro y al cine se me desaparece. Pero, ¿por qué el tal Jack Daniels no siguió la pista “mexicana” de Chao.

investigando si no fue, acaso, Anita Blanch quien recibió de sus manos en México Distrito Federal el manuscrito perdido en Valencia? Algunos parientes de la Blanch, tal vez hijos, o nietos, o sobrinos deben de quedar por ahí. O –más aún–, ¿por qué una de las primeras películas que Altolaguirre produjo en México tenía de actriz principal a la misma Anita Blanch, quien bien podría haberse traído a México su copia del manuscrito?

Porque, vamos a ver: según recuerda Gamarra que, según Rejano, contó Prados de su encuentro en Chapultepec con Chao, éste le preguntó por Manolito, lo cual, aunque extraño para quienes habían llegado a México en el 39, o 40, o 41, no dejaba de ser natural para quien acababa de llegar, quién sabe cómo, de la URSS. Y cuando Prados, además de informarle de que Manolito estaba en La Habana, le sugirió que visitara a Bergamín, Shevchenko dijo que, con ése, él no quería nada. ¿Qué iba, pues, a hacer el hombre con el manuscrito que tenía en la maleta?

Para empezar, según sabemos, se hizo el encontradizo también con Mariano Benlliure, quien, aunque señorito madrileño como él, venía de casta valenciana, puesto que era hijo del escultor (nacido nada menos que en El Grau) cuyo nombre llevaba, y sobrino del pintor José Benlliure. Mariano hijo, siempre discreto, según bien sabía Rejano, esposo y padre fiel y dedicado, no dejaba de tener cierta afición a la farándula, y conocía a Anita Blanch. Hablando, hablando, salió a relucir el nombre de la actriz y, ni corto ni perezoso, Shevchenko decidió visitarla. Lo que sigue, como dicen en inglés, es Historia: *the rest is History*. Frase hecha que está muy bien y que –para ciertos casos– parece resolverlo todo. Salvo que –y ahí está “el busilis”, como decía un viejo amigo mío, también conocido de Martín y de Gamarra– la Historia a veces se olvida o –no sé qué es peor– se hunde bajo tierra, y sus pequeños hechos desaparecen como bajo tierra desaparece el Guadiana entre Ruidero y Villarrubia de los Ojos.

En cuanto a Martín, sólo diré que si lo que quería era escribir un relato, cabe preguntarse por qué no siguió la pista de las aventuras políticas y amorosas del tal Chao-Gálvez-Shevchenko en vez de ocuparse de manuscritos perdidos que, sin duda, no tienen ninguna importancia, dicho sea ello con todo respeto por Altolaquirre y Bergamín, y con perdón de Jack Daniels, el investigador inglés que vive en la desolada Escocia.

Pero convencido ya de que no tiene historia ninguna que contar, y dado que de la editorial le están metiendo ahora bastante prisa, Martín ha vuelto a la traducción de Doctorow:

*Pero yo había aceptado la idea de escribir otra carta desde el desierto de Arizona, y lo hice. Se la mandé a mi tía Frances [para que se la diera a mi abuela].*

Se levanta, se hace un café, y decide llegar hasta el final del primero de los cuentos. Que, en español, según Martín, dice como sigue:

*En cuanto a mi mal, querida mamá, los médicos no me han dicho qué es, pero yo sé que me estoy muriendo por haber vivido mal la vida. No debería haber venido al desierto. No es lugar para mí.*

*Les he pedido a Ruth y a los muchachos que cremen mi cadáver y arrojen las cenizas al mar.*

*Tu hijo que te quiere. Jack.*

Son ya las siete y media de la tarde, la última luz del día que entra por la ventana acompaña bien la melancolía que ahora agarrota a Martín. Quién lo diría, que algo tan sutil y poroso como la melancolía pueda agarrotar a nadie. Pero así es, y Martín se levanta y en-

ciende un cigarro. Se acerca a la ventana y ¡ahí va otro Juárez Loreto! Algunas –pocas– gentes parece que se apresuran para llegar a su casa. En la esquina, como de costumbre, un policía habla con una criada.

Martín piensa y piensa en nada. En nada.

Que es cuando suena el teléfono.

Como uno es de esos primitivos que todavía creen que cuando un teléfono suena es sólo para traer malas noticias, Martín se sobresalta y casi corre a contestar. Coge el teléfono y dice: “¿Bueno?”

“Martín, soy Ana María”.

“Sí, sí. Dime”.

“Martín... Martín... Se han llevado a Gamarra al Sanatorio Español. Me han llamado de allí porque él les dijo que me llamaran, que éramos su familia. ¡Pobrecillo, Martín! ¡Pobrecillo! Nos conocemos desde Morelia, cuando él tenía once años y yo casi siete”.

“Ya, Ana María, eso ya lo sé. Ya lo sé, mujer, pero cálmate. ¿Y?”.

Ana María le dice que ha avisado a su marido, quien lo ha dejado todo y va ya para allá. Martín le dice que para allá va él también, enseguida. Le dejará una nota a Sonia avisándole. Baja corriendo las escaleras, corre hacia Tíber y, tras esperar un rato en la esquina, logra por fin agarrar un libre.

“Al Sanatorio Español, en Ejército Nacional”, dice, y se hunde en el asiento de uno de esos microtaxis que ahora pululan por la ciudad.

“¡Cómo no, jefe!” le contesta el ruletero según está ya arrancando.

Un infarto, claro, con una presión arterial monstruosa, doscientos y pico sobre más de ciento ochenta. Además de lo del hígado, claro. Alcoholismo. Procedimientos, entre tantos otros, con que la muerte nos arranca de este insignificante –pero único– vivir. Hay, incluso,

quien se muere “en perfecto estado de salud”, como decía mi suegra a propósito de la muerte de no sé qué pariente. Cuando era un niño, los padres de Gamarra aceptaron que el Gobierno de la República le enviara a México, a Morelia, junto con otros quinientos críos y adolescentes, para que no sufrieran los bombardeos de los fascistas, y en Morelia fue creciendo hasta que, dejando Cárdenas de ser presidente de México, tuvieron todos que salir en desbandada de la capital de Michoacán. Un niño que se fue haciendo poeta a la vez que comunista. Comunista español en México, y cuando realmente no sabía nada de España. Pero comunista que, como debe ser, algo hizo por ayudar en lo del 68, aunque sin entrometerse demasiado, como también debía ser. Año aquel, 1968, que para siempre quedará en la conciencia mexicana. “Aunque algunos quieran borrarlo”, se dice Martín.

Han ido llegando al hospital los Gámez, Martín y luego Sonia. Y varios, bastantes más. Doña Luchita, la dueña de la pensión en que vive Gamarra, ya viejita la pobre; las hermanas Gimeno, compañeras de Morelia, bien maridadas por muchos años y ahora viudas; Pancho, también de los de Morelia; dos de los Azorín; Nadal... Ha aparecido, incluso, Meseguer, que ahora vive en Toluca (donde hace ya muchos años que tiene una pequeña empresa en la que fabrica jamón dizque serrano y chorizos dizque de Cantimpalos), pero que estaba de visita en el D. F. y se ha enterado en el café de lo de Gamarra. Se le ve ya muy desarbolado al pobre, pero sonrío a los viejos amigos como solía hacerlo de chamaco, como si quisiera hacernos creer que no ha pasado el tiempo. Y siendo como es el Sanatorio Español –siempre ha sido un jolgorio, aunque especialmente en los bautizos, no tanto en las muertes, dicho sea en honor a la verdad– unos y otros entran y salen de la habitación. Digan lo que digan las enfermeras.

Gamarra está tendido en una cama y no habla. Se está muriendo, eso lo tienen todos claro. Tal vez especialmente Martín. Y a él sí le dice algo su cuate.

“Te das cuenta, chaval”, le dice. “Antes se morían nuestros mayores, pero desde hace ya algún tiempo, nos está tocando a nosotros. Podríamos hacer una lista... Es que ya somos mayores, somos ahora los mayores de lo que queda de aquello”.

“No hables”, le dice Martín, “que te cansas”.

“Ya, ya. Porque la verdad es que, como decía el amigo Manso, el de Galdós ya sabes, ya siento los efectos del gran narcótico y voy a tomar postura...”.

Martín no puede evitar una sonrisa: literario hasta el final su compinche el memorioso. Lo que no le impide insistir en que Gamarra se calle, que no debe cansarse.

“A estas alturas, chaval”, le contesta el poeta, “te diré lo que decía el otro: Me canso, ganso”.

Y, con eso, Gamarra expira. se muere para siempre.

A partir de ahí, lo práctico inmediato del asunto está claro: todos saben que será Gámez quien se ocupe de los detalles que siguen a la muerte: la funeraria de la calle Sullivan y la cremación. Pero, ¿dónde echar al viento las cenizas? Desde luego que no en la provincia de Córdoba, lejana Andalucía. Tendrá que ser en Morelia, o en el Centro de nuestro México Distrito Federal, en la calle López, o en la de Uruguay, o en la Alameda... Tal vez lo mejor sea en la Alameda, ¿no?

Llora Ana María, llora doña Luchita y llora –quién lo hubiera dicho– Gámez.

Y Martín se abraza a Sonia como cree recordar que se abrazaba a su madre antes de aquellos bombardeos de Barcelona, en marzo de 1938, como se abrazaba a sus tías de pequeño en la calle de Tigris, aquí, aquí mismo, hace ya mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo.







### **Formato de Papeleta de Vencimiento**

*El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha  
señalada en el sello mas reciente*

Código de barras. 2894441

FECHA DE DEVOLUCION


- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrega del libro

Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2007  
en los talleres de Estirpe, concepto e imagen.  
Lucas Alamán núm. 30, piso 2, col. Obrera  
México, D.F., tels. 5588 8033, 5761 3385

La edición estuvo al cuidado de

Enrique López Aguilar



2894441

**UAM  
PQ7233  
L5.3.  
no.66**

**2894441  
Blanco Aguinaga, Carlos  
Contra-bando(s) / Carlos**

Otros títulos de la colección

60

*Amor que crece torcido*

Luis Tovar

61

*Práctica de lobo*

José Francisco Conde

62

*Providencia del ordinario mundo*

Gallway Kinnell

63

*Caravana de la sed*

Hawad

64

*Marinero sin mar y otros poemas*

Sophia de Mello Breyner

65

*Muy íntimos quadernos*

Guadalupe Olalde

ESTE LIBRO de Carlos Blanco Aguinaga consta de tres partes: "Carretera de Cuernavaca", "Contra-Bando(s)" y "Manuscrito perdido en Valencia", narraciones autónomas, pero interrelacionadas, sin que sean capítulos sucesivos o partes de una novela: son las puntas de un triángulo que comparten a un grupo de personajes integrado por mexicanos y refugiados españoles de la segunda generación (quienes llegaron niños o adolescentes a México durante el exilio producido por la Guerra Civil española): Martín Alsúa, narrador de algunas partes del texto y escritor de oficio; Sonia, su novia mexicana; Gamarra, poeta dipsómano; Roberto Gámez, exitoso empresario; Javier, Felisa, Paco...; aunque no son escasas las menciones a poetas de la primera generación exiliada: Emilio Prados, Juan Rejano, Garfias.

Los tres relatos se ambientan en México, pero las investigaciones y evocaciones de Alsúa disparan la acción hacia momentos y ámbitos geográficos de los que él no es protagonista: expediciones de barcos para transportar dinero o armas, actividades de grupos subversivos o clandestinos. La diégesis del libro es compleja, pues se narran historias evocadas por la investigación y la curiosidad de Alsúa y Sonia, los desplantes y la memoria casi milimétrica de Gamarra, el entorno mexicano, reflexiones literarias, y todo bajo una óptica no lineal, desde donde se fabrica la armazón general de los textos.

Martín Alsúa es un narrador (a su vez, narrado por otro) que pasa de comentarios meta-textuales a la acción de "la vida" y, al narrarse, crea un cervantino juego de espejos. El texto fluye, conducido por un estilo personal y sabroso, con un tono y un sentido del humor originales, con evocaciones donde se contrasta el México de los años cuarenta con el actual.

El inicio de *Contra-Bando(s)* parece el arranque del cuarto movimiento de la *Novena*, de Beethoven: el autor / narrador titubea respecto al camino a seguir, pero las historias se anudan (con comentarios meta-críticos: ¿cómo saber esto? ¿cómo explayarse hacia otros derroteros?). ¿Por qué el título? Porque la materia general es la de los contrabandos y la formación de grupos de "contras" (en el sentido de la "contra" nicaragüense o el Irán-Contra), que responde a la formación de "bandos" políticos y económicos, tanto en el ámbito de la Guerra Civil, como en la Segunda Guerra y entre los mismos republicanos.

*Contra-Bando(s)* es deliciosamente terrible y se arma "sobre casi nada": alrededor de un manuscrito perdido por culpa de la guerra, de los misteriosos viajes de unos barcos, de las conjuras políticas, de las complejas relaciones de amor, de una dimensión evocadora donde la muerte restaña las heridas de una pareja en crisis permanente, de las pasiones literarias, de la amistad y la entrevisión de que el poeta es frágil.

Enrique López Aguilar

ISBN-13: 978970310819-0  
ISBN-10: 970310819-9



CONTRABANDO DE IMAGENES. ENSAYOS 40

HUTTINGER CHRISTINE \* SECCION DE PROD. Y DI

06856



R. 46

\$ 21.10

20-UAM-AZCAPOTZALCO \* 01-ENSAYOS

EDAD  
OMA  
TANA  
tempo  
Azcapotzalco